mundial

Mariscal DANILOVICH CHERNIAKOVSKY

N.° 93

HEROE SOVIETICO, VENCEDOR DE PRUSIA ORIENTAL
CAIDO EN EL CAMPO DE BATALLA A LOS 36 AÑOS

La Gran Bretaña a la Vanguardia del mundo...

Mayor General
SIR ERNEST SWINTON
K.B.E., C.B., D.S.O., R.E.

El originador del Tanque Militar, quien reclutó y mandó el Cuerpo de Ejército H.S.M.G.C. en 1916. Los tanques militares fueron empleados por primera vez como una nueva arma de guerra en la batalla del Somme en 1915.

GUERRA MECANIZADA

EN tiempos de guerra es inevitable el que el genio inventivo del Imperio Británico destine su atención preferente a elementos de destrucción, dejando a un lado los de construcción.

Durante la última guerra los inventores británicos crearon y desarrollaron el tanque militar — una distintiva arma de aquella época y la precursora de la guerra mecanizada que constituye la característica más saliente en los campos de batalla de la guerra actual.

A pesar de su habilidad para la creación de nuevas y potentes armas de guerra, el pueblo británico se ha distinguido más en obras de paz que en obras de guerra. Entre las dádivas ofrecidas por la Gran Bretaña al mundo sobresale el desarrollo del rayón por la casa Courtaulds.

Desde un principio Courtaulds supo apreciar que el rayón iba a proporcionar un medio para el logro de mayores comodidades — y aún mayores lujos — al alcance de personas de medios moderados. Lucharon sin cesar para llevar el rayón a su grado de perfección y sus esfuerzos se vieron coronados por un éxito tan lisonjero que en el espacio de una generación se habían establecido nuevas y muy extensas industrias, no tan sólo en la Gran Bretaña, sinó también en los Estados Unidos de la América del Norte, en el Canadá y en otras partes del mundo.

Las exigencias de la guerra han limitado de manera temporaria las cantidades de rayón Courtaulds disponibles en la actualidad. Sin embargo, los trabajos de investigación científica y de desarrollo continúan progresando, y los resultados se verán reflejados en tejidos de mayor atracción y utilidad cuando vuelva a reinar la paz.

Las mayores invenciones y descubrimientos del mundo han tenido su origen dentro del IMPERIO BRITÁNICO

Publicado por Courtaulds Ltd.,
Londres, Inglaterra.

Distribuidores Mundiales para los Tejidos Courtaulds:—
Samuel Courtauld & Co., Ltd., Londres, Inglaterra.

Distribuidores Mundiales para las Hilazas de Rayón de Courtaulds:—
Lustre Fibres Ltd., Coventry, Inglaterra.

Las porciones de color negro del mapa indican el tamaño del Imperio Británico con sus enormes posibilidades de desarrollo agrícola, mineral e industrial.

mundial

La Revista Uruguaya para América Latina

DIRECCION RESPONSABLE
L. QUEIROLO CORBAND

ESTUDIOS AV. 18 DE JULIO 1417
MONTEVIDEO

AÑO V - No. 93
MARZO 6, 1945

Un momento de la historia

Lo Absurdo

El lider extremista francés Maurice Thorez cumplió una nueva etapa de su campaña política, al detenerse en Toulouse, para explicar cuál es la posición de los Tres Grandes y la situación de Francia, desde el punto de vista de Yalta.

Thorez

Una primera afirmación fundamental de su discurso es ésta: "Francia debe ocupar el sitio que legitimamente le corresponde, y no puede recriminarse a los franceses que se muestran sorprendidos de que no haya sido invitada a Crimea".

Una conclusión terminante expuesta ante el pueblo, es esta otra: "Si Francia hubiera tenido en 1943 un ejército de millones de hombres, es seguro que hoy estaria integrando la gran alianza junto a Gran Bretaña, a Rusia y a los Estados Unidos".

Y bien, largo ha de ser el camino de Thorez si supone que en cada jornada por el interior de Francia, exaltando su propaganda extremista, puede ir aligerando el peso agobiante y oscuro de su conciencia, ante la realidad de su país!

Es posible que los franceses se sorprendan hoy mucho más del altruismo imprevisto con que los juzga Thorez, que de que Francia no haya podido lograr una consideración privilegiada en el último acuerdo de las Tres Potencias.

Cuando estalló la guerra, Thorez era miembro del Parlamento y formaba en la bancada extremista. Llamado a las filas de la defensa de su país, consideró, como otros, que se trataba de un conflicto imperialista. Y, entonces, desertó...

Francia cayó en manos de Pétain y fué entregada a Hitler, mientras Thorez huía, refugiándose en una tierra extraña, de la cual pudo volver sólo porque se accedió al pedido de gracia especial que lo indultó, librándole de la justicia.

¿De qué han de sorprenderse ahora los franceses? De que Francia no esté conceptuada junto a los Tres Grandes o de que haya quienes, como Thorez, hicieron lo posible para que tal cosa sucediera, y, sean, precisamente, los que hablan?

Pétain

Si algo ha demostrado esta guerra, pues, es que ya no se justifica una dialéctica política sobre los hechos históricos sino que existe una obligación moral para todos los actos y para todos los hombres, si es que debemos subsistir!

El Contraste

CHURCHILL fué criticado últimamente por dos de sus actitudes más o menos importantes, asumidas en la política internacional; y, en algún caso con tal incomprensión, que se pretendió afirmar que se desviaba de su línea democrática.

De Gaulle

No habia bastado que el lider británico aportara decisivamente, al respeto de los derechos populares, la defensa y la aceptación del Comité de Lublin y del gobierno presidido por el Mariscal Tito, para Polonia y para Yugoeslavia.

La discrepancia se hizo sentir, más o menos, enfáticamente, cuando Churchill se vió en el trance de reconocer cierta neutralidad en España y cuando lanzó su recusación terminante a Sforza para integrar el gabinete italiano.

En cuanto a lo primero, ya se sabe perfectamente que no implicó ninguna esperanza de perpetuación para el falangismo y, para lo segundo, se vió con claridad que los extremistas italianos quedaban indiferentes.

Y en lo fundamental de los hechos, ya no podrá impugnarse gravemente a Churchill puesto que, ante los dos grandes aliados, Rusia y los Estados Unidos, ratificó de la Carta del Atlántico, para organizar el mundo futuro.

En cambio, De Gaulle apoyó la resolución del gabinete francés rechazando el pedido italiano sobre los derechos de Túnez; y, esto es mucho más trascendente para el prestigio de Italia, que la integración de su gobierno con Sforza.

De Gaulle declaró a los periodistas franceses y extranjeros que el Comité de Lublin no representa al pueblo polaco pues éste no ha expresado aún su voluntad y que el delegado francés es sólo un agente convencional.

De Gaulle confirmó en seguida que las relaciones con España no son solamente normales sino que son también necesarias, porque se necesitan ciertas materias indispensables para el ejército francés.

Churchill

Se debe observar, pues que las conclusiones de De Gaulle son un poco más arriesgadas y más peligrosas que las que formuló Churchill.

¿Qué justicia es esta que critica ciertas actitudes de Churchill que no tuvieron mayor trascendencia y calla expresamente, ante algunas resoluciones graves de De Gaulle.

La Verdad

SIETE mil aviones anglo - norteamericanos, que han formado el más poderoso ejército del aire y que han lanzado bombas de más de siete mil kilogramos, bombardearon las fábricas bélicas y las vias de comunicación de Alemania.

nazi ayer

Los ejércitos de Zukov y de Koniev golpean rudamente el bastión defensivo de los nazis en el este y, todo está proyectado como para las fuerzas aliadas del oeste se unan finalmente en el interior del Reich, con los rusos.

Goebbels está señalando a los alemanes la hora más trágica de su historia y la necesidad suprema de resistir ante el empuje del block enemigo, solidarizado intimamente en Yalta, para imponer la solución democrática.

Desde Moscú y desde Londres, recientemente, se han lanzado algunas proclamas al pueblo identificado con el nazismo para que vuelva sus armas contra él y contribuya a la liberación propia y a la rendición de los culpables.

Y, sin embargo, no ha llegado desde adentro del imperio hitlerista, ni el signo más leve de que el pueblo de Alemania haya escuchado la voz más certera para la reconquista de un destino digno de la nueva historia.

El miembro del Comité Aemania Libre Sr. Seydevitz ha declarado en Estocolmo que "más de un millón de prisioneros nazis en Rusia se han vuelto contrarios al régimen del nacionalsocialismo y que esto es un factor favorable.

Pero, después de la Conferencia de Yalta, en los círculos diplomáticos responsables de la capital rusa, se afirma que no hay aun ninguna posibilidad de que se le confie al Comité de Alemania Libre, el gobierno del Reich.

Y esa opinión está fundada en el hecho, categóricamente cierto, de que ninguno de los soldados alemanes que forman el millón de prisioneros en Rusia ha claudicado del espiritu que les inculcara Hitler.

y hoy...

Se ha dado muy raramente la excepción de algún nazi que ha reconocido la violencia de la guerra impuesta por Alemania al mundo, pero ésto no ha significado que el nazi se haya arrepentido de la parte que le tocó desempeñar.

El nazi sigue siendo, pues, tan incorregible como antes.

La guerra en los campos de batalla

América se niega a apoyar a España

Este, es un momento inaugural de la Conferencia Interamericana de Chapultepec, en la que un problema de tan radical importancia para la seguridad futura de América, como es el del peligro falangista, fué rechazado como ponencia, negándose así la esencia de la reunión

LA Conferencia Interamericana de Chapultepec está a punto de terminar su tarea, que debería alcanzar trascendencia histórica en la trayectoria política del continente. No lo hará —según declaraciones expresas de sus autoridades— antes de considerar los ciento sesenta y un proyectos que han sido presentados. Entre ellos los hay, claro está, de extraordinaria importancia para la vida interdependiente de las naciones americanas, y sobre todo, para la seguridad futura de cada pueblo y de todos en conjunto. Los habrá también —y no puede ser menos en tal número— inocuos y redundantes, fruto del afán espectacular de alguna delegación que no quiere pasar sin su ponencia. Pero hubo un proyecto —que no alcanzó siquiera la aprobación oficial para integrar el temario— y que fué rechazado en un plebiscito previo, de tanta proyección en la salud espiritual de América y en su destino pacífico, como para determinar, por el hecho de esa negativo, un juicio severo para el Congreso, y para justificar el concepto de que la Conferencia de Chapultepec ha fracasado en uno de sus aspectos más esenciales, si se insiste en afirmar que su fin primordial es el de la defensa de América. Fué el que presentaron los republicanos españoles para que las naciones americanas declararan que el mantenimiento de relaciones diplomáticas con Franco son contrarias al estado de guerra con el Eje, y a la esencia democrática de sus instituciones

He aquí el signo del tremendo contraste: mientras América declara la guerra a Hitler, se niega a romper relaciones con Franco, su cómplice.

Entre todas las indecisas —o rotundas y negativas declaraciones— resaltó la de la delegación uruguaya que afirmó que "deseaba una democracia en España". Las demás delegaciones ni siquiera toleraron que se les hablara de que pudiera integrar seriamente el temario de la reunión. Un soplo de "no intervención" barrió con las esperanzas de los españoles republicanos, nunca más fundadas que en este caso, ya que el peligro falangista es sombra que se extiende más que en parte ninguna, sobre América. El falangismo que hizo de la "hispanidad" un arma de remotas reivindicaciones coloniales; que realizó, en los frentes de Europa, una beligerancia activa contra las naciones unidas; que fué, desde todo tiempo, aliado del Eje, encuentra en Méjico, en lugar del pronunciamiento rotundo que sancione sus culpas, por parte de las repúblicas cuyos pueblos lo repudian, un apoyo asombroso, especie de renovada patente de corso para que continue en sus actividades enemigas de las instituciones democráticas. Franco, aunque parezca mentira, sale de Chapultepec, con mejor pie que antes. El "munichismo" americano se ha erigido en su protector al negarse a tratar la posibilidad de una ruptura con la España falangista. Y este es un saldo amargo, tristísimo, de una Conferencia que debiendo asegurar el futuro del continente, ha dejado con todas sus armas solapadas, a uno de sus peores enemigos

y en la mesa de las conferencias

Más banderas en la lucha del mundo

Exhultantes, los soldados soviéticos, llegados a las costas del Báltico, después de la liberación de Lituania, lanzan hurras victoriosos. Hacia el Báltico se orienta ahora la nueva gran ofensiva de Pomerania

a Grecia y Yugoeslavia, o en aquellos tan aciagos para los británicos, en que se combatía en Creta, Turquía hubiera declarado la guerra a Alemania, la eficacia de su apoyo hubiera sido invalorable. Turquía en ese tiempo seguía comerciando con Alemania, y la estrella de Von Papen, el embajador nazi, lucía todavía junto al signo de la media luna. Sin embargo, la importancia de ese país en el Cercano Oriente da a su presencia entre los enemigos del Eje una singular trascendencia para la resolución de problemas futuros en la vasta zona de influencia que comprende a Egipto (que también acaba de declarar la guerra, seguida del asesinato del ministro de Relaciones, a manos de un fanático nacionalista), Arabia Saudita, Etiopía, y toda la zona Este del Mediterráneo.

Mientras tanto, una gran ofensiva soviética se orienta hacia las costas del Báltico. Todo el extremo norte del frente oriental está encendido de batallas encarnizadas. El ala derecha del primer Ejército de Rusia Blanca, en colaboración con fuerzas del mariscal Rokosovsky ha lanzado una triple ofensiva en Pomerania. Esta ofensiva tiene como objetivo supremo alcanzar las costas del Báltico para cerrar así el corredor que une al Reich con la Prusia Oriental. Ocurrido esto, millares de soldados alemanes habrán quedado encerrados, y librados o a la rendición o al aniquilamiento seguro. En concreto, las tropas del mariscal Zukhov se han si-

LAS declaraciones de guerra al Eje de los países de América —con excepción de la Argentina— que han sido las rotundas actitudes políticas conducentes a la Conferencia de Méjico, y previas a la que debe abrise en San Francisco de California el 25 de Abril, han incluído naturalmente la del Uruguay que no ha hecho sino ratificar, con tal pronunciamiento, situaciones de hecho ya indiscutibles, que colocaron a nuestro país entre los beligerantes desde las primeras etapas de la conflagración. La viva oposición que la decisión gubernativa —refrendo de la opinión popular casi unánime— provocó en un sector político largamente catalogado por su filonazismo, no hizo sino evidenciar más claramente, al crearse los debates en las dos Cámaras, el alto sentido de una conducta improrrogable ya, en su aspecto legal, que el Uruguay adoptó por férvida solidaridad universal y como lógica reafirmación del espíritu nacional.

Pero si las declaraciones de guerra de países americanos que aún no lo habían hecho tienen un sentido mas político que bélico, he ahí que en Europa, se produce una más, que afirmándose en motivos tan escuetamente políticos como la necesidad de ir a California, puede tener todavía una importancia estratégica seria para los aliados. Nos referimos a Turquía que llega al fin, para integrar las filas beligerantes del mundo contra el Eje. Llega tarde, pero todavía puede ser muy útil. Si en los tremendos días de la invasión nazi

Las fuerzas británicas del General Crerar, en el extremo septentrional del frente oeste, entre el Rhin y el Mosa, ocupan un pueblo. Se ve a la infantería y a tanques británicos avanzando en medio del fuego.

Una batería de "rockets" americanos disparando contra las defensas japonesas en Manila, que han opuesto una resistencia suicida estéril.

Tropas británicas e hindúes cruzan el río Irawaddy, cerca de Myunmu, para avanzar hacia Mandalay, objetivo de la lucha en Birmania.

mado a pocos kilómetros de Stettin, el importantísimo centro industrial sobre la desembocadura del Oder y se han apoderado de Neustettin, gran centro de comunicaciones situado directamente al sur del puerto báltico de Koslin. Coincidiendo con este empuje ruso que lleva a las fuerzas hacia la costa, con lo que la "wermatch" se va a ver aislada en la Prusia Oriental, se desarrolla una violentísima lucha por la posesión de Danzig, cuyas comunicaciones con Stettin ya han sido cortadas. Y en tanto que estos hechos, estratégicamente decisivos, se producen en el norte, en la parte sur, los rusos han logrado avances promisorios en los alrededores de Breslau, capital de Silesia. Sin que el impulso formidable que acercó las tropas rusas a Berlín se haya mantenido en las últimas semanas, vale la pena destacar que las operaciones en el sector del norte llevan una mira estratégica, y una amenaza severa para los alemanes, no sólo por la pérdida de las tropas en Prusia, sino por el inminente desborde ofensivo desde el norte, y la dominación total del Báltico por los soviéticos.

En el frente del Pacífico, los repetidos bombardeos masivos a Tokio, desde portaviones que se han acercado a las costas metropolitanas japonesas como un verdadero desafío a la flota amarilla, y con bombarderos pesados partidos desde las Marianas, han constituído nuevas evidencias de que ya la capital japonesa, al alcance del castigo, no podrá salvarse de su total destrucción. Los desembarcos realizados en Iwo Jima, en las islas de los Volcanes, proporciona desde ya la seguridad de una base aérea más cercana todavía que Saipán para la ruta a Tokio, y también la perspectiva feliz de que desde Iwo Jima ya no partirán cazas japoneses para hostilizar a los bombarderos americanos que retornan de Tokio.

En la zona de las Filipinas, todavía se mantiene alguna resistencia desesperada por parte de la guarnición de Manila, en la parte sur de esta ciudad, mientras tropas americanas han desembarcado en la isla de Capul, en el estrecho de San Bernardino, situado en la parte sur de Luzon. Esta isla es la llave del estrecho y principal llave de navegación para el arribo a Manila. La ocupación de Corregidor ha sido completada por los americanos. El avance norteamericano en Luzón continúa normalmente, aunque se tiene la impresión tará, dados los preparativos de defensa de que la resistencia japonesa aumenque han podido ser observados. De todos modos, solo victorias deben registrarse en el vasto frente del Pacífico.

PLAYA GRANDE DE PUNTA DEL ESTE Y RONO POINT

VISTA PARCIAL DE PUNTA DEL ESTE AL FONDO LA ISLA DE CORREYA

MARZO, EL MES DE CLIMA IDEAL DE PUNTA DEL ESTE

El Casino Miguez Hotel, comunica a sus distinguidos clientes que durante todo el mes de Marzo gozarán de tarifas especiales. Con todos los servicios que caracterizan la jerarquía del Miguez Hotel, y con su acostumbrada solícita atención.

CASINO MIGUEZ HOTEL

PUNTA DEL ESTE
URUGUAY

DIR. TELG. "MIGOTEL". - TELF. L. D. 161 Y 45

Sus vacaciones de Marzo serán de grata recordación en el ambiente confortable y cordial del

CASINO MIGUEZ HOTEL

Solicitamos a nuestros clientes su reserva de alojamiento con anticipación en consideración a la gran cantidad de órdenes recibidas.

UN ANGULO DEL COMEDOR DEL MIGUEZ HOTEL

LA RULETA, EN EL CASINO MIGUEZ HOTEL, PRESTA LA NOTA EMOCIONAL

Así invadieron; y así se retiran!

Las retiradas nazis en el Oeste, dejan un rastro bárbaro de sangre y horror

Esta patética escena fué captada durante el entierro de las víctimas de la barbarie alemana en el pueblo de Bande. El profundo dolor de los familiares es el último tributo a los 34 mártires del nazismo criminal.

SOBRE Colonia —uno de los centros industriales más valiosos del Reich— están luchando las fuerzas aliadas con empuje incontenible. Aplastadas las defensas del río Erft, lo salemanes han dejado en la margen occidental, tropas suicidas para que peleen casa por casa en los pueblos y aldeas que ya han sido sobrepasados en la marcha de las fuerzas americanas, británicas y canadienses. Así, el primer ejército canadiense y el segundo británico, avanzan en el valle del Rhur, por el corredor que forman los ríos Mosa y Rhin, después de romper una línea defensiva esencial de los nazis entre Calcar y Udem, mientras el 1.° y 9.° ejércitos de Estados Unidos abren su ataque, uno hacia el valle del Rhur y otro hacia Colonia, en cuyas defensas exteriores ya se encuentran. Y el tercer ejército estadounidense también avanza hacia el Rhin para franquear a Colonia por el sur. Los mismos nazis afirman que es esta la mayor ofensiva que han lanzado los aliados hasta ahora en el frente oeste, pero agregan que Rundstedt lo había previsto desde los días en que lanzó su contraofensiva sobre Bélgica y el Luxemburgo. Es probable. Pero, de todos modos, no hay síntomas de que aquella previsión le sirva hoy a Rundstedt para detener el vasto ataque que amenaza puntos vitales de Alemania.

Hemos citado a Rundstedt y a su contraofensiva de diciembre. Hoy ya pueden irse publicando documentos estremecedores de lo que los alemanes hicieron en las tierras momentáneamente reconquistadas de Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Y todo el horror de tantas revelaciones de barbarie sigue acumulándose como expresión de vesanía criminal, de desborde infrahumano, sin memoria en la historia de los hombres. Las dos notas gráficas que acompañan estas líneas fueron tomadas en la población de Bande, donde al llegar de nuevo los nazis, pusieron a 34 jóvenes, de 17 a 21 años, a realizar trabajos forzados. Y el día de Navidad, cuando el trabajo había terminado, los encerraron en una celda y luego los obligaron a desfilar hacia un corredor. Detrás de la puerta de la celda, los verdugos mataban, uno a uno, de un pistoletazo en la nuca a los infelices muchachos, que ya conocían su suerte, desde que había pasado trágicamente el primero por la puerta del martirio. Luego tiraron todos los cadáveres en un pozo que rellenaron de basura. Así los encontraron los británicos que reconquistaron el pueblo. Así también se recordará otra expresión de la barbarie alemana, para el día definitivo del ejemplar castigo

Cuando los habitantes de Bande se creían libres de los bárbaros, la re-ocupación del pueblo permitió a los nazis cebar su odio, en una verdadera orgía de sangre de jóvenes rehenes.

DE GAULLE

PERSONIFICACION DE LA MELANCOLIA

POR HAROLD CALLENDER

DESPUES de pocos meses de su liberacion, Francia se ha elevado de un abismo de derrota, de humillación y de impotencia a una posición orgullosa y de autorespeto y a la situación diplomática de una gran potencia con la cual las otras potencias han tratado de aliarse.

Durante este período del rápido ascenso de Francia en su propia estima y en la del mundo, ha sido dirigida por el General Charles de Gaulle. No hay necesidad de plantear el problema de si él fué el responsable del ascenso de Francia o bien si ésta fué la responsable del ascenso del General. Es un problema que nos llevaría al terreno de las discusiones metafísicas. Pero sí, puede decirse que su ascenso y el de Francia fueron fenómenos concurrentes de acciones recíprocas aparentes y, en consecuencia, la generalidad de los espíritus no metafísicos percibirán entre ellos la relación de causa a efecto.

La dirección ejercida por el General de Gaulle ha sido de naturaleza muy excepcional, por diversos motivos, sobre todo porque se parecía mucho al matrimonio por telégrafo de dos personas que han estado separadas desde hace mucho tiempo. De Gaulle cortejó y conquistó a Francia desde lejos —sobre todo mediante sus trasmisiones radiales a través de las ondas de la British Broadcasting Corporation. Pudo lograr esto porque poseía una profunda comprensión de Francia y porque compartió y expresó sus sentimientos más profundos.

Mientras él conocía a Francia como pocos hombres la conocían, Francia por su parte no le conocía; para ella era sólo un nombre, una fotografía, una voz por radio y sobre todo, el símbolo de una fe que nunca flaqueó.

Durante las últimas semanas los franceses han ido conociendo un poco más al General de Gaulle — pero ese conocimiento ha sido muy lento, pues no es una persona fácil de ser conocida. Para la gran masa de sus compatriotas sigue siendo aún una especie de figura simbólica y no del todo humana, muy semejante al rey de Inglaterra, en el sentido de que se yergue serenamente por encima de las luchas políticas y representa esa unidad teórica que las naciones raramente logran realizar pero a la que todas aspiran en las épocas de desgracia. Aún durante sus presentaciones en público y durante sus discursos predomina en él una especie de frialdad o alejamiento estudiado que inspira confianza pero no afecto. Existen motivos para creer que esto es precisamente lo que él tiene intención de inspirar.

En 1941 el General de Gaulle le dijo a uno de sus compañeros en Londres:

—Pétain piensa demasiado en los franceses y poco en Francia.

El General de Gaulle, por el contrario, se muestra impaciente: —algunos de sus compañeros dicen que siente algo muy parecido al desprecio con los hombres de la masa; pero es en cambio un devoto apasionado de esa entidad semi-mística representada por los hombres bajo la forma de una nación. Pues en esta entidad existe la permanente posibilidad de "grandeur", —una palabra que aparece con suma frecuencia en sus discursos.

Por lo tanto el General de Gaulle es, esencialmente, una figura aislada, con pocas relaciones humana auténticamente cálidas, con pocos amigos verdaderos, pero con muchos admiradores locales. Por consiguiente sus emociones —y es seguro que posee emotividad—, semejan lenguas de fuego que surgen repentinamente de una heladera.

Estas emociones están tan íntimamente asociadas con las ideas en lugar de estarlo con los sentimientos en la acepción común de la palabra —o con lo que pudiera llamarse sentimientos idealizados— que uno se siente tentado de decir que son esencialmente intelectuales. Se parecen al estremecimiento que provoca en algunas mentes raras un hermoso silogismo.

La alta figura vestida con el uniforme de brigadier general que al bajar de su auto para dirigirse a su oficina saluda a la guardia con un gesto lánguido y aburrido; que está sentada durante largas horas en la Asamblea, tamborileando con sus largos dedos en el escritorio, como si tuviera que apelar a todo su patriotismo para soportar esos discursos largos y monótonos, leídos de los manuscritos; que prefiere trabajar a altas horas de la noche para poder aislarse mejor — esta figura es la personificación de la melancolía.

Es la melancolía de un hombre que es, esencialmente, un pensador y cuyos hermosos silogismos se ven constantemente frustrados y desfigurados por la necesidad de descender al mundo de la acción y de la realidad, y de tener que conciliarse allí con elementos que son muy humanos, pero terriblemente ilógicos.

En Lille, donde el que esto escribe acompañó a su partida durante una de sus primeras visitas provinciales después de la liberación, el General de Gaulle contempló desde la Prefectura la multitud que se apretujaba en la gran Place de la République. Esa ciudad era su lugar natal. Esa multitud gritaba: —¡Vive de Gaulle!— y había venido hasta allí para darle la bienvenida y para verle.

Durante un largo rato el General de Gaulle no respondió nada a los vivas de la multitud. Finalmente, se dirigió hacia el balcón y saludó; se quedó parado allí durante unos treinta segundos y luego se volvió y se alejó, como si tuviera prisa por abandonar ese lugar.

Hace poco algunos de sus compañeros le pidieron, estando en París, que grabara en un disco plástico su famoso discurso de junio 18, 1940 en el que incitaba a Francia a la lucha, para perpetuarlo así para la posteridad. Le hicieron notar que ese discurso no había sido registrado en ningún disco.

—Nuestros hijos querrán oír ese discurso —le dijeron al General de Gaulle. Pero él se negó a grabar el disco, diciendo: —Vuestros hijos tendrán otras cosas en qué pensar.

Y sin embargo el General de Gaulle está extraordinariamente orgulloso de sus discursos, que redacta con sumo cuidado y luego estudia de memoria; tienen un estilo muy semejante al de los clásicos. Una de sus características es que escribe en forma brillante, pero habla mal, un defecto muy común a todos los intelectuales que se sienten más a sus anchas en su estudio que ante una multitud.

Generalmente a eso de las diez y media de la mañana, el General de Gaulle entra

con pasos largos, a su oficina del Ministerio de Guerra, mientras un par de porteros, vestidos con traje de noche, le abren la puerta. Al personal del General le agrada el que éste venga a horas tan avanzadas de la mañana, pues así tienen suficiente tiempo para abrir el correo antes de tener que presentarle los informes. Una vez en la oficina, desde la que se ve un jardín, en la que trabajara otrora Georges Clemenceau, una oficina tapizada y decorada en rojo, el General de Gaulle se sienta ante una mesa de estilo Imperio y enciende un cigarrillo.

En su mesa se ve el ultimátum original enviado por el extinto Mariscal de Campo Erwin Rommel al General francés Joseph Koenig en Bir-Hacheim, ultimátum que fué rechazado por Koenig. Se ve asimismo un modelo de un tanque que le fué enviado por el regimiento de tanques al que pertenecía.

El General de Gaulle recibe la visita de diversas personas —diplomáticos, políticos, soldados, funcionarios locales de las provincias y jefes del Consejo de Resistencia. A las 2 de la tarde va a almorzar a su casa situada cerca del Bois de Boulogne. Desde las 3 de la tarde hasta las 8 u 8.30 de la noche, trabaja generalmente en su oficina. De vuelta a su casa se queda levantado hasta altas horas de la noche, leyendo. Duerme poco.

Es muy probable que durante su estudiosa juventud Charles de Gaulle haya leído el ensayo de Walter Bagehot sobre "la Constitución Inglesa", en el que se discutió la monarquía inglesa con un realismo y una sangre fría que serían considerados de muy mal tono en la actualidad. Bagehot llegó a la conclusión de que la esencia de la monarquía inglesa era su misterio, que su magia era su vida; y afirmó que abrigaba la esperanza de que la vitalidad de la monarquía no quedara perjudicada jamás por ninguna investigación seria con respecto a su carácter. De Gaulle expresó precisamente la misma idea con respecto a los líderes, en un ensayo poco conocido, intitulado "Prestigio", escrito al estilo de los escritores del siglo dieciocho y publicado en la Revue Militaire Francaise de junio, 1931. Refiriéndose al prestigio de los líderes, escribió lo siguiente:

—Ante todo el prestigio exige misterio, pues los hombres no reverencian aquello que entienden demasiado bien. Todo culto tiene su tabernáculo y nadie puede posar de héroe ante su "valet". Por lo tanto, en sus programas y en sus maneras y en el juego de la mente debe quedar siempre un elemento que el pueblo no comprende del todo, un elemento que les intriga y les estremece y les hace contener el aliento".

Encontramos aquí la propia justificación de de Gaulle de esa crialdad que ha llevado a la práctica en la actualidad. El hecho de que haya formulado su concepto acerca de la dirección de los hombres en una época en que era un líder profesional vestido de uniforme, carente de toda perspectiva visible de llegar a transformarse en el líder político que es en la actualidad, contribuye a agregar aún mayor interés a sus reflexiones.

En ese ensayo comenzaba por lamentarse acerca de la decadencia de la autoridad que asociaba a la decadencia de la moral y de la política. Pero creía que esta crisis social no podía durar mucho, "pues los hombres no pueden vivir sin ser guiados de la misma manera que no pueden vivir sin comer, beber o dormir. Estos animales políticos necesitan organización —es decir, orden y líderes.

"El respeto que las masas concedían otrora a la alcurnia, la conceden ahora sólo a aquellos que han logrado imponerse en calidad de líderes. ¿Qué príncipe legítimo ha sido obedecido jamás en forma tan ciega como el dictador que surgió de la nada, apelando únicamente a su propia audacia? ¿Qué poder ha dejado jamás una huella tan profunda como la que deja hoy en día la técnica del ingeniero?"

De Gaulle seguía diciendo que algunos hombres parecen exudar, desde el momento de su nacimiento, "flúido de autoridad", cuyo componentes desafían todo análisis, al igual que los componentes del amor. Decía que no había ninguna relación necesaria entre el valor intrínseco de un hombre y la autoridad que ejerce. Llegaba a la conclusión de que el talento, tanto del líder como del artista, debía irse formando con la práctica.

"El dominio sobre el espíritu de los hombres exige que sean estudiados y que cada uno se crea el elegido —escribió de Gaulle— ero debe observarse esta condición —mientras se estudia a los hombres debe seguirse el sistema de no revelar demasiado, de mantener para sí algún secreto o algún elemento de sorpresa que puede desempeñar un papel importante en cualquier momento. El resto lo hará la fe latente de las masas.

"Esta reserva de pensamiento y de maneras implica, al mismo tiempo, una economía similar de gestos y de palabras. Quizás éstas no sean más que apariencias; pero es precisamente por las apariencias que las multitudes forman sus opiniones".

De Gaulle subrayó estas afirmaciones mediante ejemplos extraídos de la historia militar. Decía que los grandes comandantes mantenían sus poderes en reserva y se comunicaban poco con sus hombres. Citó el efecto extraordinario que ejercían las presentaciones calculadas de antemano de Hamílcar, cuando sus soldados vacilaban. Decía que cada página de los "Comentarios" demostraba que Julio César "medía sus gastos públicos". Decía que Napoleón se preocupaba de presentarse siempre en circunstancias que aseguraran de antemano un efecto dramático.

"Dominar los acontecimientos, dejar impresa su huella en los mismos, asumir las consecuencias —he aquí lo que se espera de un líder— escribió de Gaulle.

"La elevación de un hombre por encima de los demás se justifica únicamente si contribuye a la tarea común con el impulso y la garantía de su carácter. El privilegio de la dominación, el derecho de dar órdenes, el orgullo de saberse obedecido, los miles de respetos y homenajes que rodean a los poderosos, el honor y la gloria de los que el líder recibe una parte considerable, son pagados con creces por los riesgos que asumió.

"Es poco probable que las masas se equivoquen a este respecto porque, sin un amo, sienten pronto los efectos de su propia turbulencia.

"Las órdenes del líder deben ser magnificadas. Debe tener una visión amplia y elevada, para así apartarse de lo común y de sus límites estrechos".

El que se dedique a estudiar los discursos actuales de de Gaulle verá claramente reflejados en los mismos estos conceptos acerca de los líderes que definió con tanta lucidez en la época en que no era más que un coronel estudioso con un espíritu inquieto e inteligente, que no podía conformarse con las tareas diarias propias de un soldado profesional.

En sus discursos se infiltra también una preocupación por las ideas "elevadas", sobre todo por el "grandeur" y por el poderío de Francia. Se nota en ellos el deseo de dominar a los acontecimientos y de inducir a los franceses a dominarlos tratando de aprovechar hasta el máximo sus propios recursos y creyendo en su propio futuro. Se nota también la reserva y la discreción que de Gaulle recomendaba en su ensayo. Nunca perdió el dominio de sí mismo. Su estado de ánimo y sus ideas pueden ser claramente percibidas sólo por aquellos que conocen el arte de leer entre líneas. Le gusta generalizar. Ama las frases hermosas cuyo significado preciso puede ser comprendido por algunos pocos.

Algunos franceses creen que se ha dejado arrastrar por su "elevado" concepto del "grandeur", que su visión es "tan amplia y tan profunda que no tiene en cuenta ciertas realidades, que ha avanzado mucho en el terreno diplomático, pero que se ha olvidado casi por completo del poderío económico sin el cual no puede existir el poderío militar y tampoco el prestigio diplomático. Por otra parte, su estilo "elevado" y su genuina fe en su patria han inspirado una nueva confianza a la nación francesa, y esto tiene mucho valor tanto en la vida diaria como en el terreno del "grandeur".

Uno de sus amigos ha dicho: "Su papel ha sido el de movilizar la conciencia de Francia". En esta tarea sus palabras son más optimistas que sus pensamientos. Su verdadero idealismo y su gran devoción a Francia logran sobreponerse a su melancolía básica.

De Gaulle condecora al Almirante D'Argenlieu. El acto es emotivo. Pero él está lejos. Indiferente, frío y taciturno, qué preocupación lo domina?

Su fe y su idealismo existen en un plano espiritual que les es propio. No excluyen tampoco cierto realismo frío que se asemeja a menudo al cinismo. Cuando se le pidió a uno de sus compañeros que explicara la serena fe del General de Gaulle en junio de 1940, de que Alemania perdería la guerra, éste dice que la explicación que dió de Gaulle en esos momentos fué la siguiente: En 1914, Alemania estaba bien preparada para la guerra y se lanzó sobre Francia; pero no logró conquistar a París y por lo tanto perdió la guerra. En 1940, Alemania estaba nuevamente bien preparada para la guerra y logró conquistar París, pero no pudo apoderarse de Londres. De Gaulle siguió diciendo que en 1965 Alemania volverá a atacar de nuevo, pero que fracasará nuevamente en algún punto.

Esta frialdad se ha hecho visible también en la actitud del General de Gaulle con respecto a sus aliados. Dos días después que los aliados hubieron reconocido su gobierno se quejó de que se negaban, por motivos desconocidos, a armar un ejército francés más poderoso. Poco después que el Primer Ministro Churchill y el Secretario de Relaciones Exteriores Eden le confirieron el honor de visitarle en París, el General de Gaulle pronunció un discurso en la Asamblea en el que advertía a los Aliados que no debían volver a tratar de solucionar los problemas europeos son la intervención de Francia.

Son pocos los franceses que entienden su actitud escéptica con respecto a Londres y Wáshington, o que siquiera la han percibido, pues esa actitud está velada por un lenguaje generalizado. Son pocos asimismo los franceses que conocen la extraña historia de sus relaciones con esas dos capitales, que explica plenamente su escepticismo. Pero por otra parte no hay que olvidar que son pocos los franceses que comprenden plenamente al General de Gaulle. Sólo cabe suponer que él desea que esto sea así, pues debe recordarse que fué él quien escribió que un líder no debe nunca revelarse por entero ante las masas.

Ultimamente fué invitado por el Presidente Roosevelt y de acuerdo con la resolución del Consejo de Ministros, en la cual debió influir decisivamente, De Gaulle rechazó el ofrecimiento.

No pareció importarle mucho que el hecho se produjera después del acuerdo de Yalta, porque francés y con el pensamiento de Francia, cree que su país debe ocupar el puesto que la historia le señala.

Es en los primeros días de la invasión de Francia. De Gaulle da los primeros pasos en su patria. Y apenas sonríe saludando a los compatriotas.

Los ritos funerarios de los antepasados de los indios de la bahía de Delaware tenían como nota culminante el sacrificio de un niño, el que era arrojado al fuego y enterrado luego con los esqueletos de los muertos de aquella tribu, a quienes se les aseguraba así el tránsito hacia el cielo.

El Padre Le Jeune, sacerdote jesuita, quien escribió acerca de las bárbaras costumbres indígenas en el año 1636

Los crueles ritos de los indígenas americanos

POR C. A. WESLAGER

HUESOS humanos descubiertos hace pocas semanas en una isla deshabitada de la bahía de Rehoboth, situada hacia el sudeste de la ciudad de Delaware, constituyen mudo testimonio de un trágico episodio ocurrido en los tiempos prehistóricos de los indios que poblaban América mil años antes que el hombre blanco.

Estos nativos de remotísima data fueron en realidad los antepasados de los indios Algonkianos que moraban en las regiones costeras de las bahías de Delaware y Chesapeake allá por el siglo XVII, tiempo en que los primeros colonizadores levantaron sus primeras cabañas de troncos. En muy lejana época, considerablemente anterior al descubrimiento de América por Cristóbal Colón, aquellos nativos llevaron a cabo una espantosa ceremonia sepultando en masa un montón de muertos y poniendo como broche final el sacrificio de niños arrojados al fuego.

Tuve la suerte de ser yo quien diera con el osario, descubriendo las huellas de esa costumbre pagana en los esqueletos de 18 hombre, mujeres y niños. Y no pude menos de recordar los escritos del Padre Le Jeune, sacerdote jesuíta, quien presenció en 1636 la Fiesta de los Muertos entre los indios Hurones, del sur del Canadá y los de otros autores que describieran similares ritos entre los Muskhogueanos de Virginia y las Carolinas.

Virtualmente, todas las tribus practicaban ritos bárbaros con sus muertos. Algunas del Medio Oeste los colocaban extendidos sobre los árboles. Otras enterraban a sus guerreros de una manera especial, colocándolos sobre la superficie del suelo y cubriéndolos con grandes piedras. En ciertas partes de los valles de los ríos Ohio y Mississippi, los jefes eran sepultados en largas tumbas las que luego se coronaban con montecillos de tierra. Los Indios Menominees, que habitaban en el Lago Michigán, depositaban a sus muertos en grandes construcciones, de forma bastante curiosa, semejante a nuestras habituales casillas para perros.

La mayor parte de los indios Algonkianos practicaban el "entierro flexado", es decir, que se sepultaba a los cadáveres con las rodillas encogidas sobre el abdomen. Pero después de los descubrimientos que efectué junto con mis colegas Kenneth Givan, Donald Dimond y Alfred Tagano, no se dudó ya de que los indios de la bahía de Rehoboth habían adoptado las costumbres de los Hurones y Muskhogeanos.

Tal deducción resultó lógica dado que, junto con la punta quebrada de una flecha, un fragmento de una vasija de barro y tres canutillos de cobre americano en estado nativo, había una cantidad de huesos carbonizados y cenizas, únicos restos de la joven víctima ofrecida en holocausto a los bárbaros dogmas de aquellos primitivos indios.

Gracias a antiquísimos tratados, sabemos que los indios creían que el alma de un individuo se perpetuaba en sus huesos, lo que queda abonado por la precaución de preservar los esqueletos hasta mucho después de la muerte y la reverencia que les era acordada. Se los trataba con señalados honores, entre los que figuraba el sacrificio de un niño para que sirviera de escolta al difunto en su viaje hacia el Gran Más Allá.

El Padre Le Jeune, único hombre blanco quizás que presenciara las ceremonias, nos narra que al morir un hombre de la tribu, su cuerpo era colocado en un "templo de huesos". Y allí quedaba, junto con los demás cadáveres, hasta la Fiesta de los Muertos, la que tenía lugar cada doce años.

En tan señalada ocasión, se cavaba un inmenso pozo al que se forraba con pieles de castor. Se recogían luego los huesos de todos los muertos depositados en el templo, se los despojaba de todo resto de carne y luego de empaquetarlos todos juntos, se los arrojaba en la tumba, mientras los indios, pintados y luciendo complicados tocados, danzaban alrededor del fuego. Se traía luego un niño de pocos años que se había tenido encerrado en una choza y se lo arrojaba a las llamas. Cuando estaba completamente quemado, sus huesos y cenizas eran arrojados a la tumba junto con los demás.

Los Muskhgueanos eran aún más salvajes. Para ellos, la carne no era más que la envoltura de los huesos, los que constituían la persona verdadera. Sus brujos decían que el alma no abandonaba los huesos hasta mucho después de acaecida la muerte.

De modo pues que cuando una persona fallecía, se celebraba un ritual de arraigo tradicional. El cuerpo era decapitado y desmembrado. Enseguida entraban en acción los hechiceros. Con uñas largas como garras, las que se dejaban crecer a propósito, arrancaban la carne de los huesos.

La carne era sepultada o incinerada, pero los huesos eran objeto de fanáticos cuidados. Se los lavaba con sumo cuidado hasta que estuviesen completamente limpios y luego de envolverlos con un pellejo, se los depositaba sobre estantes en una cabaña bardada con grasa y cortezas de árboles. Se suponía que el alma del difunto subsistía en ellos, creencia que los llevaba a depositar vasijas llenas de alimentos para los muertos en el "templo funerario".

Las propiedades terrenas del desaparecido eran colocadas también muy cerca de sus huesos, porque se le consideraba tan vivo como cualquier ser de carne y hueso y como tal en constante necesidad de su arco y de su flecha, sus avalorios, su pipa y brazaletes.

Durante el lapso de tiempo en que el alma se preparaba para el viaje al otro mundo, sólo los sacerdotes y los hombres de alto rango tenían libre acceso a los sagrados portales del sepulcro.

Cuando llegaba la época de los singulares obsequios como mencionábamos —muchas veces transcurrían meses y

hasta años— se encendía una gran hoguera y cavaba una inmensa tumba. Se traían los huesos desde el templo mientras los hechiceros practicaban encantamientos y las mujeres se pintaban la cara con hollín en señal de duelo. Todos cantaban y danzaban hasta que los huesos eran arrojados al pozo; luego se remataba la ceremonia con la inmolación de un niño.

Una vez tendida la tierra sobre las osamentas, el alma volaba hasta las Tierras de las Felices Cacerías y las armas del guerrero se repartían entre sus parientes y amigos. Recién entonces se lo consideraba alejado para siempre del mundo de los vivos.

Nuestros descubrimientos acerca de las viejas costumbres de la isla de la Bahía de Rehobot, las que no podremos identificar exactamente hasta que no se hayan completado las excavaciones, nos costaron bastante trabajo. No existían indicaciones de que esa región hubiera sido ocupada por el hombre. A pesar de todo, era ideal para vivir.

Bien protegida por las aguas, que la rodean por todos lados, goza de un sistema natural de irrigación que la hace envidiable en lo que a las perentorias necesidades de la vida respecta. Posee además grandes bosques de pinos donde moraban mamíferos de diversas especies y anidaban gansos salvajes.

Comenzamos nuestras excavaciones hace ya dos años. Al cabo de varias semanas, desenterramos varios ejemplares de alfarería de arcilla cruda, puntas de flechas, cuchillos de piedra y ejes y otros implementos de hueso, arcilla, y piedra. Enseguida descubrimos los esqueletos de dos perros prehistóricos, a los que los expertos del InstitutoSmithsoniano identificaron como restos de un animal de tamaño comparable al de los fox-terriers.

Siguió después un período bastante desalentador. Mes tras mes, nuestras excavaciones daban resultado nulo. Y un día, a poco más de medio metro de profundidad, encontramos un esqueleto reseco. Sondée con mi pala esperando encontrar un homóplato, pero en vez de ello me topé con otro esqueleto y donde creía desenterrar la parte de la cadera, surgió un tercer esqueleto.

18 de ellos descubrimos en total, pero ninguno completo. Era evidente, una vez reunidos brazos, piernas, costillas, y vértebras, que los hallábamos frente a un osario de los Antiguos Algonkianos.

No éramos los primeros en descubrir estas tumbas, primitivas, pero sí los que acaso por primera vez reconocían su significación con respecto a los antepasados de los Indios Americanos, tales como los hemos conocido desde que los hombres blancos; invadieron sus fronteras.

Hace cerca de cincuenta años, el malogrado Henry C. Mercer, distinguido antropólogo de la Universidad de Pennsylvania, se encargó de las excavaciones practicadas en un farallón arenoso que dominaba la bahía Chesapeake, cerca de Cambridge, Maryland, Estados Unidos. Descubrió allí una tumba aborigen, completamente diferente a todo lo conocido hasta entonces, la que contenía huesos dispersos. Le fué imposible contar el número de individuos allí enterrados, pero estimulo en un centenar. Varios huesos estaban calcinados, indicio de sacrificios humanos celebrados entre ellos.

En 1925 una gran ola provocada por la marea, dejó en descubierto huesos humanos en la bahía de Delakare, cerca de Lewes, en el Estado de Delaware. Un arqueólogo amateur, Jlseph Wigglesworth, corrió a toda prisa hasta el sitio, desenterrando los restos de 15 personas. Éstas también habían sido decapitadas y desmembradas.

Desde entonces, los arqueólogos han hallado varios osarios en los Estados de Virginia y Maryland, todos ellos conteniendo huesos separados, y muchas veces cremados.

Las fosas de sepulturas han sido cavadas a lo largo de los ríos Potomac, York y Anacostia.

Los sacrificios humanos, especialmente de niños, eran tradicionales entre numerosas civilizaciones. En Cartago, destruida por los romanos, en el año 146 antes de J. C., se acostumbraba hacer sacrificios en honor de Moloch, el dios-sol destructor y devorador.

Los antiguos indios venezolanos tenían la extraña costumbre de preservar los huesos de sus muertos pintándolos de rojo, lo que suponían que les infundiría salud y vigor para el viaje hacia el Gran Más Allá, a la Feliz Tierra de la Caza, reanudando una existencia que transcurría llena de placeres, sin ya ninguno de los dolores terrenos.

En la Biblia figuran referencias respecto a estos ritos espantosos y hace muy pocos años, una expedición francesa, guiada por el Reverendo François Lapeyre, descubrió un cementerio de niños entre las ruinas de Cartago. Contenía los huesos y cenizas de centenares de tiernas víctimas.

Los sacrificios daban lugar a una gran ceremonia. Antes de arrojarse a los pequeños al fuego, el que se encendía dentro de una imagen de bronce del dios, las trompetas anunciaban la inminencia de los ritos y la gente se dirigía en masa hacia el templo para presenciar el espectáculo. Los esclavos conducían a las víctimas hasta los altos sacerdotes, quienes las investían con todos los pecados de la comunidad y las arrojaban a las llamas devoradoras.

La veneración de los huesos de los muertos resulta confirmada en varias comarcas de la tierra. En 1750, John Heckewelder, misionero cristiano entre los indios, escribía que los Nanticokes, al emigrar de la bahía de Chesapeake rumbo a Pennsylvania, llevaban consigo las sagradas osamentas.

Hace menos de diez años, un huracán puso en descubierto una costumbre bastante extraña entre la gente que poblaba la península de Guajiras, en Venezuela. Una expedición auspiciada conjuntamente por las Universidades de Columbia y Pennsylvania, exploró numerosas tumbas aborígenes que habían sido abiertas por el terrible huracán, y encontraron montones de huesos.

Estos huesos estaban pintados de rojo, señal evidente que el color de la sangre les parecía una especie de santo y seña que aseguraba a sus muertos salud y vitalidad a su paso por el otro mundo. Para sus primitivas mentes, el rojo equivalía a vida.

La pintura roja era un símbolo para ellos, tanto en la vida como en la muerte. Cuando los guerreros marchaban hacia la batalla, se embadurnaban de pintura de ese tono, lo que les comunicaba protección segura contra las heridas. Si enfermaban, el rojo se tenía como remedio infalible para recuperar la salud y si morían no se arredraban por éso, sino que pintando con barnices rojos los huesos, se les proporcionaba salvaguardia segura para la otra vida.

Todas estas eran costumbres indias; recién hoy comenzamos a comprobar cuan extendidas y arraigadas estaban.

El autor de esta nota desenterrando cuidadosamente los huesos de diez y ocho esqueletos, entre ellos de varios niños, sepultados en una fosa común en una isla de la Bahía de Rohoboth, al sudeste de la ciudad de Delaware.

En estos nuevos hombres de ciencia está confiado el porvenir de Rusia

El parasitólogo Konstantin Scriabin es una autoridad en las afecciones vermífugas en los hombres y animales, en especial, los lanares.

El biólogo Nikola Tsitsin inició una revolución agrícola. Efectuó cruzamientos de plantas hasta obtener entre otras, el trigo perenne.

El fisiólogo Alexander Bogololetz, inventor del ACS, suero antireticular-citotóxico, que acelera la curación de heridas y alarga la vida.

El biólogo Trofim Lysenko encontró granos y algodón de clases fecundas. Desplazó al norte, los cultivos rusos y obtuvo trigos nuevos.

El físico Peter Kapitza logró el campo magnético más grande y bajas temperaturas, para propiedades eléctricas. Licuó primero el helio.

El geoquímico V. Vernadsky está completando una obra maestra: la biosfera, fina capa terrestre y atmósfera, que distingue a la tierra.

El ingeniero A. Skochinsky impuso sistemas de seguridad y producción en las minas de carbón y de extracción de gas en las vetas.

El matemático A. Kolmogorov es uno de los líderes de la joven generación. Pionner matemático, estudia teorías de la probabilidad.

El químico A. Porai-Koshitz es uno de los especialistas en química orgánica, sobre todo en anilinas sintéticas del alquitrán de hulla.

El geólogo V. Obrucev, explorador siberiano, es autor de uno de los tratados completos sobre fuentes de recursos halladas en Siberia

El físico Alexander Frumkin observa las corrientes eléctricas de las superficies moleculares y su función en la atracción capilar.

El patólogo Alexei Spreansky es autor de una teoría radicalmente original sobre la relación del sistema nervioso con varias afecciones.

RUSIA tiene una Academia de Ciencias. Y sus miembros, como puede verse, en estas páginas, tienen la misma apariencia profesoral de los académicos de todo el mundo. Exteriormente, pues, no constituyen una excepción entre todos los colegas de las demás naciones, por más que haya quien crea que la diferencia debe empezar por notarse desde afuera.

¿Son realmente técnicos revolucionarios? No puede aplicarse rigurosamente esa definición que se haría sentir en la evolución general de la experiencia científica. Pero, han de ser, desde luego, investigadores originales, puesto que constituyen una empresa colectiva para descubrir leyes naturales y aplicarlas a la explotación de Rusia.

El vasto y rico territorio ruso era poco menos que desconocido hace un cuarto de siglo; y, desde las zonas árticas hasta las que confinan con el corazón de Europa, es actualmente estudiado para la revelación de las riquezas y la perfección de la técnica que iniciarán la era industrial de la gran nación soviética.

Los progresos más importantes de la investigación científica de los maestros rusos se refieren, especialmente, a la constitución de la materia y a la destrucción de los átomos, a los experimentos sobre la prolongación de la vida y al desarrollo de una planta de trigo especial; y todos ellos han interesado vivamente a la técnica mundial.

Todo el futuro de Rusia depende, pues, de la inteligencia y del entusiasmo de estos hombres de ciencia que han logrado reunirse en una academia que tiene finalmente, sobre todas las conocidas, la ventaja de solidarizar, en un solo grupo, no solamente a los técnicos de las ciencias naturales sino también a los economistas, a los historiadores, a los psicólogos y a los maestros de todo el país.

El geoquímico A. Fersman es director de un centro de investigaciones dedicado a descubrir las fuentes de los recursos soviéticos.

El astrónomo G. Shain dirige el Observatorio de Leningrado. Investiga la evolución en estructuras celestes y absorción de la luz.

El químico Nikolai Semyonov trabaja para enlazar la física y la química en estudios de la combustión y realizaciones químicas.

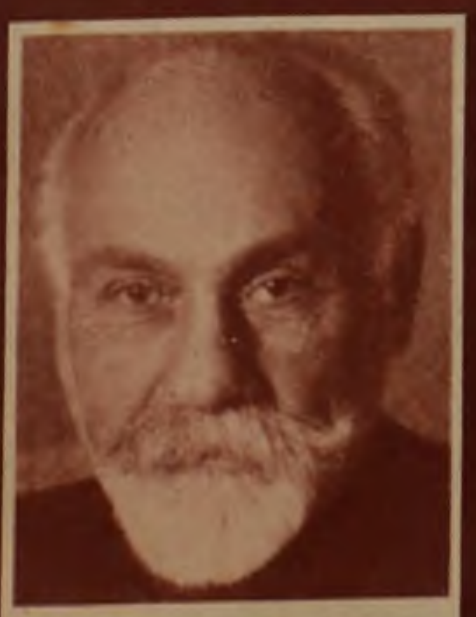
El destructor de átomos Abrahamlofe construyó el primer ciclotrón para fragmentar átomos de uranio. Espera lograr acero transparente.

El químico Dmitri Prianchnikov efectuó experimentos químicos y mecánicos para la evolución de la técnica en los trabajos agrícolas.

El metalurgo Ivan Bardin es el constructor de plantas para hierro y acero de Ural-Kuznefs, primera gran fábrica de hierro de Rusia.

El botánico Vladimir Komarov es en la actualidad Presidente de la A. de Ciencias. Es una autoridad en la flora del Lejano Oriente.

El Cirujano General del Ejército Ruso, Nikolai Burdenko es conocido hoy en el mundo como un gran cirujano del cerebro humano.



El fisiólogo Leon Orbeli ha escrito interesantes tratados sobre el dolor, la función de los riñones y el sistema nervioso central.

El parasitólogo Eugene Pavlovsky es reconocido como sabio en toxinas de insectos y animales y en afecciones causadas por insectos.

El químico A. Favorsky efectuó experimentos básicos en química orgánica solucionando el grave problema de las gomas sintéticas.

El explorador O. Schmidt es la cabeza del Instituto Artico. Exploró las regiones del norte y dirige la colonización de las zonas de Rusia.

¿Será ocupada Alemania en la paz?

El régimen nazi recibiendo una de las habituales expresiones de apoyo fanático de la gran mayoría del pueblo alemán, ante sus jefes conspicuos, en la colina Bueckberg, por el año 1936. El más grave error sería hacer distinciones entre el pueblo germano y sus dirigentes.

Al sonar el último tiro clamarán en contra los ingenuos y los agentes preparados de antemano

POR WILLIAM L. SHIRER

NO nos engañamos a nosotros mismos. El hombre que lucha por la vida, responde a lo que se le pregunta de una manera muy diferente de la del que está cubierto de gloria, poder y victoria.

Un minuto después de la Hora del Armisticio, los propagandistas de una paz "benigna" redoblarán sus esfuerzos. Dirán que como los alemanes están libres de los nazis, ya no constituirán una amenaza para la paz del mundo, y que los alemanes "buenos" se harán cargo de la limpieza necesaria.

Aún en la actualidad, hay muchas personas que creen que existe una diferencia entre el pueblo alemán y sus líderes nazis. Estas personas opinan que el pueblo alemán entró en la guerra contra su voluntad. Suponen además que sólo estamos combatiendo a Hitler y su pandilla, y que una vez que hayan sido despojados del poder, los alemanes "buenos" darán un paso al frente para guiar a su país por los senderos de la paz y la justicia. Nada podría estar más lejos de la verdad.

Naturalmente que hay alemanes "buenos" pero cuando se hicieron cargo del poder, después de la última guerra, fueron demasiado débiles para controlar los elementos militaristas, quienes se valieron de la República de Weimar como una pantalla para ocultar sus preparativos para la segunda Guerra Mundial.

En realidad, deberíamos recordar que los alemanes "buenos" no han triunfado en ninguna decisión política importante de su país durante los últimos 75 años.

En cuanto a trazar una línea de distinción entre los alemanes y los nazis, tengamos en cuenta este hecho: El pueblo alemán nunca ha tenido un régimen más típico de sus sueños y de su carácter que el de los nazis. Indudablemente Hitler no hubiera podido apoderarse de la mayor parte de Europa, llegando hasta el Volga, y casi derrotar a Inglaterra, si no hubiera recibido el apoyo fanático de la gran mayoría del pueblo alemán.

El nazismo no le ha sido impuesto al pueblo alemán por un puñado de bandidos nazis. Más bien es la expresión cabal de la filosofía germana, que glorifica la guerra y que acepta sin restricciones la idea de la "Super-Raza".

Si tenemos que arribar a una solución del problema alemán, los Aliados deben mantenerse unidos para enseñarle a Alemania que las guerras no reportan ganancias. Si no se les enseña debidamente la lección, los alemanes darán comienzo a una nueva guerra dentro de 25 años y quizás llegarán a triunfar...

Después de la última guerra intentamos desarmar a Alemania, pero, en realidad, no la desmilitarizamos. Fracasamos en eliminar aquellos elementos de la población alemana que, mientras se mantengan en el poder, llevarán a Alemania a la guerra.

Estos elementos son los Junkers, los militares más profesionales; los grandes industriales, y los intelectuales pan-germanos. En el período siguiente

Una multitud de entusiasmo rayano en el delirio, reunida frente al cuartel general de los nazis, aclama a Hitler al ser designado canciller del Tercer Reich. El fuherer no traía nada nuevo. Por el contrario, era la síntesis viva de la ideología germana (ya conocida).

a esta guerra, los Aliados tendrán que hallar un medio de debilitar la influencia de estas personas sobre la vida del pueblo alemán.

Después de la última guerra, los Aliados acordaron finalmente permitir a los alemanes que castigaran ellos mismos a sus criminales.

Debe recordarse que de una lista de 896 alemanes, ninguno de los principales delincuentes fué llevado ante un tribunal y que sólo algunos cumplieron condenas muy leves.

Esta vez no dejaremos este importante detalle a cargo de los alemanes. El castigo de los criminales de guerra nazis es muy importante, no sólo en salvaguardia de la justicia, sino también porque hay muy pocas cosas que impresionarán más a los alemanes que el castigo de los líderes a quienes siguieron tan ciegamente.

Y entonces vemos que la pregunta que se hacen los pueblos aliados, "¿Ocuparemos Alemania?", en realidad forma parte de una interrogante mayor, o sea, ¿qué haremos con Alemania después de la guerra? De la respuesta depende la paz.

Antes que los ingleses y los americanos estuvieran combatiendo en Francia, antes que los poderosos ejércitos rusos avanzaran hacia las fronteras alemanas, Roosevelt, Churchill y Stalin se reunieron en Teherán. Se recordará que en la declaración que se dió a conocer después de la conferencia hay una cláusula que dice: "Expresamos nuestra determinación de que nuestras naciones se mantendrán unidas en la guerra y en la paz que seguirá a ésta".

Tengamos esperanza de que en la hora gloriosa de la victoria nos ocuparemos de que Estados Unidos participe en los problemas creados por la derrota alemana. Tengamos esperanzas de que nosotros los americanos nos demos cuenta de que la paz, al igual que la guerra, debe ser ganada por las Naciones Unidas.

Estas cosas que ahora parecen tan obvias, tal vez no lo parezcan así después que haya sido disparado el último cartucho. Porque para entonces, el aire americano estará poblado de voces que clamarán por el regreso de los muchachos americanos a sus hogares. Y los propagandistas pagos, cuya misión será la de salvar lo que quede de la Alemania vencida, serán ayudados por los políticos de poca visión, afanados en acumular votos.

Si prestamos atención a esas voces, que nos dicen que deberíamos empacar y emprender el regreso al minuto de haberse ganado la guerra, lo cual será una tentación muy grande, entonces, quizás, a pesar de las buenas intenciones de hacer lo contrario, cometamos las mismas equivocaciones que cometimos en 1918-1919.

El tratado de Versalles desarmó al Reich, mas no lo desmilitarizó. He aquí un desfile de los llamados "batallones de trabajo

Cuando, en una operación, está en juego una vida, este aparato "Heidbrin Kinetometer" determina exactamente la cantidad de gases y oxígeno necesarios

EL OXIGENO Y LA CIENCIA

Animador vital del hombre, este elemento fundamental encuentra cada día mayores aplicaciones en la industria y en la terapéutica de muchos males

EL oxígeno es el más abundante de todos los elementos, y se dice que toma parte en un cincuenta por ciento de todos los materiales que forman la corteza terrestre y la atmósfera que rodea la tierra. Existe libremente en el aire, mezclado, pero no combinado químicamente, con los otros elementos que componen la atmósfera. Es uno de los dos elementos que compone el agua y uno de los principales elementos de la piedra, la arena y la misma tierra. Es el elemento universal por autonomasia.

El hombre, y de hecho toda cosa viviente, hallan necesario el oxígeno para vivir, y toda cosa viviente posee algún mecanismo para separar el oxígeno de la atmósfera o del agua, y utilizarlo para las necesidades físicas en la superficie terrestre.

Hace cerca de 200 años se reconoció que el oxígeno existía en la atmósfera y que era el elemento activo que produce la combustión en una llama, la herrumbre del hierro, o cualquier otra forma de oxidación, ya sea lenta o rápida. Hace cien años ya se conocían métodos para producir oxígeno puro. Eran procedimientos químicos, y consistían principalmente en métodos de sustitución del oxígeno por otro elemento, en los compuestos en que abundaba aquel elemento, separando de esta manera el oxígeno que pudiera contener dicho compuesto y resolviendo así el problema.

Estos procedimientos eran más bien de interés laboratoril, eran costosos y producían un oxígeno que no era del todo puro, de acuerdo a las ideas actuales.

Hace menos de cincuenta años, el Dr. Claude en Francia, y el Dr. Linde en Alemania, dieron comienzo a trabajos experimentales sobre la producción de oxígeno por medio de la destilación fraccional, del aire líquido. Se descubrió otro procedimiento para producir oxígeno comercialmente, por medio de la electrolisis del agua que resolvió nuevas necesidades.

El procedimiento del aire líquido se desarrolló rápidamente, para convertirse en el método de producción comercial del oxígeno, a causa de que el oxígeno que se lograba por medio de este procedimiento era de gran pureza y podía ser producido a un costo relativamente bajo.

Además, cualquier porcentaje pequeño de impurezas que restara, estaba compuesto siempre de los gases que se hallan normalmente presentes en la atmósfera, y, por consecuencia, no eran de ningún modo peligrosos cualquiera fuera el uso a que estuviera destinado el oxígeno.

En los 35 ó 40 años siguientes al descubrimiento del método del aire líquido para producir oxígeno, la utilización y producción de este elemento en la industria y la medicina se convirtieron en una actividad muy importante.

La soldadura y los sopletes de oxígeno-acetileno son herramientas indispensables de la industria. Los procedimientos suplementarios de endurecer, ablandar, dar forma, y otras aplicaciones de la llamada de oxígeno acetileno se hicieron cada vez más importantes. Los médicos llegaron a valerse del oxígeno para el tratamiento de la pulmonía, diversos tipos de enfermedades del corazón y otras muchas.

Las únicas limitaciones para el empleo del oxígeno en éstas y muchas otras aplicaciones en potencia eran impuestas por su distribución. Para trans-

Para los vuelos de gran altura, se necesita oxígeno. Hoy se han hecho grandes progresos en estas aplicaciones.

Algunas compañías de transporte aéreo proporcionan a sus pasajeros estas máscaras cuando se vuela a 4000 mts.

En esta gran chapa de acero, que parece una pista de carreras, nueve sopletes montados en un Arco Radiograph, cortan en otras tantas partes iguales el duro material para uso de guerra, con un 30 % de mayor velocidad en la obra.

Este procedimiento de limpieza y deshidratación a fuego se emplea para preparar una superficie a fin de ser repintada. En este método, superior a cualquier otro para tal clase de labor se emplea una mezcla de oxígeno y acetileno.

portar unos 5 metros cúbicos de oxígeno, con un valor de 2.50 dólares, se necesitaban unos tubos de acero que pesaban 54 kilos. Estos tubos costaban alrededor de 25 dólares cada uno, y solamente se podían transportar a lo sumo 40 por vez, y eso en un camión de regular tamaño lo que constituía una serie de dificultades.

Hace unos quince años se comenzaron a poner en práctica algunos métodos para el almacenamiento y manipuleo del oxígeno. Se embarca el oxígeno líquido en vagones o camiones tanques aislados, y se le conserva en forma líquida en los tanques del que lo va a utilizar, convirtiéndolo en gas en el momento de utilizarlo, o se le transporta en forma de líquido y se le bombea como gas en los depósitos del que va a emplearlo luego.

La producción de oxígeno, ya sea en forma líquida o gaseosa, no ofrece grandes dificultades. Desde el momento en que se han perfeccionado métodos para su transporte y distribución en el que no se requieren tubos de acero, cada uno de los cuales contiene una cantidad relativamente pequeña de oxígeno, se puede decir que, prácticamente, no existen limitaciones para el empleo del oxígeno en beneficio de las necesidades humanas.

El procedimiento de oxígeno-acetileno une o corta los metales, de acuerdo al tipo de equipo empleado y a las proporciones en que se utilicen los gases. La llama de oxígeno-acetileno se forma en la punta de un pico, produciendo una temperatura de 3.700 grados centígrados, la llama de más alta temperatura que se conoce. Esta se emplea para soldar o unir metales. Para cortar los metales se emplea solamente una corriente de oxígeno que sale del pico después que éste ha sido calentado con oxígeno-acetileno. Este procedimiento elimina muchas operaciones lentas, costosas y laboriosas.

El oxígeno es muy empleado por la ciencia médica. Los pulmones artificiales proporcionan una adecuada y exacta cantidad de oxígeno al paciente, una frescura apropiada y una correcta limitación de bióxido de carbono y humedad. El pulmón artificial se emplea comunmente en las enfermedades de los pulmones. El helio y oxígeno mezclados han sido eficaces como alivio para el asma. También lo utilizan los buzos que descienden a grandes profundidades.

Los pulmones artificiales, tan empleados en casos de verdadera sensación, y especialmente en parálisis del torso, salvan numerosas vidas en todo el mundo. Para su utilización se obtiene rápidamente la temperatura deseada dentro del mismo y se la mantiene uniforme. Aquí se está tratando un caso grave, en que este recurso fué salvador.

FUGA DE LA CHINA

En medio de las vicisitudes de las almas que el japonés Shigo rodea en la red de su perfidia, se advierte la acción misteriosa y salvadora de la Hermandad Secreta de los guerrilleros chinos

Presentamos hoy el VI capítulo de "Fuga de la China", la novela de Perl Buck, especialmente traducida para MUNDIAL, en la que la genial escritora muestra una vez más sus poderosas facultades narrativas y su conocimiento del alma del Lejano Oriente. Hemos ido viendo cómo se insinúa en la joven periodista americana Jenny Barchet, sorprendida por la guerra en Shanghay, un sentimiento amoroso por el también americano teniente Daniel James, en la cárcel éste por orden del japonés Shigo Koyushi, ella en su hotel como prisión. Mordido por los celos, Shigo obliga a Dan (Daniel) a tirar de su ricksha. Y así, en esta forma humillante, se hace conducir hasta el hotel de Jenny, para que la joven aprecie su poder. Pero Dan puede soportar esto porque le permitirá lograr los medios de fuga. Ling, el chauffeur chino de Shigo, por medio de una esquela, se ha puesto en contacto con él advirtiéndole que es un patriota y un amigo. Y el momento llega. Cierta vez Dan espera en su ricksha frente al Asilo de muchachas a donde ha ido Shigo a buscar la más bella para satisfacer sus brutales instintos. Dentro se oye un grito. Dan salta hacia el interior. Y en medio de la confusión, el americano y un grupo de jóvenes huye.

El viejo Sr. P'an, sentado como siempre en su estudio, se quedó asombrado al ver a Leone que apartaba rápidamente las cortinas de su puerta. Ella, que siempre estaba vestida con tanto cuidado y tanta elegancia, tenía el aspecto de una persona que acaba de ser cogida por una tormenta. Su cabello estaba en desorden y sus pies estaban cubiertos de barro.

—¡Abuelo! —exclamó en tono jadeante.

El la miró por encima de sus lentes.

—¡Abuelo, el enemigo persigue a la señora Shipman y... y al americano!

El Sr. P'an depositó su libro sobre la mesa. Estaba a punto de suceder lo que tanto había temido!

—¿Qué tiene esto que ver conmigo?

—Abuelo, tienen que venir a esta casa —dijo Leone.

—No lo puedo permitir —respondió claramente el Sr. P'an. —Si los pudiera salvar, lo haría. Pero si vinieran aquí eso significaría mi muerte y la tuya y la de nuestros sirvientes inocentes que nos han dedicado largos años de fidelidad.

—Abuelo, sería sólo por unas pocas horas —rogó Leone. —Sólo hasta que pudiéramos sacarlos de la ciudad. Además, ¿por qué no habrían de venir aquí? Nadie pensaría en que pudieran estar aquí. Además, Abuelo, piensa en todo lo que ha hecho por mí la Sra. Shipman; por mí y por mi madre. Abuelo, tú eres un budista creyente y fiel. ¿No serás acaso responsable por su muerte si no los ayudamos?

El viejo la contempló con inquietud.

—¿Pero qué haría con ellos si los salvara? —le preguntó. —Quizás estén condenados a morir.

—Yo me encargaré de cuidarlos —gritó Leone, apasionadamente. —Si les permites quedarse aquí durante unas pocas horas, te prometo que me los llevaré pronto.

—Pero ¿a dónde? —preguntó él.

—Conozco un buen lugar.

—¡Qué hermosa es, pensó él con tristeza. Había sido siempre una niña muy hermosa y él nunca le había negado nada. Y ahora, ¿por qué le iba a negar esto a la pobre niña, aún teniendo en cuenta que no le creía lo que le estaba diciendo? Después de todo, ¿qué importaba si mataban a alguno de ellos? El ya estaba viejo y ¿qué esperanzas podía tener ella con su sangre mixta?

—Bueno, traélos entonces —le dijo. —Pero no deseo verlos.

—No los verás —le prometió la joven.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando ya había desaparecido del cuarto. El Sr. P'an dió un profundo suspiro y volvió a tomar su libro. Era muy posible que más allá del silencio y de la soledad de esta habitación, llegara en cualquier instante el fin del mundo! ¿Y qué podía él hacer si ese debía ser su destino?

Pero ya Leone había abierto el portón en medio de la oscuridad. El portero se había dormido y ella había tenido cuidado de no despertarlo. Si los dos a quienes ella esperaba, podían entrar sin que él lo supiera, tanto mejor.

Los llevaría de inmediato a sus habitaciones y por lo menos durante la noche, nadie sabría que estaban allí. Antes del amanecer ella misma los sacaría de la casa, disfrazados de la mejor manera posible. Pero en estos instantes lo único que podía hacer era aguzar el oído para percibir el ruído de sus pisadas. Se apoyó en el portón, escuchando atentamente.

Y entonces, después de un rato largo, tan largo que ya había perdido toda noción del tiempo, oyó el sonido de sus pasos y el sonido de la respiración jadeante de la Sra. Shipman. Al cabo de un instante los dos habían llegado al portón. Les hizo pasar silenciosamente por el portón, indicándoles que no hicieran ruido; luego cerró el portón con cuidado, para no despertar al portero y los condujo hacia sus habitaciones. Una vez allí, cerró las puertas con llave y corrió las cortinas y recién osó encender la luz.

La señora Shipman se había dejado caer sobre el piso.

—Oh, Dios mío—decía en tono jadeante. —¡Oh, Dios mío; no he corrido de esta manera desde que tenía cinco años!...

La levantaron y entre Leone y Daniel la condujeron hasta la cama.

Cuando Leone se dió cuenta de que podía respirar de nuevo con cierta normalidad, se volvió hacia Daniel. Estaba muy pálida, su corazón latía precipitadamente; pero sus ojos tenían una expresión grave y seria. — El aspecto de Daniel era mejor de lo que había esperado, —pensó. —No estaba demasiado delgado. Pero su barba no afeitada desde hacía unos cuantos días, le daba un aspecto macilento.

Y él contempló el rostro pálido de Leone, sin adivinar ni remotamente los intensos latidos de su corazón.

—¿Cómo llegó Ud. hasta aquí?, —le preguntó con curiosidad.

—En este momento no tengo tiempo para contárselo —le contestó ella.

—Ahora sólo debo pensar en una cosa: cómo podrán Ud. y ella escapar de la ciudad.

—¡Escapar de la ciudad! —repitió él. Ella notó que en el rostro de Daniel asomaba una expresión extraña.

—Aquí su vida está en peligro —dijo Leone. —No hay tiempo que perder.

Los ojos de él se encontraron con los de Leone, y entonces Daniel le dijo con resolución y firmeza:

—Muchas gracias. Pero aún no puedo salir de la ciudad. Hay una muchacha a la que tengo que sacar de aquí antes de irme.

La silueta de Jenny Barchet surgió de pronto ante los ojos de Leone tal como si Daniel hubiera pronunciado su nombre. Ella nunca había visto a la muchacha americana, pero ahora le parecía verla: hermosa, de cabello rubio, ojos azules, tez blanca, una muchacha totalmente distinta a ella.

La señora Shipman se sentó de golpe en la cama.

—¡Oh, querida! —exclamó en tono compasivo.

Pero Leone se volvió orgullosamente hacia ella.

—Claro está, él tiene razón —dijo. —La tenemos que encontrar para salvarla también a ella.

—Desaparece delante de mi vista — dijo Shigo.

La muchacha Meri no se movió. Shigo se volvió y la golpeó, y la huella de su puño quedó marcada en su mejilla al igual que un golpe sobre la suave piel de un durazno. Meri retrocedió lentamente, alejándose de Shigo mientras sus grandes ojos se oscurecían cada vez más.

—¿Y adónde iré, monsieur? — preguntó. —Esta casa me es extraña.

—No me importa a dónde vayas.

Meri se dirigió hacia la ventana, apartó la cortina y contempló el naciente sol de la mañana. Sí, amanecía nuevamente. Pero el mundo presentaba ahora una faz distinta.

Sin mirar a la muchacha Shigo se volvió y tocó una campanilla que había sobre la mesa. Un segundo después entró una vieja mujer japonesa y Shigo sin volverse, le dió una orden:

—Llévate esta muchacha.

La mujer asió cuidadosamente la manga de Meri, como si se tratara de un niño sucio y harapiento y la condujo hacia la puerta. Y cuando hubieron salido ellas, Shigo se dirigió a la habitación vecina y tomó el desayuno que le aguardaba allí, dispuesto en una bandeja de laca colocada sobre una mesa. Sus ojos tenían una expresión de preocupación, su rostro estaba serio, y comía con rapidez. Cuando terminó, tocó la campanilla y nuevamente entró la vieja.

—¿Dónde está la muchacha? — preguntó.

—La puse fuera del portón — dijo la mujer.

Se detuvo durante un momento y luego prosiguió:

—Pero no estaba contenta, honorable señor. Luchó conmigo y me arañó.

Levantó la manga de su kimono y Shigo pudo ver, sobre su piel amarilla, tres arañazos rojos y profundos.

—Esa muchacha está loca — le dijo, tirándole una moneda.

—Se portó en verdad como una loca — contestó la mujer.

Se inclinó, levantó la moneda y la guardó en su "obi".

—Toqué la campanilla para pedir mi auto —dijo Shigo con dureza.

La mujer se volvió a inclinar y salió; Shigo se puso su saco y su sombrero y eligió un bastó malayo especial. El puño de este bastón era de oro; lo destornilló y sacó una espada angosta, cuyo grosor era apenas mayor que el de los alfileres usados para los sombreros femeninos. Tocó con los dedos la punta y el filo de la espada, la colocó nuevamente en su lugar y atornilló el puño del bastón. Luego salió. El auto estaba listo y Ling estaba parado al lado del mismo, manteniendo la portezuela abierta para Shigo.

—¿Está arreglado? — preguntó brevemente Shigo.

—Sí — repuso Ling.

Mediante las misteriosas comunicaciones inalámbricas de su gente, susurradas de un oído a otro, Ling sabía casi todo lo había sucedido. El Viejo Wang se lo había contado a su primo, cúyo hijo se lo había contado a otra persona, cuyo relato fué trasmitido por unos y otros, hasta que finalmente el viejo cocinero chino, ocupado en comprar en el mercado los alimentos necesarios para sirvir a su amo japonés, había oído que la casa de refugio había sido ocupada, pero que todas las mujeres habían logrado escapar. Hasta la Sra. Shipman, a quien la ciudad china llamaba cariñosamente la Vieja Madre Extranjera, logró huír.

Pero lo que era aún más importante era que el americano también había logrado escapar.

—Al hotel — dijo Shigo en tono frío y breve.

Había sido en verdad, para facilitar esta huida, que Ling había quitado un tornillo de una parte vital del motor. Era evidente que al americano le hubiera sido difícil escapar de esta casa japonesa, llena de guardianes. Por lo tanto había que proporcionarle todas las oportunidades posibles para que pudiera salir de allí.

Disfrutó de la desesperación que se había apoderado de los guardianes cuando se dieron cuenta de que el cuarto de su prisionero estaba vacío, y de su nerviosidad mientras esperaban el momento de ser arrestados.

Pero hasta ahora Shigo Kuyoshi no les había prestado la menor atención. Todo el vecindario sabía que la noche anterior había traído consigo una bonita muchacha extranjera. Una hora antes esta muchacha había sido echada fuera del portón, y un vecino la había llevado a su casa, porque todos sabían que esta muchacha pertenecía a la Vieja Madre Extranjera y que por lo tanto debía ser devuelta a ella.

El viejo chino le había contado a Ling todo lo que sabía y, con esto y con lo que ya sabía, Ling logró tener una visión completa de la situación. Por lo tanto, Ling se apresuró a colocar en su lugar el tornillo que había quitado el día anterior. Ahora que ya había conseguido lo que quería, sentía curiosidad por

En los mares del Sur los japoneses estaban derrotando continuamente a los americanos. No pasaría mucho tiempo sin que las Filipinas pertenecieran al Japón. Tailandia se había rendido y Burma ya tenía inexorablemente contados sus días.

saber a dónde deseaba ir su amo japonés a estas tempranas horas.

En el interior del auto, Shigo estaba sentado con los ojos fijos, sin parpadear, en la nada. Trataba de imbuirse de cierta arrogancia. Los despachos que había leído mientras había tomado su desayuno, eran todos muy buenos. En los Mares del Sur, las fuerzas japonesas estaban derrotando continuamente a los americanos. No cabía duda de que no pasaría mucho tiempo antes de que las Filipinas pertenecieran al Japón. Tailandia se había rendido y Burma ya era fruta pasada, que no había más que recoger del suelo.

Alzó de pronto la cabeza y su rostro asumió la expresión arrogante de un sacerdote orgulloso. Sí, ¿los japoneses no estaban destinados acaso a dominar al mundo entero? Y él era un japonés. A medida que trataba de agrandarse cada vez más, la silueta de Jenn parecía disminuir sin cesar delante de sus ojos. Si no era más que una impotente muchacha americana, ¿por qué debía tenerle miedo? Pero si él no la deseaba más que por un instante. Una hora o dos — un día a lo sumo — serían suficientes. Luego la echaría de su casa, como lo había hecho esta mañana con la muchacha. Y de esta manera, su orgullo herido quedaría curado.

—Espera aquí — le dijo altivamente a Ling, ante la puerta del hotel. Tardaré poco. Cuando salga estaré acompañado de una mujer. Tú me ayudarás a hacerla subir al auto. Luego vuelve rápidamente a casa.

Ling no respondió y se dió vuelta para ocultar la sonrisa de desprecio que había aparecido en su rostro.

Dominado por un acceso de arrogancia, Shigo subió las escaleras y se dirigió a la puerta de Jenny. En ese momento, la puerta se abrió y apareció Jenny lista, según pudo verlo Shigo, para dar su paseo de costumbre.

—Vd. se viene conmigo. — dijo.

—¿A dónde? — preguntó ella.

De pronto se sintió dominada por el terror al notar la expresión extraña y fija de los ojos de Shigo.

—Vd. vendrá conmigo a mi casa — dijo él. — Así lo he decidido.

Al pronunciar estas palabras comenzó a acercarse a Jenny, desenvainando la pequeña espada. Ella se echó hacia atrás. Pero mientras ella retrocedía, Shigo comenzó a avanzar, siguiéndola inexorablemente.

En medio de esa persecusión demente, no pronunciaron una sola palabra. Shigo la obligó a retroceder, paso a paso. De pronto, sin pronunciar una sílaba, Jenny se volvió y antes de que él pudiera imaginarse siquiera lo que iba a hacer, corrió hacia la ventana.

Shigo dió un grito, pero ya era demasiado tarde. Jenny había abierto la ventana de par en par y al sentir su grito, saltó. Shigo corrió para tratar de salvarla. Nada pudo hacer. El hotel tenía sólo tres pisos; pero vió que su cuerpo, al volar por el aire, chocaba fuertemente contra una cornisa puntiaguda. Se quedó contemplando, como hipnotizado, su cuerpo encogido sobre la vereda.

Pero luego, en menos de un segundo, había corrido escaleras abajo, y trataba de abrirse paso entre la multitud, golpeándola con su bastón y renegando furiosamente contra todos.

—Levántala y ponla en el auto — ordenó de inmediato a Ling. Le tomó el pulso.

—No, no está muerta.

Entró en el auto dominado por una extraña sensación de triunfo. Ahora sí que la tenía por completo en su poder...

Sentado en su rincón, en medio de la habitación de los sirvientes, Ling aparentaba fumar tranquilamente, después del almuerzo. En realidad estaba tratando de poner en orden una serie de ideas que circulaban por su cabeza. En estos momentos la muchacha americana estaba acostada en un dormitorio del piso superior. Estaba aún inconsciente — eso lo había sabido por las conversaciones que había escuchado en la cocina. Los sirvientes le habían llevado alimentos, pero ella no había podido comer nada. No tenía conocimiento de nada. Shigo había hecho llamar al médico japonés, y éste se encontraba aún en la casa.

Entretanto los soldados estaban allanando toda la ciudad, tratando de encontrar al americano que había huído. No lo habían podido encontrar, así como tampoco a la vieja mujer americana. Ling se apoyó cómodamente en sus talones y cerró gozosamente los ojos.

Esta mañana Ling había sentido una piedad infinita por Jenny, al verla acostada en el auto, con su largo cabello rubio caído sobre un costado del asiento. Sentía muchos deseos de ayudarla, para que pudiera escapar a las garras de su enemigo. Pero cómo podía lograr eso? Si lograra encontrar al americano que había huído, entonces quizás podría hacer algo. Los americanos siempre sabían encontrar algún medio de hacer lo que querían.

—Será mejor que busque primero al americano — pensó.

Se levantó, quizó la ceniza de su pipa, la metió en su cinturón y se sacudió cuidadosamente la tierra. Salió de la habitación de los sirvientes y se dirigió, con su paso lento y casi felino, hacia la Puerta de la Esperanza.

Al principio no encontró a nadie. La casa había sido saqueada y estaba en completo desorden.

De pronto sintió el aroma de alguna comida en cocimiento y guiado por su olfato llegó hasta una cocina. Allí, en medio de los restos de la casa saqueada, encontró a un viejo sirviente que cocinaba arroz y repollo sobre un fogón.

—Estoy a punto de comer —dijo el sirviente que era el Viejo Wang.

—Habéis adoptado una actitud muy razonable — dijo Ling en tono cortés.— El mantener la vida en medio de la muerte demuestra que sois un hombre sabio.

—Lo que está hecho, hecho está — contestó el viejo Wang.

Llenó una pequeña fuente con el apetitoso guiso de arroz y repollo, y la ofreció a Ling.

Ling era demasiado cortés como para aceptar el ofrecimiento. —Ya he comido — dijo, — ya he comido.

—Un hombre siempre puede volver a comer, a menos que esté enfermo — dijo el viejo Wang, con la misma cortesía. Finalmente ambos se sentaron sobre sus talones y comieron la buena comida hecha por Wang; y luego, mediante preguntas hábiles y discretas, Ling trató de averiguar lo que le interesaba.

—Qué lástima que haya sucedido todo esto — dijo, contemplando los restos que se veían por todas partes.

—Y pensar que vuestra ama era una vieja mujer blanca, tan buena, a pesar de las extranjeras que protegía! Todos la respetaban. ¿Puedo preguntaros si la mataron?

—No, no la mataron — contestó Wang.

—Mucho me alegro — dijo Ling.

Se dió cuenta ahora de que el viejo comenzaba a reconocerle. — Le he alquilado mis servicios al principal demonio nipón — le dijo. — Yo conduzco su auto. ¿Qué queréis? Tengo que comer. Pero no por ello deja de ser mi enemigo.

—Si comprendéis eso no existe ningún motivo por el que no debáis comer su comida — contestó Wang.

Ling se inclinó un poco más hacia el viejo. — Hay por aquí un joven americano que fué encarcelado durante este último mes, en la misma casa en donde yo duermo. Ha escapado.

—Lo sé — dijo Wang con calma.

—¿Me podéis decir si está a salvo?

Los dos se miraron fijamente y Ling, sonriendo, hizo el signo de la hermandad secreta. Ahora bien, este signo, hecho en cualquier parte, era el santo y seña de todos los que servían en las guerrillas, y Wang lo conocía también, pues formaba parte de la hermandad. Se tomaron de las manos y rieron de contento.

—¿Por qué no me lo dijisteis de inmediato? — exclamó Wang.

—Yo sé dónde están los americanos — el tuyo y la mía. — Se inclinó y murmuró al oído de Ling: —Están ocultos en la Casa de Pán.

Ling se dió un golpe en el costado de la cabeza, con la palma de la mano derecha.

—Pero qué estúpido soy — exclamó. — ¿Por qué no se me ocurrió pensar en eso? Si fué la Vieja Madre Extranjera la que arregló el matrimonio de la nieta de Pán y el inglés, y yo he conducido más de una vez el auto del demonio principal cuando iba a tomar el te con ellos, y yo conocía todos estos detalles y sin embargo nunca logré atar los cabos.

—Están allí — dijo Wang, en tono grave. — Pero el problema es éste: ¿Qué se hará con ellos? El cocinero gordo de la casa de Pán me ha dicho que el viejo Pán no puede comer por el miedo que tiene de que los encuentren en su casa y de que maten a todos y destruyan la casa.

—Ah — dijo Ling, — ahí está precisamente el peligro.

Meri se dirigió a la ventana, apartó la cortina y contempló el naciente sol de la alegre mañana. Sí, amanecía nuevamente. Pero el mundo presentaba ahora una faz distinta. Así lo sentía la muchacha ante el brusco cambio en el espíritu de Shigo.

Se quedó reflexionando durante un instante y luego se levantó.

—Pasaré por esa casa y hablaré con el cocinero — dijo. — Quizás pueda hallar alguna manera de sacarlos de allí.

—Si podéis, os ayudaré — dijo el viejo Wang. — Después de todo, la Vieja Madre Extranjera es la que me ha mantenido. Y, además, le prometí a su marido que me preocuparía de que muriera en paz y fuera enterrada en un verdadero ataúd. No tiene a nadie más que a mí.

—Os haré saber lo que haya resuelto — prometió Ling.

Y así, prosiguiendo sus averiguaciones, Ling llegó, durante las últimas horas de la tarde, a la casa de la familia Pán. La conocía, al igual que todos, porque era una casa rica.

Sin embargo, cuando llegó ante el gran portón, no le resultó tan fácil entrar. Estaba cerrado con candado y cuando golpeó en él con ambas manos, sólo se abrió un pequeño postigo por el que asomó su cabeza el portero.

—¿Quién eres tú, hijo de una tortuga, para golpear de esta manera en nuestro portón, tal como si fuera el tuyo? —gritó.

—Vengo con un mensaje — contestó Ling.

—¿Quién te ha enviado?—interrogó el portero.

Ya todos los de la casa sabían que en un patio interior se ocultaban dos extranjeros y todos se sentían aterrorizados ante la vista de cualquier rostro extraño.

Ante esta pregunta, Ling dió audazmente un paso hacia el portón y murmuró en el oído del portero:

—Es para el hombre extranjero.

Al oír esto el rostro del hombre cambió de color, adquirió un tinte verdoso; cerró rápidamente el postigo y corrió hacia el interior de la casa en busca del señor Pán. Entró corriendo al patio en donde su amo paseaba de un lado a otro. Al Sr. Pán le resultaba ahora imposible seguir estudiando tranquilamente sus libros antiguos, pues esperaba que en cualquier instante su casa pudiera ser invadida por soldados enemigos.

—¡Amo! — gritó el portero, olvidándose de todas las reglas de cortesía, — hay ante el portón un hombre que busca al hombre blanco.

El pálido rostro del señor Pán adquirió de pronto un tinte terroso.

—Esto es lo que sucede por mezclarse con extranjeros — murmuró en tono quejoso. — Los extranjeros no me han traído más que pesares y todavía moriré por su culpa. Llama a mi nieta.

El hombre siguió corriendo hasta que se encontró con la vieja niñera de Leone y ésta le llevó el mensaje a Leone, que estaba sentada sola en su cuarto. Desde el momento en que Daniel había pronunciado el nombre de Jenny, lo único que deseaba Leone era estar sola. Es cierto que había cumplido con todas las reglas de la cortesía. Había alojado a la Sra. Shipman en la habitación de su madre y a Daniel le había dado una habitación destinada a los invitados. Se había preocupado de su bienestar, y había reunido a los sirvientes y les había dicho que la visita de los extranjeros duraría poco, pero que sin embargo, mientras durara, debían mantener silencio al respecto, si apreciaban en algo sus vidas.

—Debemos recordar — le dijo al grupo de rostros sencillos y ansiosos — que éstos son americanos y que los americanos están combatiendo también contra nuestros enemigos. En este mismo día, en los Mares del Sur, hay americanos que están perdiendo sus vidas para combatir contra estos enemigos nuestros, y al cuidar a estos americanos en nuestra casa hasta el momento en que puedan escapar, les estamos ayudando a nuestro modo.

Todo esto lo entendieron muy bien y cuando siguió diciéndoles que Daniel era un soldado que pertenecía a un buque de guerra, todos juraron que la ayudarían y que no dirían nada a nadie.

Pero nada de todo esto logró aliviar, ni por un instante, el pesar que sentía en su corazón. Se dijo tristemente que no era a él a quien él amaba o podía amar. El nunca debería saber que ella le amaba.

Su vieja niñera le interrumpió en medio de estos tristes pensamientos. Se acercó a Leone, con sus ojos llenos de ansiedad. —Hay ante el portón un hombre que busca al hombre blanco — murmuró al oído de Leone.

Leone se levantó de inmediato.

—¿Quién es ?

La anciana sacudió la cabeza. — No se me dijo — respondió. — Pero corrió de inmediato en busca del portero y el portero tuvo que confesar que dominado por el temor se había olvidado de preguntar al hombre quién era, y Leone, dominada por la impaciencia y por el miedo, se dirigió personalmente al portón y abrió el postigo.

—¿Por qué has venido? — preguntó Leone, dándose cuenta de que el hombre no era más que un sirviente.

—Tengo un mensaje para el hombre blanco — dijo Ling en voz baja.

—¿Qué hombre blanco? — preguntó Leone.

—El hombre alto, con ojos oscuros y cabello oscuro, que tiraba del "ricksha" del demonio principal y que escapó ayer de noche — repuso Ling rápidamente.

—Por qué crees que está aquí? — volvió a preguntar Leone.

Al oír ésto, Ling sonrió.

—Sé que está aquí — murmuró, — y que también está aquí la Vieja Madre Extranjera. Lo que tengo que decir se refiere a la muchacha americana. Sé también dónde está ella. Eso es lo que tengo que decirle al hombre blanco.

Entonces Leone abrió el portón. Si en verdad este hombre sabía lo que le había dicho que sabía, entonces debía dejarle pasar y llevarlo de inmediato a la presencia de Daniel. De modo que sin pronunciar otra palabra, cerró el portón detrás de Ling y le condujo hacia la habitación de la Sra. Shipman.

Encontró a la Sra. Shipman dormida en su silla, y la despertó, y Ling parado ante las dos mujeres, les contó la forma en que Jenny había saltado de la ventana y cómo se había golpeado contra la cornisa y cómo finalmente había caído a la calle.

—¡Oh, Dios mío! — murmuró la Sra. Shipman. Estaba sentada con las medias puestas y comenzó a calzarse rápidamente sus gruesos zapatos de cuero.

—Claro que Daniel tiene que saberlo, ¿pero qué puede hacer? ¿Qué puede hacer cualquiera de nosotros?

Se apresuró a dirigirse al cuarto de Daniel, seguida por Leone y Ling.

—Déjenme entrar primero a mi — le dijo a Leone.

Esperaron ante la puerta del pequeño patio que conducía a su habitación. Luego al cabo de un momento, la Sra. Shipman se asomó por la puerta; les hizo una señal y todos entraron al patio.

Daniel había estado observando una columna de hormigas. Es decir, había estado sentado absorto, durante media hora, observando la lucha de las hormigas contra un trozo de ladrillo que había caído sobre el agujero de su hormiguero; pero en realidad se había preguntado, lleno de inquietud, qué podía hacer, tratando de trazar planes para poder llegar de alguna manera al hotel y encontrar a Jenny.

—¡Daniel! — exclamó la Sra. Shipman repentinamente. Daniel levantó la mirada y la vió ante sí. La expresión de su rostro le hizo ponerse inmediatamente de pie.

—¿Qué pasa? — preguntó.

—Hay noticias de Jenny — dijo ella. — El chauffeur está aquí. Por lo menos él dice que es el chauffeur.

—¿Ling? — preguntó Dan.

—¿Cómo lo sabía? — preguntó a su vez la Sra. Shipman.

Daniel introdujo la mano en su camisa y sacó el trozo de papel que nunca se había atrevido a mostrarle a nadie.

Ella leyó el papel.

—Creo que es un amigo — dijo. — Pero Daniel, hay malas noticias...

—No estará...

—No está muerta, no — dijo la Sra. Shipman. — Pero está herida y en la casa de aquel japonés. Sí, está allí. Daniel y ahora qué podemos hacer?

Después de plantearle esta pregunta, se dirigió a la puerta, le hizo una señal a Leone y Ling, y ambos entraron a la habitación.

—Traduce, querida — le dijo la Sra. Shipman a Leone, y Ling, parado ante ellos volvió a contar lo que sabía, mientras Leone traducía fielmente todo lo que iba diciendo.

—Nos ha dicho que ella está en el piso de arriba?

—En el segundo piso — tradujo Leone, — en una habitación cuya ventana mira hacia el norte. Está al cuidado de la vieja mujer japonesa.

—Se podrá sobornar a la mujer? — preguntó Dan.

Los ojos de Leone se encontraron con los de Daniel, llenos de preocupación, y ella sabía que él ni siquiera la veía.

—Ling nunca ha tratado de sobornarla, pero teme que no será posible — tradujo.

—Está muy gravemente herida Jenny? — preguntó Dan.

Nuevamente Ling murmuró algo en chino.

—Está muy gravemente herida — tradujo Leone. — Su cabeza sangraba y él cree que su brazo estaba roto. Pero lo cierto es que está inconsciente.

Dan se puso de pie de un salto.

—Está claro: yo iré sencillamente a buscarla — dijo. — Tendré que conseguir una pistola de alguna manera. No puedo ir allí armado sólo con mis puños. Pero con una pistola podría enfrentarme con una docena o más de nipones. Si Ling pudiera tener el auto pronto — ¿por qué no? Creo que podría hacerlo.

Ella tradujo nuevamente, con su voz suave y rápida. Pero Ling sacudió la cabeza.

—Dice que sería una locura — dijo ella. — Dice que siente que no sería justo olvidar así a sus viejos padres para correr un riesgo cuyo resultado sería una muerte segura.

—Entonces iré solo — dijo Daniel en tono serio.

Durante todo este rato la Sra. Shipman no había abierto la boca. Pero ahora se decidió a hablar.

—No, no irá — dijo. — Iré yo. Ya he ido muchas veces a ver a ese hombre malvado.

—Vd. no puede ir! — exclamó Daniel.

—Puedo ir a iré — dijo la Sra. Shipman con decisión. — Iré y le preguntaré a ese canalla qué ha hecho con mi pobre y loca Meri, e iré sola y tranquilamente esta noche, cuando nadie pueda suponer que voy y Ling puede abrir el portón y dejarme pasar.

—Pero qué conseguirá con eso? —preguntó Daniel. — Vd. no la puede sacar de ahí, Sra. Shipman. — Vd. no la puede llevar.

—Daniel, él me hará quedar ahí también — yo lo lograré de alguna manera — contestó ella. — He estado planeando todo esto mientras Vd. hablaba. Arreglaré todo. Y es mejor que avancemos paso a paso, queridos míos; yo pensaré en algún modo de sacarla de ahí y Ling será nuestro intermediario. Yo me podré comunicar con él y él se podrá comunicar con vosotros.

Leone comenzó a hablar en su suave idioma chino y Ling asintió y volvió a asentir con la cabeza.

—Dice que es posible — tradujo Leone. — Dice que nos ayudará.

Ling comenzó a hablar nuevamente con su voz calma y Leone se volvió hacia él.

—Decidle a la Vieja Madre Extranjera que yo la ayudaré cuando ella me necesite — dijo. — Decidle que debe haber una señal — que sea ésta: que ella ponga una luz en la ventana, a medianoche, y si ella abre y cierra las cortinas tres veces seguidas, yo estaré bajo su ventana, dispuesto para cualquier cosa — ya sea un mensaje que deje caer o cualquier otra cosa que tenga que enviarme.

Leone le tradujo todo esto a Daniel mientras la Sra. Shipman escuchaba y asentía con la cabeza.

—Yo preferiría hacerlo a mi manera — interrumpió Daniel con testarudez.

Pero Leone sonrió con su sonrisa melancólica.

—El dice que abrirá el portón para que pueda pasar la Sra. Shipman esta noche, cuando la luna toque la punta de la Pagoda de Plata — dijo.

A medianoche, la Sra. Shipman sacó su viejo sombrero de fieltro de debajo del colchón, en donde lo había guardado y se lo colocó rápidamente en la cabeza. Daniel la observaba con ojos preocupados.

—Está mal que Vd. haga esto en lugar mío — dijo. — Si no fuera porque Vd. conoce esta ciudad mucho mejor que yo, no la dejaría ir. Trata de dominar mi orgullo pensando en Jenny.

—Creo que todos estamos pensando en Jenny — dijo la Sra. Shipman. — Se dirigió hacia Leone y la tomó entre sus brazos, con una ternura muy significativa.

—No se preocupen — dijo en voz alta. — Todo se arreglará, y quiero decir que todo se arreglará también para *tí*, querida.

Besó sonoramente a Leone en cada mejilla, se abotonó la vieja prenda de vestir que en otra época había sido el sobretodo de Paul, les sonrió y salió rápidamente.

En la habitación que acababa de abandonar, Leone y Daniel se miraron... Era la primera vez que quedaban solos, después de la despedida en la casa flotante. Ella adivinaba que él se sentía dominado por una confusión profunda y tímida al mismo tiempo, y se dispuso, con una paciencia angelical, a librarle de tal estado de ánimo. Ella sabía que aquel día en que se habían despedido, habían estado a punto de amarse. Ella se había dado cuenta de aquel sentimiento, pero él no. El no sabía tampoco que esa era la causa de su confusión al quedar solo con ella. Pero ella comprendía muy bien que había sido ella la que había hecho estremecer por primera vez su imaginación y su corazón, y por una ironía del destino había sido ella la que había hecho posible que se enamorara de Jenny, mucho más fácilmente de lo que habría podido enamorarse de ella, si no hubiera conocido primero a Leone.

Pues él se había resistido a la atracción de Leone, que era la esposa de su anfitrión, y en su fuero interno se había resistido a la idea de poder amarla, a pesar de sentir claramente la impresión que le causaban el encanto y la belleza de Leone. Si hubieran podido estar juntos un poco más, habría cedido, aún contra su propia voluntad. Pero tuvieron que separarse y él se había despedido de ella, atraído pero al mismo tiempo con suficiente voluntad para no ceder a su encanto. Cuando en ese estado tan especial de su corazón, surgió la imagen de Jenny Barchet, una mujer tan distinta y tan libre, todo su ser se sintió inundado por la posibilidad de amar, que, antes frustrada, se expandía ahora libremente.

Leone extendió la mano y tomó la de él.

—Créame que me siento muy feliz de que esté enamorado — le dijo con gentileza. — Me siento contenta de que la haya encontrado, aunque haya sido en circunstancias tan extrañas y en momento tan penoso y triste.

El inglés formal y selecto que utilizaba Leone le parecía un idioma casi extraño, y se sintió agradecido de que lo utilizara, pues contribuía a alejarla aún más de su corazón.

—Lo aprecio mucho, Leone — le contestó con sencillez.

Se sintió librado de su confusión, tal como ella lo había deseado, y se sentó cerca de ella.

Ella le contempló con ojos graves, parada en medio de la habitación.

—He abandonado a Arnold — dijo.

—¡No! —exclamó él. —Lo lamento. Es un hombre muy decente y honesto.

—Muy decente — contestó ella con gentileza. — Tan, tan decente. — Su acento, mezcla de francés y de chino, parecía alejarla cada vez más del corazón de Daniel.

—Pero no puedo amarlo. Así que su casa no es mi hogar. No — nunca! Fué mejor para mí volver a esta casa. El creerá que he muerto y se casará nuevamente con una dama inglesa.

A él no le agradaban estas confidencias íntimas, y sin embargo le estaba tan agradecido que no quería que ella lo supiera. Pero ella sintió este desagrado con las delicadas antenas de su instinto y nada podía haberle demostrado más cabalmente la absoluta falta de esperanza de su amor por él. Pues teniendo en cuenta su belleza y su soledad, no habría sentido acaso por ella cierto afecto y cierta simpatía, de no haber conocido nunca a Jenny! Pero ahora amaba tan profundamente a Jenny que parecía haber quedado inmunizado contra todas las demás mujeres. Ella sonrió leve y melancólicamente.

—Vd. está pensando solamente en su Jenny — dijo con suavidad. — ¿No es así?

—Me temo que sí — dijo él, honestamente. — No le puedo olvidar ni un instante, acostada allí en esa casa.

—¡Ah! — suspiró ella. — No, claro que no puede. Bueno, ¿y si yo le prometo que la tendrá?

—¿Puede Vd. prometérmelo? — interrogó él a su vez.

—Lo prometo — dijo ella. — Se lo prometo, cueste lo que cueste.

—Sabe Vd. lo que le puede costar? — preguntó él.

Ella sacudió su hermosa cabeza.

—No me importa lo que pueda costar — dijo — siempre que Vd. sea feliz.

Y después de haberle revelado así lo que sentía su corazón, se volvió rápidamente y huyó...

Ling estaba junto al portón. Los dos guardianes nocturnos estaban recostados contra la pared, semi-dormidos. Se movieron ligeramente cuando Ling se acercó e hicieron movimientos automáticos para levantar sus fusiles. Pero luego, al ver que sólo se trataba de él, volvieron a apoyar nuevamente la cabeza contra la pared. Ling abrió ruidosamente el portón, como si quisiera mirar hacia la calle y luego hizo como que lo cerraba nuevamente. Sabía que los guardianes, al oírle, quedarían tranquilizados y se dormirían por completo. En realidad, hizo deslizar suavemente la fuerte barra de hierro hasta que ésta quedó fuera de la aldaba; de esta manera el portón quedaba abierto y la Vieja Madre Extranjera podría entrar fácilmente, con sólo empujarlo levemente. Atravesó ruidosamente el patio para dirigirse a su propio cuarto y después de haber golpeado su propia puerta, se deslizó por entre los altos arbustos, a lo largo de la pared, hasta llegar nuevamente cerca del portón. Si por casualidad la Vieja Madre Extranjera despertaba a los guardianes, él estaría allí, listo para ayudarla.

Pero ella no los despertó. Había avanzado silenciosamente a través de las calles silenciosas y oscuras y nadie la había detenido. En estos tiempos la gente prefería no pasearse por las calles oscuras. Siempre existía la posibilidad de encontrarse con soldados japoneses borrachos que se dirigían ruidosamente hacia sus cuarteles y que no perdían una oportunidad de hacer víctima de bromas groseras a todo aquel que encontraran en su camino. Pero la Sra. Shipman no se encontró con nadie y después de caminar durante media hora, llegó cerca del portón que tan bien conocía. Estaba muy oscuro — habían apagado hasta el farol que solía iluminar el portón. Avanzó silenciosamente, palpó el portón y lo empujó suavemente. El portón cedió de inmediato y ella se dió cuenta de que Ling le había allanado el camino.

—Buen muchacho — pensó. — Te agradezco, Dios, el que me lo hayas enviado.

Cerró el portón tras de sí y una suave luz del interior iluminó la silueta de los guardianes. Cuando los vió, vaciló durante un instante; pero no se movieron. Uno estaba sentado sobre sus talones, el otro estaba sentado con la espalda apoyada en la pared; sus fusiles reposaban entre sus manos inertes. Ella pasó a su lado, caminando con los pasos felinos de una vieja gata, y avanzó sobre el césped hasta llegar al frente de la casa. En el piso superior vió una brillante luz en la parte noroeste de la casa y en el piso inferior ardía otra luz. Subió los escalones y trató de abrir la puerta. Esta también estaba abierta y entró rápidamente. La luz que ardía en el piso de abajo era la del vestíbulo. Al final del mismo vió las escaleras.

Miró a derecha e izquierda y no vió a nadie. Siguió avanzando con el mayor sigilo posible, caminando sobre las mullidas alfombras chinas, y llegó así hasta las escaleras. Estas estaban también cubiertas de alfombras, que le ayudaron a silenciar nuevamente sus pasos. Y así, paso a paso, demasiado fácilmente, con una facilidad peligrosa, pensó, — salvo que el propio Dios me haya preparado el camino — subió la escalera, abrió la puerta de la habitación situada en el extremo noroeste de la casa y se encontró cara a cara con Shigo...

Shigo había estado inquieto y preocupado durante todo el día. En lugar de trabajar, había vagado de una habitación a otra, esperando con impaciencia el despertar de Jenny. Pero ella aún no había despertado. Había hecho llamar dos veces al médico, temiendo cada vez que hubiera empeorado el estado de la hermosa muchacha pálida que yacía en la cama grande. Las dos veces el joven cirujano japonés, que estaba encargado del cuidado de los heridos en las batallas, examinó a la muchacha con un cuidado meticuloso y en medio del mayor silencio. No preguntó quién era, pues lo sabía. Lo sabía; pero aún en el caso de que no lo hubiera sabido, no le hubiera preguntado a Shigo nada referente a la muchacha.

Su rostro joven y suave estaba animado de una expresión de complacencia. Su superior, Shigo Kuyoshi había cometido la tontería de enamorarse de una prisionera de guerra. Es cierto que la había internado, al igual que a todos los americanos; pero la había visitado diariamente. Y ahora la había traído aquí. ¿Por qué no la había enviado a un hospital? Si su superior seguía adoptando actitudes tan poco correctas, le resultaría muy fácil imponerle ciertas exigencias, como por ejemplo una participación en las ganancias que significaba la cobranza de impuestos locales o bien en la venta ilícita de armas a las guerrillas chinas. Los cirujanos tenían escasas oportunidades de conseguir tales ganancias. Después de todo, las drogas no eran tan lucrativas, pues los chinos eran demasiado ignorantes como para saber utilizarlas y siempre temían que se les estaba vendiendo veneno. Además sospechaba que Shigo participaba ampliamente en las grandes ganancias que proporcionaba la venta de opio en la ciudad.

Shigo se sentó junto a la cama y se quedó contemplando el rostro dormido de Jenny cual si quisiera hipnotizarse con su profunda calma. De cuando en cuando la campana de un templo cercano hacía sentir su tañido en medio de la noche. Y el japonés sentía cómo del fondo de su corazón brotaba su pasión irresistible, cuando una anciana apareció en la puerta.

Elizabeth Arden

Uno... Dos... Tres...

En tres compases mágicos repetidos por la mañana y por la noche, está el secreto de conservar la belleza. Ellos también despiertan a los geniecillos que andan bajo la piel, haciéndoles que envíen a la superficie el resplandor juvenil más delicado.

Uno . . . quitar con Cleansing Cream y Skin Tonic unidos, todo resto de maquillage y limpiar profundamente el rostro despojando a los poros de impurezas.

Dos . . . refrescar con Skin Tonic vivificando el cutis y dejándolo libre y fresco.

Tres . . . suavizar y compensar desgastes con una crema adecuada: Velva Cream para cutis normal y Orange Cream para caras delgadas y cutis secos.

Y teniendo constancia, el rostro poseerá un verdadero halo de belleza.

Los productos de Elizabeth Arden se venden en la sección Perfumería, planta baja.

TIENDA INGLESA

AGENTES EN EL INTERIOR:

PAYSANDÚ Angel B. Siri	MERCEDES Farmacia Fernández Genolet	TACUAREMBO Israel Antuñez
DURAZNO Gustavo Tomeo Ibarra	FRAY BENTOS Luis Astarita	RIVERA José Suñeriz
CARMELO E. Peggazano y Cia.	MELO Ferrari Hnos. Madarro	ROCHA Muzio Hnos.

Estas ganancias debían ser seguramente enormes. ¿Por qué no habría de participar él también en este negocio lucrativo? Estas posibilidades futuras le decidieron a mostrarse muy cortés, aunque silencioso, ante Shigo.

—No creo que su muerte sea probable — le dijo a Shigo. — No existe ningún desorden funcional concreto debido al golpe. No veo señales de hemorragia interna. El brazo ha quedado solamente torcido.

—Entonces por qué yace aquí como si estuviera muerta? — preguntó Shigo.

El doctor hizo un gesto con las manos.

—El sistema nervioso de las mujeres americanas está muy mal equilibrado — dijo. — Han sido muy mal acostumbradas. Si fuera una mujer japonesa, la podríamos obligar para que recobrara la conciencia. En efecto, se obligaría a sí misma, pues sentiría la necesidad de luchar contra la inconsciencia para volver a cumplir sus deberes familiares, etc. Pero esta muchacha está tratando, sencillamente, de no vivir.

—¿Está realmente inconsciente? — preguntó Shigo.

Durante aquel día le había parecido, varias veces, que Jenny simulaba estar inconsciente.

—Está inconsciente — contestó el médico, — pero puede ser que esa inconsciencia sea parcialmente voluntaria. Es decir, existe la posibilidad de que no quiera despertar.

Shigo le había dado las gracias al médico y se había despedido de él. Pero se sintió obsesionado por la extraña idea de que posiblemente Jenny estaría sumida en una especie de catalepsia de la que no deseaba despertar, y decidió hacer un pequeño experimento por su cuenta.

Por lo tanto, después que hubo cenado y bebido la cantidad acostumbrada de vino, se quedó sentado un rato en su estudio, simulando que trabajaba, pero dominado en realidad por una gran nerviosidad interior, y luego subió al cuarto en donde yacía Jenny. Vió allí a la vieja mujer japonesa, sentada en el piso, al lado de la cama. La despidió con unas pocas palabras breves:

—Puedes irte. Deseo observar durante un rato a esta paciente, para darme cuenta del estado de su enfermedad.

La vieja le obedeció como siempre, sin vacilar y sin hacer preguntas.

Después que hubo salido, se sentó al lado de la cama y se quedó contemplando el hermoso rostro dormido de Jenny. No se movió para tocarla. Se limitó a contemplar su rostro durante largo rato, como si quisiera hipnotizarse con su gran calma. No deseaba tampoco tocarla. Era demasiado hermosa para ser tocada.

—Eres una diosa — murmuró fervientemente, — esculpida en marfil, esculpida en mármol. Yo te he esculpido; quizás sólo yo puedo volverte nuevamente a la vida.

—Te poseo Jenny, murmuró. —Estás en mi poder. Nadie podrá quitárteme.

Se quedó sentado durante muchas horas, con los ojos fijos en su rostro.

De rato en rato la campana de un templo cercano hacía sentir su solemne tañido en medio de la noche, y el armonioso sonido se apagaba lentamente. Le pareció que estos tañidos formaban parte del misterio. Sintió que algo surgía lentamente en su alma, una fuerza semejante a la marea, contra la que no podía luchar. Cuando esta fuerza llegara a su punto máximo, entonces su amor se apoderaría de esta mujer y entonces ella despertaría; despertaría con toda seguridad!

Fué cuando la campana del templo hubo tañido por séptima vez, que oyó un leve ruido en la puerta. Logró apartar sus ojos de ese rostro y entonces vió a la Sra. Shipman.

Estaba parada en la puerta, con las manos hundidas en los enormes bolsillos del viejo sobretodo de Paul, y con su pelo blanco asomado en forma irregular por debajo de su viejo sombrero.

—Vd. está borracho — le dijo tranquilamente.

Mediante un enorme esfuerzo, logró salir de su propio trance hipnótico.

—No lo estoy — le dijo con voz áspera.

—Parece estar borracho — dijo ella.

Se quitó el sombrero, lo colocó sobre una silla y comenzó a desabrochar su saco. El aire de la habitación estaba caldeado y perfumado con una especie de aroma enfermizo.

El se puso bruscamente de pie y la contempló con ojos asombrados.

—¿Qué está haciendo Vd. aquí? — gritó. — No crea que le permitiré quedarse aquí.

—Dios me ha enviado hasta aquí — contestó ella, con su voz fuerte y sonora. — Y ya que estoy aquí, abriré la ventana. El aire está irrespirable.

Atravesó la habitación con pasos pesados. Estaba muy cansada; pero en estos instantes no quería pensar en su fatiga. No era éste el momento de sentirse cansada, precisamente cuando tenía que tratar con este tipo. Abrió la ventana y entró una ráfaga de aire frío y se sintió mejor. Cuando se dió vuelta, vió a Shigo parado junto a la cama, como si no supiera concretamente qué debía hacer con ella.

—He venido en realidad — dijo ella, — para saber lo que Vd., hombre malvado, ha hecho con mi pobre Meri.

—No está aquí, — contestó él.

La observaba cautelosamente. Estaba pensando que si se atreviera a salir durante un instante, llamaría a los guardianes. Pero no la quería dejar sola con Jenny. ¿Cómo sabía ella que Jenny estaba aquí? No ignoraba que era una anciana hábil y astuta y sabía que no había venido sin algún fin concreto.

—Podría haber huído — dijo la Sra. Shipman, sin prestarle aparentemente la menor atención, — pero no pude, porque pensaba siempre en mi pobre Meri. Yo le dije que estaba loca, hombre perverso. Un hombre que se lleva a una pobre muchacha demente...

—¡No me hable de ella! — chilló de pronto Shigo.

—Entonces dígame dónde está — repuso la Sra. Shipman.

—Está en la calle — dijo Shigo, sombríamente, — que es el lugar que le corresponde.

—Es muy probable que me esté mintiendo — dijo la Sra. Shipman. Se dirigió lentamente hacia la cama y se quedó parada, contemplando a Jenny.

—¿Qué le ha hecho a esta pobre niña? — le preguntó en tono severo. Le creo capaz de todo. ¿Le ha dado alguna droga?

—Sufrió un accidente mientras se la trasladaba a otro lugar de internación— repuso Shigo en tono digno. — La hice traer aquí, y se quedará aquí hasta que se haya restablecido.

La Sra. Shipman parecía no haberle oído. Se inclinó sobre Jenny y tocó tiernamente sus mejillas.

—Despierta, mi querida — le dijo en tono afectuoso. — Es sólo la vieja Madre Shipman. He venido para cuidarte, niña. La Madre Shipman no te abandonará. Me quedaré aquí para cuidarte, querida, aunque sea hasta el fin de esta guerra cruel.

Shigo se quedó en silencio. Estaba observando el rostro dormido; vió que las largas pestañas se estremecían ligeramente y se acercó silenciosamente a la cama. En ese instante Jenny abrió sus ojos y vió a Shigo. Durante un segundo, sus ojos inexpresivos contemplaron el rostro de Shigo. Luego volvieron a cerrarse.

—Jenny, Jenny! — exclamó la Sra. Shipman. — Oh, pequeña Jenny!

Pero Jenny se había sumido nuevamente en su estado cataléptico. No había manera de despertarla.

—Ahí está! — exclamó en tono iracundo la Sra. Shipman, dirigiéndose a Shigo. — Ya ve lo que le ha hecho. Tiene miedo de volver en sí, después de lo que Vd. le ha hecho, canalla!

—Pero no he hecho nada — dijo Shigo. — No he hecho nada en absoluto; sólo he procedido bien.

Semejante a un niño irritado, dió media vuelta y salió corriendo de la habitación.

(Continuará)

¡QUE LA MUERTE ESPERE!

Los originales recursos salvadores de cirujanos geniales que postergan el fin de muchos enfermos

A las personas le suceden cosas extrañas—y la medicina hace cosas más extrañas aún para salvarlas de la muerte y reparar el daño de una enfermedad o herida. A veces, el instrumento de que se valen es un práctico aparato mecánico, surgido de los sueños de un hombre. Otras veces no es más que la aplicación del sentido común.

Los cirujanos recuerdan el proverbio de que "hay que arriesgar para ganar." Y, arriesgándose, han salvado más de una vida. Por ejemplo, cortando una glándula para curar una sed insaciable. O serruchando el cráneo en dos partes, para permitir el desarrollo del cerebro. O hacer pasar unas bolitas por la garganta, para que esta se abra.

En Nueva York, el Dr. Alexander E. W. Ada está relatando actualmente cómo fué que halló una aguja de seis centímetros en el corazón de una mujer y la extrajo con la ayuda de un "dedo" electrónico.

Este "dedo" movible es invento, bastante extraño por cierto, de Samuel Berman, un ingeniero-investigador de la red subterránea de la ciudad de Nueva York. Su forma es muy parecida a la del dedo humano, sólo que es más largo y está conectado a un circuito eléctrico, diseñado de tal manera que indique el lugar en que se halla un metal.

Se han construído unos treinta instrumentos, y, por suerte, había algunos de ellos en Pearl Harbor, el día del traicionero ataque japonés. En esa oportunidad fueron utilizados con gran éxito. Pero el Dr. Ada fué el primero que se valió de ellos para hallar una aguja en un corazón humano.

La paciente era una mujer de 23 años de edad, que, accidentalmente, se clavó una aguja en el pecho. No sintió ningún dolor hasta un mes más tarde, que experimentó una pequeña punzada y se dirigió a visitar al médico. Los Rayos X descubrieron la aguja en la región del corazón. El Dr. Ada seccionó parte de dos costillas y dejó el corazón al descubierto. Después se valió del localizador Berman para que le indicara la situación exacta de la aguja. Aquel indicó el vértice del corazón.

El Dr. Ada efectuó una incisión de 1 ½ centímetros y extrajo la aguja. La paciente sanó y ahora lleva una vida completamente normal.

La eterna lucha del hombre y la ciencia por la vida está dramaticamente representada en esta concepción del famoso artista Ivo Saliger, titulada "La Muerte y el Médico", síntesis de los milagros salvadores de la medicina actual.

El cráneo de Alden Vorrath dejó de crecer. Y un cirujano lo abrió para que pudiera desarrollarse el cerebro.

Está también el caso de un hombre de Kearny, N. Jersey, quien fué apuñaleado durante una pelea. Fué transportado al Hospital de West Hudson, con una hoja de 8 centímetros entre sus costillas. Casi un centímetro de hoja había penetrado en el corazón. El Dr. Howard R. Dukes extrajo el arma y dió tres puntadas en el órgano.

En la Clínica Mayo, de Rochester Minn., fué efectuada una de las operaciones más extrañas del corazón, siendo la paciente la señora Matt Lyon, de 36 años de edad. Puede decirse que poseía un "corazón de piedra"; tenía una capa de calcio de un centímetro de espesor, duro como una roca, adherido a los tejidos naturales. Los médicos la llevaron a la mesa de operaciones y en cuatro horas cortaron toda esa envoltura pétrea.

La señora Lyon tenía demasiado calcio. Julián Gough no poseía suficiente. Por eso fué que durante diez años padeció una sed perpétua. Nada le bastaba para beber. Una persona normal ingiere más o menos un litro de líquido por día. Gough bebía 14 litros por día de agua, limonada, leche, té helado, "cualquier cosa que fuera mojada y fría"... y aún tenía sed. Un día Gough sufrió una caída y se fracturó la cadera. Fué llevado al Hospital de Investigaciones Científicas en donde le aplicaron los Rayos X. Su esqueleto parecía un saco comido por las polillas. Se pudo saber que la causa de ello provenía de las glándulas tiroides. Por falta de vitaminas se veían recargadas en su función. Debido a ese recargo sobrevino una deshidratación. Los médicos hicieron a Gough un tratamiento a base de vitaminas y con ello cortaron su terrible sed.

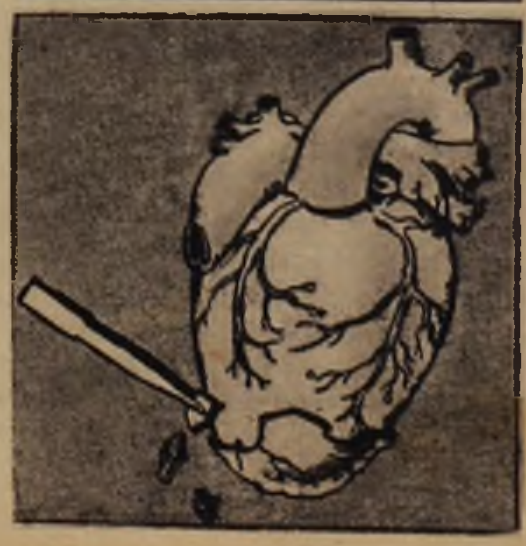
Hans Nelson, de Minneapolis, tenía también dificultades con la tiroides. Comenzó a "encogerse". En principio medía 1.71 mts. de altura. Más tarde medía solamente 1.50. El Dr. Richard Johnson, del Hospital de la Universidad de Minnesota, dió un vistazo a Nelson y extrajo la conclusión de que era víctima del "ablandamiento" de sus huesos, enfermedad conocida con el nombre de osteomalacia.

El Dr. Nelson extirpó la mitad de la tiroides de Nelson y puso fin al "encogimiento".

Un collar de cuentas puso a la señora Agnes Gregory, de 32 años de edad, residente en Arkansas City, en camino de su curación. Cuando tenía 2 años de edad, ingirió cierta cantidad de lejía, abrasando los delicados tejidos de la garganta y el esófago. La quemadura sanó, pero la cicatriz comenzó a criar cierta carnosidad que fué cerrando gradualmente el pasaje hacia el estómago. Después de 25 años, el esófago de la señora Gregory estaba tan cerrado que sólo le era posible ingerir líquidos. Transcurridos treinta años, no podía tragar virtualmente nada. Fué llevada al Hospital General de la ciudad de Kansas y uno de los facultativos del cuerpo médico tuvo una idea. Recordó el juego practicado en los "Kindergarten" (Jardín de Infantes) de las escuelas: el enhebrar en una hilo cuentas de diferentes tamaños. Decidió ensayar ese método en la estrecha garganta de la señora Gregory. Primero le hizo tragar una hebra de seda. Añadió al otro extremo un finísimo alambre de acero, haciéndolo penetrar suavemente por la garganta, hasta llegar al estómago. Entonces enhebró en el alambre una pequeña cuenta de acero, no más grande que un grano de trigo. La hizo descender por la garganta valiéndose de un pequeño resorte. La siguiente fué un poquito más grande, y así sucesivamente. Este procedimiento fué repetido durante diez días, hasta que la señora Gregory pudo tragar una cuenta tan grande como una nuez. Las cuentas fueron extraídas, y la señora Gregori pudo ingerir carne por primera vez en su vida.

Alben Vorrath tenía una gran desventaja. A los dos años y medio de edad sufría de microcefalia, un crecimiento anormal de la cabeza, que impide el normal desarrollo del cerebro, y cuya consecuencia es la idiotez. El niño fué llevado al Hospital de Niños de Washington. El Dr. H. H. Schoenfeld cortó el cráneo del niño en dos partes, de oreja a oreja. Fueron introducidas unas cuñas de metal para mantener separadas las dos mitades a una distancia de 1,5 centímetros una de otra. Entre esas partes separadas no llegará nunca a formarse hueso, pero la naturaleza proporcionará una carnosidad en la cicatriz, y, mientras tanto, el cerebro se desarrollará normalmente. Y así, pueden mencionarse muchos casos más. Los cirujanos han llegado a cortar partes del cráneo, hervirlas, para matar los gérmenes, y volverlas a su lugar.

Los cirujanos quitaron una capa de calcio de un centímetro y medio que cubría el corazón de Mrs. Lyon.



El Profesor G. M. Trevelyan consulta un texto en la famosa biblioteca del Trinity College de Cambridge. Hoy es uno de los espíritus universales del conocimiento humano

La biblioteca del Trinity College en la cual pasa sus horas de estudio el Profesor Trevelyan fué proyectada por Wren y construida junto al Cam. Allí se encuentran los libros y los manuscritos más valiosos del mundo. Bajo el vitraux se yergue la estatua de Byron, que también curso en el Trinity College y que contempla desde su altura a todos los hombres que ingresan por la puerta principal. La institución forma parte importante en la vida del historiador.

Por que debe enseñarse la historia

Sir George Trevelyan, nieto sobrino de Macaulay, ha introducido algunas novedades interesantes en las publicaciones académicas. Su última obra, "Historia Social de Inglaterra" ha alcanzado una difusión extraordinaria en América y en Gran Bretaña. "Si conocemos algo acerca de nuestros antepasados — dice el profesor Trevelyan — seremos más capaces de criticar y de apreciarnos a nosotros mismos... La historia constituye la clave para comprender a los otros pueblos y estados, con quienes tenemos que cooperar en la actualidad". Estas pocas frases explican la necesidad de enseñar más amplia e intensamente la historia, así como la popularidad de la obra del profesor Trevelyan.

POR EL PROFESOR G. M. TREVELYAN

CON cada año que pasa la historia se transforma en una parte más importante de la educación, y al decir educación quiero significar lo que se enseña en las escuelas y en las universidades, y, asimismo, lo que aprenden todas las mujeres y todos los hombres que pasan parte de sus ratos de ocio dedicados a las lecturas serias; pues la educación no termina cuando las personas egresan con sus títulos de los colegios y de las universidades.

Sin la historia, los pueblos sólo pueden conocer los problemas y las circunstancias del presente, y tampoco logran comprenderse pues no conocen la forma en que se engendró este presente. El no saber la clase de hombres que fueron nuestros antepasados limita la comprensión de lo que somos nosotros mismos. Y muchos "problemas" candentes de la actualidad, como por ejemplo el problema irlandés, las relaciones entre patrones y empleados, la situación de Europa —no pueden ser comprendidos a menos que conozcamos su historia y cada uno de los detalles de los acontecimientos.

Claro está que pueden causarse muchos daños al enseñar la historia en forma injusta y unilateral, ya sea debido a pasiones ignorantes o a deseos deliberados de realizar propaganda. Esta guerra ha sido en gran medida la consecuencia de la enseñanza falsa o unilateral de la historia en Alemania y en otras partes. Los odios nacionales y de clase son comentados mediante la historia falsa o unilateral. Pero en Inglaterra puede decirse que en la actualidad y hablando en término generales, la historia se enseña en forma justa e imparcial Los historiadores in-

Es este uno de los movimientos mas antiguos de la libertad humana. Los esclavos de Esparta se rebelaron contra sus opresores, aprovechando el terremoto que estremeció a esa tierra. El rey Arquidamo los contuvo, pero los revolucionarios se dispersaron por todo el país. La lucha duró, sin em-

gleses de la actualidad rara vez son propagandistas o partidarios apasionados, y yo creo que la historia, tal como se la estudia y se la enseña actualmente en Inglaterra amplia los horizontes del espíritu y sirve asimismo para agudizar el juicio sobre los más complejos hechos universales.

El desarrollo del estudio histórico

Además, la historia estimula la imaginación. Un hombre educado sólo sobre una base científica, que no manifiesta ningún interés por la historia o la literatura o el arte del pasado o en cualquiera de los estudios humanos, por grande que sea su comprensión desde el punto de vista potencial, está encerrado en el estrecho círculo del presente y limitado por los hechos materiales. Su imaginación no es estimulada por el conocimiento de los grandes triunfos de la raza humana logrados en los siglos pasados, antes del período científico y mecánico en que vivimos y nos desarrollamos.

Claro está que este caso dista mucho de ser el de todos los hombres de ciencia, muchos de ellos, sobre todo los mejores, son hombres que poseen una vasta cultura general, pero existe el peligro cada vez mayor de que la generalidad de los hombres sea educada de tal manera que ignorará todo lo que no sea científico o mecánico. Se cierne la amenaza que los hombres cesen de estudiar al "hombre" y a sus hazañas del pasado, de las que se ocupan los estudios "humanísticos" para sacar señeras conclusiones.

Ahora bien, entre estos estudios humanísticos, la historia se está transformando precisamente en la parte más importante. Antiguamente la historia sólo se enseñaba en forma indirecta, como materia subordinada al estudio de la Biblia y a la doctrina religiosa, o bien como materia subordinada a la literatura clásica de los latinos y de los griegos. El leer la Biblia, como lo hacían con tanta dedicación nuestros antepasados, significaba estudiar la historia de otra raza, en una época ha mucho fenecida, a través de su grandiosa literatura religiosa. El estudiar la literatura griega y latina significaba también estudiar en la mejor forma posible la historia griega y romana. Pues la historia y la literatura del pasado deben ser estudiadas y leídas al mismo tiempo. La educación bíblica y la educación clásica de la vieja Inglaterra era una educación noble, y sigue siendo aún, en los casos en que subsiste, una educación noble, la mayor parte de las personas ya no estudian mucho la Biblia y tampoco tienen paciencia para aprender las "lenguas muertas", términos con que califican los idiomas griego y latino. Y entonces, ¿qué habrá de proporcionárseles en lugar de esos estudios? Por un lado, idiomas modernos y por otro el estudio de la literatura inglesa. Pero estos estudios constituirán una educación muy insignificante si no son acompañados de los estudios históricos correspondientes. Y es imposible entender la literatura del pasado sin la historia, el conocimiento y el dominio del idioma francés tienen sólo un valor limitado si nada se conoce acerca de la historia de Francia.

Las limitaciones de la historia económica

El horizonte de la historia se amplía con cada década que pasa, y a medida que se amplían sus horizontes aumenta también el interés que despierta. La historia ya no es simplemente el relato cronológico de reyes y parlamentos y batallas, aunque todos estos factores tienen también su propia importancia. Es también la historia de las artes, de las construcciones, de la literatura, de los pensamientos de nuestros antepasados, la historia de su vida diaria, de las relaciones mutuas entre sus clases sociales, la historia de sus trabajos y de sus ocios, en una palabra, es un archivo en donde se ha registrado qué tipo de personas fueron, tan parecidas a nosotros en algunos aspectos y sin embargo tan distintos y extraños en otros. Si conocemos algo acerca de nuestros antepasados, seremos más capaces de criticar y de apreciarnos a nosotros mismos en nuestra vida de relación y en nuestras acciones.

"Para estudiar correctamente a la hu-

La Escuela del Palacio Real de Carlomagno era el modelo instituido para todos los establecimientos semejantes del gran Imperio. Fundáronse en todas partes mediante una carta dirigida a los obispos en el año 789 y en beneficio de todas las clases pobres. El renacimiento y la difusión de la enseñanza fue uno de los ideales sostenidos por el emperador, al cual entusiasmaron siempre los estudios artísticos y literarios. La Historia debe conocerse profundamente

bargo, diez años, porque fueron ayudados por los mesenios. Finalmente fueron derrotados y la Historia conoce el hecho como III° Guerra Mesenia.

TIENDA INGLESA

UNIFORMES y DELANTALES

para TODAS las ESCUELAS y COLEGIOS de la CAPITAL

BRITISH SCHOOL

WINDSOR SCHOOL

LICEO FRANCES

HERMANAS DOMINICAS

ANDERSON ACADEMY

ELBIO FERNANDEZ

BLUSAS para British School. Talles de 60 a 100 cmts. Desde ..... $ **3.70**

TUNICAS British School. Largos de 60 a 110 cmts. Desde $ **14.60**

UNIFORMES Hermanas Domínicas. Largo de 60 a 90 cmts. Desde ..... $ **24.30**

DELANTAL UNIFORME Colegio Santo Domingo, para niñas de 6 a 16 años. Desde ..... $ **4.95**

UNIFORMES Liceo Francés. Largos de 60 a 100 ctms. Desde ... $ **19.50**

BRITISH SCHOOL

TRAJE de franela para años 7 a 15. Desde $ **26.00**

ELBIO FERNANDEZ

SACO sport en franela, para años 7 a 15. Desde $ **19.20**

PANTALON de sarga azul, para años 5 a 15. Desde $ **6.40**

ANDERSON ACADEMY

TRAJE de franela de lana, para años 7 a 15. Desde .... $ **25.90**

PARA LAS ESCUELAS PUBLICAS

GUARDAPOLVO de brin, cruzado, para años 6 a 16. Desde $ **4.95**

GUARDAPOLVO de brin, derecho, para años 6 a 16. Desde $ **4.70**

DELANTAL de madapolán blanco, para niñas de 6 a 14 años. Desde $ **3.65**

Aquí se evoca la batalla de la puerta Colina en el año 82 antes de J. C. En este dramático combate terminó la guerra social iniciada por Mario y los samnitas para lograr reivindicaciones económicas populares contra Sila. Venció Sila, al cual vemos montado en primer término en un caballo blanco, es-

manidad hay que estudiar esencialmente al hombre".

Por estos motivos siempre me he sentido muy interesado por la historia social, y creo que es el tipo de historia que más logra interesar a la generalidad de los lectores de hoy en día. Es por esta razón que acabo de tratar de escribir una historia social del pueblo inglés desde la Edad Media. La historia social puede ser definida, en forma negativa, diciendo que es la historia de un pueblo en la que se ha dejado la política. Pero estoy seguro de que nadie puede entender la historia social de las épocas pasadas a menos que conozca primero, aunque más no sea a grosso modo, la historia política, la armazón o el esqueleto que soporta el tejido vivo de la sociedad de época en época. Desaprobaría cualquier intento de suprimir la enseñanza de la historia política común en las escuelas o en las universidades. A menos que las personas hayan aprendido primero, por ejemplo, algo acerca de la historia política de la Reforma o de la Guerra Civil de Cromwell, o de las guerras francesas, o de las reformas del siglo diecinueve, nada podrán entender ni tampoco juzgar de la historia social, que tiende a transformarse en una generalización carente de vigor y de significado para las personas que la estudian ignorando los otros aspectos del pasado de su país

Por otra parte, creo que la historia social debería ser enseñada en forma más amplia e intensa que en la actualidad, como un agregado a la historia política que sirve para explicarla y para transformarla en algo más real, más palpitante y humano.

Tenemos luego la historia económica: Se podrá afirmar, si así se desea, que los acontecimientos económicos causan los acontecimientos sociales, y que los acontecimientos sociales provocan los sucesos políticos. Esto es muy cierto, aunque, naturalmente ,no es completamente cierto. El desarrollo económico de la máquina, que denominamos Revolución Industrial, provoca un cambio sicla —la creación de una clase media mayor y más poderosa que, a su vez, provoca el suceso político del primer proyecto de Reforma, y así sucesivamente, sucede con cientos de ejemplos. Sin embargo, la historia económica sola no puede explicarlo todo. El surgimiento de una nueva clase media industrial en Francia provocó, no proyectos de reforma, como en Inglaterra, sino la Revolución Francesa. Esta diferencia entre las políticas inglesa y francesa no puede ser explicada únicamente mediante diferencias económicas. Para llegar hasta la propia esencia del asunto se necesita la historia social, en la que se incluyen los aspectos religiosos, intelectuales y puramente humanos de la vida y del carácter de los pueblos francés e inglés.

La historia económica ha sido el principal desarrollo del estudio histórico durante los últimos cincuenta años. Tuvo su origen en un estudio académico hecho por el archidiácono Cunningham de Trinity College, Cambridge, a fines del reinado de Victoria. Y hoy en día probablemente la mitad de nuestros principales historiadores son historiadores económicos —Sir John Clapham, Dr. y Sra. Hammond, Lord Passfield, los profesores Tawney, G. N. Clark y Postan, además de la extinta Eileen Power. Sin embargo, la obra de estos historiadores económicos no es pura y exclusivamente económica. Es también, en mayor o menor grado, de índole social. No es fácil trazar la línea divisoria entre la historia económica y la historia social, pues ambas tienen mucho de común. Pero la historia social incluye muchos temas no tratados por la historia económica —la vida religiosa, intelectual, artística, humana o moral de las diversas clases y tipos de hombres y mujeres que habitan en los países del mundo.

quivando la lluvia de flechas de sus enemigos. Salvado de una muerte que creyera casi segura, sacó una imagen de Apolo y la besó devotamente.

Uno de los acontecimientos fundamentales de la Historia: la toma de la Bastilla. Este hecho se transformó en un símbolo de la lucha del hombre por la libertad y por el derrumbe de la tiranía. El pueblo de París, defraudado en todas las esperanzas, tanto políticas como económicas, se dirigió a la sombría fortaleza el 14 de julio de 1789, escalando sus muros y aniquilando a las fuerzas que la defendían. La cabeza del Gobernador se expuso sobre una pica.

Las lecciones de la historia social

Hoy en día es posible escribir con mayor facilidad una historia social que hace cien años, cuando Macaulay realizó un valiente esfuerzo para presentar un cuadro general de Inglaterra en 1685, en su famoso "capítulo tercero". Desde la época de Macaulay ha nacido la historia económica que proporciona muchos hechos y estadísticas básicos sobre los cuales puede cimentarse con certeza la estructura de la historia social de todos los tiempos.

Uno de los motivos por los cuales la historia debe ser enseñada y estudiada en forma más amplia e intensa de la que se hace hoy en día es que la historia constituye la clave para poder comprender a otros pueblos y estados con quienes tenemos que cooperar actualmente. La época del aislacionismo ya ha desaparecido, y sin embargo henos aquí, la mayoría de nosotros ciegos como topos en lo que se refiere a otros países, debido a nuestra ignorancia de su historia, que es la única que nos puede explicar por qué y cómo son tan distintos de nosotros, para que así podamos tener en cuenta esas diferencias y ajustar nuestra conducta a las mismas a veces fundamentales.

La guerra actual y sus desgraciadas etapas iniciales se debieron, principalmente, a la ignorancia general con respecto a Alemania y a la historia del militarismo alemán en sus relaciones con el gobierno; creímos que los alemanes eran, desde el punto de vista políticos, más o menos semejantes a nosotros. La otra fuente de nuestras calamidades fué la incomprensión de Rusia por parte de Inglaterra y la de Inglaterra por parte de Rusia. Esta incomprensión tuvo principalmente su origen en la ignorancia mutua de la historia de cada uno de los países. No quiero decir con ésto que tenemos que conocer los nombres y las fechas del reinado de los zares, pero sí que debemos conocer y apreciar las condiciones históricas generales bajo las cuales los pueblos reunidos ahora en la Unión de Repúblicas Soviéticas, han vivido, en los siglos pasados, en las vastas estepas y en los inmensos bosques, lejos del mar y lejos de las influencias de Europa, atacados por los tártaros por un lado y por los teutones por otro, con el fin de que nos podamos dar cuenta de la enorme diferencia que debe existir necesariamente entre sus instituciones y las que poseemos nosotros.

La historia y la geografía de Rusia han sido los antípodas de la historia y de la geografía de nuestra pequeña isla. Si las estudiamos con simpatía y con inteligencia, no abrigaremos la esperanza de que los rusos sean como nosotros, y apreciaremos en mayor grado el éxito que lograron al llegar a ser lo que su historia quiso que fueran. El error más fatal consiste en la costumbre de suponer que todos los demás pueblos se parecen a nosotros, y de quedarnos asombrados o perplejos al constatar que no se nos parecen. El conocimiento de su historia, sobre todo de su historia social, corregirá este error perjudicial para todos.

Churchill ha firmado ya la Carta del Atlántico con el Presidente Roosevelt y quedan delineados, de nuevo, los ideales humanos que se defienden en esta lucha contra el imperialismo germano que pretendía erigirse en el centro de una época totalitaria del mundo. La continuidad de los estudios históricos es, hoy, la base de una gran cultura.

La tragedia

ESTA probado, realmente que la víbora es eternamente la enemiga de nuestra felicidad por la sencilla razón de que una de sus antiguas hermanas se enroscó en el tronco del árbol de la ciencia del bien y del mal y creó esta fatalidad humana del trabajo, que viene a desembocar a veces en la guerra?

En verdad, haber perdido el paraiso es una cosa seria y esta desgracia del hombre parece que no podrá ser compensada jamás por el arrepentimiento tardio pero seguro del ofidio que hoy colabora con su vieja víctima en la reparación de grandes males

Pero, la criatura que Dios hizo tan débil como para escuchar el consejo de la víbora debe poner de su parte todo lo posible para que su victimaria contribuya hoy en la redención de la misma culpa.

Acaso no sería posible que la vibora a la cual le debemos la expulsión del edén divino y la necesidad de trabajar no logre en una solidaridad con el hombre la reconquista del jardín del manzano y la abolición del trabajo?

Las víboras son, efectivamente, las más malignas criaturas que Dios pudo crear junto con Adán y Eva. La cobra, la fer-de-lance, y la ticpolonga de la India y las culebras americanas, la mocasín y el cascabel son venenosas e irremediablemente mortales.

Pero, sin embargo, también ellas, pueden hacer obras de bien. El hombre ha logrado paliar su infortunio colaborando con la remota madre del mal

LA CULPA DE LA VIEJA SERPIENTE QUE NOS HIZO PERDER EL PARAISO SE REDIME, A TRA-

El mismo veneno que empleado criminalmente puede causarnos la muerte salva hoy muchas vidas, cuando lo utiliza la ciencia médica. Uno de los usos de esos venenos de víboras es el causar la coagulación de la sangre en la peligrosa enfermedad conocida con el nombre de hemofilia, en la cual, los que la sufren, pueden llegar a desangrarse, a causa del más insignificante rasguño. El veneno de víbora se utiliza tambien en los sueros antivenenosos que se emplean para contrarrestar los efectos de las mordeduras de víboras.

Nuestros agricultores dan muerte a gran número de víboras, debido a la equivocada creencia de que con la muerte de las mismas causan algún bien a la humanidad y de que las víboras dañan sus cosechas

Lo acertado es justamente todo lo contrario. Todas las víboras comen ratas y ratones, y las víboras jóvenes, mientras son muy pequeñas para hacerse de estos alimentos, satisfacen sus necesidades con insectos.

Estos roedores e insectos, consumidos por las familias de reptiles, causarían mucho más daño en las cosechas que el que podrían causar las víboras.

Se calcula que una víbora macho adulta le representa al agricultor un valor anual de $ 150, ya que ella engulle unas 30 ratas al año y las inves-

El color camuflado de los reptiles peligrosos los oculta a la vista de los cazadores o hace que se les distinga con dificultad. Los novicios en esta empresa deben ser advertidos para que no pisen las víboras.

El cazador de víboras Bishop trae una gran mocasín. Ha debido usar de los recursos de su experiencia para lograr la presa. Y así y todo, no hace mucho, como lo atestigua la dureza del pulgar, recibió una mordedura

de la víbora

La culebra "Garter snake" no pone huevos. Da a luz sus crías. Estas víboras tienen el don de una maternidad excepcional pues llegan a tener gran descendencia y cada una puede ser madre de cincuenta.

VES DEL TIEMPO, EN TODAS SUS HERMANAS QUE HOY PRESTAN SUS MEJORES SERVICIOS.

tigaciones federales tasan en $ 5.00 el daño causado por cada rata.

Quizás se sorprenda usted al saber que los muertos por mordeduras de víboras en los Estados Unidos son, anualmente, cada vez menos que los muertos por el rayo.

La autoridad que efectúa esta afirmación es el Dr. Raymond L. Ditmars, Cuidador de Reptiles del Zoológico de Bronx, dónde lo llevamos ahora para que trabe amistad con sus amigas las víboras.

Tan pronto un soldado es mordido por una víbora en la jungla, una pronta inyección del antídoto contra las mordeduras de esos reptiles, hecho del mismo veneno, salvará su vida. La mayor parte de este veneno proviene de la Florida. Su obtención, en los pantanos de las selvas, es una tarea muy peligrosa.

Cerca de Fort Myers, Fla., en la región del Everglades, Marshall Bishop, de 34 años de edad, antiguo miembro del cuerpo zoológico de la Universidades Yale, ha estado encabezando expediciones durante los últimos tiempos, en busca de las mortales víboras de cascabel y mocasín. Armado con un gancho "caza-víboras", un palo de 1.50 de largo, con una pinza en la punta, Bishop caza los reptiles y los encierra en sacos y cajas y los envía a un laboratorio, donde les "ordeñan" el veneno.

Este veneno se inyecta a unos caballos, que son los que producen el suero que salva tantas vidas.

Bishop se arroja temerariamente en los ríos, en busca de las "mocasines" y las caza con el gancho o simplemente con las manos. De la misma manera se apodera de las víboras de "cascabel". Una vez fué mordido en el pulgar de la mano derecha. Una rápida inyección de suero le salvó la vida en esa emergencia, pero su pulgar todavía carece de movimiento.

¿Qué es la mocasín, protagonista de esta nota? Esta víbora lleva la cabeza singularmente revestida de escudos y el cuerpo lleno de escamas que remata en una cola aguda que le da el aspecto de las serpientes de cascabel conocida también en nuestro país.

Es un ofidio realmente temible para los hombres que cultivan el arroz, puesto que no se habitúa a vivir fuera del agua sino en los jardines zoológicos donde es hasta que se domestica dulcemente y que acepta cualquier clase de alimentación.

La mocasín no se limita a morder a todo aquel que le ataca. Va un poco más allá en lo que se refiere a su intolerancia, puesto que muerde despiadadamente a todo ser que se coloque a su lado así tenga la intención más seráfica del mundo.

Así se explica que solo conozca el amor una vez por año y en cualquier estación, verano, otoño o invierno y acaso toda esta sempiterna irritación en que vive no es otra cosa que la pro-

Una mocasín se revuelve furiosamente en el extremo del gancho mientras se le tiene expertamente apresada. En la proa está el ayudante presto a ayudarla para encerrar perfectamente al bicho en la bolsa.

A esta víbora se llama "la comedora de maíz". Pero, en realidad, no es vegetariana. Es inteligente, nada más. Vaga siempre por donde madura el maíz porque allí va a encontrar su manjar diario de ratones.

Este es el cráneo de la bushmaster, cuya mordedura es irremediablemente mortal. En torno de él, ampollas y frascos de distintos venenos de víboras que se utilizan para curar y calmar los dolores humanos.

Bishop se vale hábilmente del gancho para introducir una mocasín dentro del saco sostenido por su compañero. Hay que llevar los sacos con gran cuidado y con una atención delicada porque la víbora es ágil.

lucha emprendida contra la obra maligna y nefasta de regeneración vipetina que viene haciendo el hombre desde el día envenenado en que se le hizo perder el paraíso y la holganza.

Pero, finalmente, Adán redivivo infinitamente en este valle de lagrimas, invirtiendo la misión del veneno de la corrupción y de la muerte sueña retornar al maravilloso jardín en que vió la luz y probó la bondad del Hacedor Supremo.

En la expedición que se muestra en estas fotografías, Bishop fué acompañado por dos ayudantes, la Srta. Alma Cagle y Paul C. Ley. Desde Fort Myers partieron hacia una de las más peligrosas de las lagunas de Everglades. En ella encontraron "mocasines" en abundancia. Lo mismo víboras de cascabel, en los tupidos matorrales de las orillas.

Además de sus propiedades de antídoto, el veneno de las víboras tiene varias propiedades medicinales. Las soluciones suaves de veneno de víbora de cascabel, mocasín y cobra sirve a los médicos y dentistas para corta hemorragias excesivas. El veneno de la cobra es utilizado por algunos médicos para investigar los dolores de la artritis y otras enfermedades.

Bien colocadas en cajas de madera las víboras son enviadas al famoso instituto de reptiles de Rooss Allen en Ocala, Florida donde se les extrae el veneno.

Se quita el veneno de la víbora contra el borde de una copa. Una suave presión de la cabeza del reptil lo hace salir. Luego de tres extracciones éste muere.

Estas son las fases de la caza de la víbora "mocasín"

Luego del dolor bajo la cruel dominación nazi, esa sonrisa que florece en los labios de todos estos franceses ante el desfilar de los reconquistadores

La liberación es como un parto

El relato de una anciana que presenció la caída de su patria y la destrucción de su hogar, como situación típica de lo que pasa en el alma de los habitantes de Francia

POR ERNEST O. HAUSER
CORRESPONSAL DE GUERRA DEL "SATURDAY EVENING POST"

LA condesa tiene actualmente setenta y cinco años de edad y es la mujer más hermosa que yo haya visto jamás. Sus ojos poseen el suave color azul del cielo de Normandía y su porte aristocrático le hace parecer casi alta a pesar de su cuerpo frágil y diminuto. La hallé en medio de las flores y de los arbustos de su huerto, en donde acababa de recoger los grandes trozos de vidrio de sus invernaderos destruídos, para la gente de Martinvast, cuyas ventanas habían sido destruídas durante el último bombardeo. Estaba vestida con la misma prolijidad de siempre, el encaje blanco de su blusa estaba bien almidonado y su sombrero de paja, de ala ancha, le daba el aspecto de un hada buena.

Me preguntó si había oído el cuento más reciente. Se refería a sus vecinos cuya única fortuna era un manzanal; cuando la invasión aliada barrió a través del Cotentin lo único que quedaba de su espléndido manzanal era un montón de ruinas chamuscadas.

Entonces el sacerdote partió de su iglesia en ruinas, montado en una bicicleta y fué a ver al pobre hombre, diciéndole:

—Mi pobre amigo, su suerte es en verdad terrible.

—¿Pobre amigo? ¿Suerte terrible? —dijo el viejo campesino con voz burlona. —Somos libres, señor cura!

Y movido por su indignación, levantó una manzana casi quemada y la lanzó contra el cura, quien se apresuró a alejarse pedaleando rápidamente en su bicicleta.

Lo que más odiaba la condesa era la compasión. Sí, ella y su esposo, el conde de ochenta y un años de edad, habían soportado a los alemanes durante cuatro años, sí, el Château Martinvast, al que querían en forma inenarrable, estaba ahora en ruinas y quemado, y sólo estaba aún intacta la torre del siglo once, que había resistido más de una tempestad. Los caballos y las vacas habían desaparecido, y una fea construcción de hormigón, que había servido de rampa de lanzamiento para las bombas voladoras de los alemanes, profanaba, cerca del viejo molino, la hermosa ladera de la colina. Pero Normandía era libre de nuevo y estos pequeños detalles carecían realmente de importancia.

—La liberación —me dijo la condesa—, es como el parto, es una gran alegría que viene acompañada por un gran dolor. Pero el dolor, monsieur, será olvidado.

No supe qué contestarle, pues habían sido las bombas americanas, y no los alemanes, los que habían destruído su hogar. No pude menos que pensar en los miles de franceses que, al igual que estos dos ancianos, lo habían perdido todo durante la invasión. ¿Cuál sería su reacción ante nuestra llegada? Sus granjas estaban desvastadas, sus ciudades semejaban esas ruinas que los arqueólogos excavan penosamente en los desiertos; sus iglesias carecían de torres como si hubieran sido descabezadas por una enorme guillotina. ¿Cómo podían dar la bienvenida a los invasores que habían causado todo este destrozo? Esta interrogante había preocupado desde el comienzo a los americanos y a los ingleses; y cada francés que salía de un edificio en ruinas para brindar su saludo entusiasta al primer "jeep" cargado de soldados americanos, fué considerado como un buen presagio. Normandía era la piedra de toque; y aquí, bajo los antiguos árboles de Martinvast, encontré la respuesta a esa ansiosa interrogante. El problema estaba completamente resuelto. La liberación era un éxito pleno, indudable y triunfal.

—El dolor, señor, será olvidado.

Mientras charlábamos en el jardín, sentíamos en nuestro derredor el ruído de las máquinas bélicas americanas que pasaban rápidamente por los caminos hacia el frente, que se encontraba a poca distancia. El ruído de la guerra mecanizada pasaba muy cerca nuestro y se oía con toda claridad. Toda Normandía latía bajo la colosal aglomeración de tráfico que avanzaba por detrás de la línea de combate. Encima nuestro zumbaban y rugían los aviones. La tierra temblaba y el cielo estaba en llamas. Pero en el soleado huerto situado detrás del château en ruinas, la guerra ya había terminado, las abejas volaban de flor en flor y las hermosas mariposas jugueteaban en el aire.

Había conocido al Conde y a la Condesa de Pourtalès cuando entré a Francia junto con el regimiento de ingenieros ferroviarios americanos que se había acuartelado temporalmente en las tierras del castillo. El conde y la condesa venían a ser nuestros anfitriones. Al día siguiente de la liberación de la aldea de Martinvast, los ingenieros habían levantado sus carpas, ahora ya han completado su tarea de reparar el ferrocarril de Cherburgo a St. Lôy han seguido avanzando hacia el sur, en pos de los ejércitos. Durante las semanas que pasamos en Martinvast, llegamos a conocer bastante bien al matrimonio Pourtalès, y había algo íntimo y cálido en esta amistad entre los libertadores y los libertados. Los dos ancianos solían visitarnos todos los días, subidos en un pequeño carro tirado por Riquette, el asno, y contemplar los pesados camiones y los grandes depósitos de equipos almacenados en su parque y entrar en las habitaciones en donde sus cuatro hijos habían jugado hace medio siglo y que ahora servía de club de Cruz Roja para los soldados americanos, y nunca se cansaban de decirnos cuán contentos se sentían de que finalmente su propiedad hubiera servido para algún fin útil.

La historia de Martinvast es insignificante, así me lo aseguró el propio conde. Es una historia similar a las miles de historias que pueden oírse por toda Francia, todo sucedió en la misma forma en que sucedió en otros castillos y granjas y chozas. La historia de Martinvast no es más que una hoja pequeña y humilde arrancada al libro de tristezas de Francia, una hoja muy insignificante y sin embargo inmensamente importante.

La guerra asoló a Martinvast bajo forma de venganza. Todo comenzó en el verano de 1940, después de la invasión alemana. Los ejércitos franceses estaban derrotados y cercados, y las fuerzas expedicionarias inglesas se habían visto obligadas a retirarse por el mar. La condesa recuerda una noche en que una unidad inglesa, completamente agotada, se detuvo en el castillo; a la mañana siguiente, un joven teniente inglés que no había dormido durante una semana, salió corriendo descalzo de su cuarto y subió de un salto al último camión que se dirigía a Cherburgo. Horas después, dos bombas cayeron cerca del

El antiguo castillo de Martinvast, en Normandía, mostrando los impactos de los proyectiles aliados en el feroz, doloroso esfuerzos por hacer resurgir la libertad de Francia. Sus habitantes ansiaban la trágica hora de la destrucción, porque ella sería el anuncio de la aurora en la obscura noche de la terrible tiranía.

castillo y una de ellas mató el último potro de una larga ascendencia de "pura sangre" que habían hecho famosos los establos de los Pourtalès. Muchos caballos producidos en Martinvast habían ganado el Derby francés y el Grand Prix de París; pero claro está que de todas maneras, la guerra ya había puesto fin a toda esta notividad.

Esa tarde la condesa se había inclinado para contemplar un gran fragmento de una bomba. Cuando levantó la mirada vió ante sí a un general, un hombre de aspecto impresionante, que la saludó con rigidez.

—Voilà —dijo la condesa,— esto es lo que nos hacen ustedes los alemanes. ¡Mire esta bomba lanzada por uno de sus cañones!

La condesa recuerda que el general levantó el fragmento y lo examinó meticulosamente.

—Esto, señora —dijo, hablando un francés un poco duro, —es una bomba inglesa. Proviene de un buque de guerra cuyos cañones están cubriendo la retirada del ejército inglés.

—Sólo más tarde supe su nombre —dijo la condesa. —Era Erwin Rommel.

Los alemanes inspeccionaron el castillo y lo hallaron de su agrado. Lo que encontraron fué un pequeño paraíso, con enormes y antiguos robles y hayas y pinos gigantescos de California y hasta palmeras y olivos importados durante el siglo pasado de lugares lejanos; en las espaciosas terrazas florecían flores de infinidad de especies y en los estanques abundaban las carpas y las truchas. Encontraron canchas de tenis bien cuidadas y magníficos prados en el parque, y más lejos, en las pasturas, vieron pastando al ganado.

—Señor conde —dijo uno de los oficiales del séquito del general, —su castillo nos gusta mucho. El nombre Pourtalès es un buen nombre y no os molestaremos. Os enviaré gente tranquila y amable que se alojarán aquí sin causarle ningún daño.

Rommel y su séquito partieron después de ocho días.

La gente tranquila y amable se mudó al castillo de inmediato. Eran burócratas de informe, gente muy vulgar, que no resultaba siquiera interesante en su calidad de enemigos. Había once oficiales que se pusieron a sus anchas en el castillo, que se transformó en el cuartel general de la **Luftschutz** de todo el Cotentin, una parte vital y muy expuesta de Francia. Colocaron líneas telefónicas e instalaron oficinas regulares, dirigidas por un coronel. Los soldados que habían traído consigo acamparon en el parque. Los ordenanzas habían invadido todo el castillo, desde las torres y las buhardillas hasta los sótanos. Tres de las treinta habitaciones del castillo fueron adjudicadas a los Pourtalès, inclusive una pequeña cocina y un cuarto de baño; en verdad, no les fué tan mal. Nadie les molestó y el conde retuvo su cargo de mayor de Martinvast, había desempeñado ese cargo durante los últimos cincuenta años y bien podía seguir rigiendo esa aldea de 960 habitantes, sin crear problemas. Nadie interfirió con sus actividades, salvo una vez cuando los conquistadores impusieron una fuerte multa a la aldea porque alguien había cortado los hilos telefónicos. El conde, sin tratar de reunir el dinero apelando a los campesinos y a los comerciantes, pagó la multa de su propio bolsillo, y todo se solucionó.

En el interior del castillo reinaba una situación tensa. Los Pourtalès después de haber decidido a adoptar la política del silencio —que aparentemente fué la forma más común de la resistencia francesa— limitaron sus relaciones con los huéspedes no invitados, a algún que otro "Bonjour", muy formal.

Los alemanes se dieron cuenta de ese desprecio, se sintieron heridos. Los Pourtalès creen que su coronel era un austriaco, en su calidad de austriaco resultaba sospechoso y no podía darse el lujo de que le vieran charlando con franceses.

Pero había un capitán prusiano quien un día logró detener a la condesa en la escalinata del castillo.

—Uds. los franceses son gente muy poco amable —dijo, explotando. —¿Qué les hemos hecho nosotros? Les hemos permitido quedarse en el castillo, lo cual es una consideración excepcional y no les hemos molestado. ¿Por qué no pueden ser amables con nosotros?

—Bon jour, monsieur —dijo ella.

Ese capitán hablaba muy bien el francés. En la vida civil había sido escritor y había publicado un libro, sobre Goethe.

—Un tipo pegajoso —dice la condesa al recordarlo. —Fué el único verdaderamente desagradable.

Sin embargo el capitán, en su calidad de escritor, se interesó vivamente por los fundamentales culturales del Nuevo Orden. Examinó los tesoros artísticos existentes en el castillo con ojos de experto y se sintió notablemente interesado por los tapices valiosísimos que encontró en las habitaciones del piso superior. Se trataba de escenas de cacerías con halcones, tejidas en el siglo quince y hubieran sido adquiridos fácilmente por cualquier museo. Una tarde, el capitán que había escrito un libro sobre Goethe, visitó al matrimonio Pourtalès.

—He venido —anunció al entrar— para discutir con ustedes una proposición comercial. —Como no había sido invitado, se sentó y siguió explicando, en forma más bien tímida, que su coronel se había tomado la molestia de pedirle al director del famoso musec de Nuremberg que se dirigiera en avión hasta el castillo para echarle una mirada a los tapices. —Nos interesan muchísimo y estamos dispuestos a pagar un buen precio por los mismos.

El viejo conde contempló al capitán con verdadera sorpresa.

—No entiendo —dijo. —Uds. tienen el poder necesario para apoderarse de ellos. Uds. han tomado todo lo que nos es querido en todas partes de Francia. Si ustedes los toman, nada puedo hacer para impedirlo. Pero no están en venta.

El capitán que había escrito un libro sobre Goethe se inclinó con tiesura y salió rígidamente de la habitación. Nadie tocó los tapices.

Un mes o más después, el capitán tuvo oportunidad de visitarlos nuevamente; esta vez fue menos cortés. Parece que la muchacha que cocinaba para el matrimonio Pourtalès, que era bastante bonita y un poco dada al flirt, había dado una bofetada a un ordenanza alemán. El capitán había venido a quejarse. Colocándose frente al anciano conde y a la condesa, que por una casualidad estaban sentados en dos macizas sillas de madera como si constituyeran un tribunal, pronunció un admirable discurso en el que acusó formalmente a la cocinera y amenazó con tomar medidas drásticas. El viejo matrimonio se quedó sentado frente al capitán, escuchándole cortesmente; pero cuando éste hubo terminado, nada le respondieron. El capitán dió media vuelta y salió furioso de la habitación.

—Apenas hubo cerrado la puerta tras sí, estallamos en carcajadas; y a pesar de nuestra edad, nos estuvimos riendo durante más de una hora —recuerda la condesa, con gran placer. Esa fué la última visita del capitán antes de la catástrofe; la próxima vez que habló le tocó a él el turno de divertirse.

El Château Martinvast, al igual que toda Francia, se había transformado en un castillo fantasmagórico, un edificio habitado por un grupo de personas reales y un grupo de fantasmas; claro que a veces resultaba difícil distinguir quiénes eran los seres reales y quienes los fantasmas. El vacío social en que vivían los alemanes había comenzado a afectar sus nervios. Trataban de animar la monótona rutina de sus oficinas mediante alegres fiestas que se volvieron más ruidosas y más prolongadas a medida que se prolongaba la guerra. En estas fiestas de gala, nada resultaba demasiado bueno para su mesa y los huéspedes solían "pedir prestado" las mejores platerías de los Pourtalès y los manteles más finos, colocaban flores en las mesas y trataban de ahogar su inquietud en los mejores vinos que po-

dían encontrar en el sótano del castillo. Claro está que no se trataba de un robo, las autoridades civiles francesas le pagaban al anciano conde una determinada cantidad por mes para compensar su sacrificio en aras del interés nacional. A estas fiestas ruidosas asistían sólo hombres, al castillo no entraron nunca otras mujeres que las muchachas francesas que servían en la mesa. Pero los alemanes no sabían dominar muy bien sus ánimos y las finas platerías de los Pourtalès y el vino y los delicados manteles no duraron mucho. A veces, los oficiales, cuando se sentían alegres, solían pedir a la banda militar que subiera hasta el castillo para tocarles algunos aire marciales.

Pasaron cuatro años, años que parecieron pasar sin cambios de estación, sin que hubiera diferencia entre el verano y el invierno, entre la noche y el día. Los Pourtalès eran prisioneros dentro de su propia casa, estaban completamente aislados del mundo exterior y mantenían escasas relaciones hasta con la buena gente de Martinvast, que se ocupaba de sus cosas en medio del mismo silencio. La condesa había mandado buscar lana a casa de los pastores y pasaba muchas horas sentada junto a su vieja rueca normanda, y solía usar la lana hilada por sus propias manos para tejer prendas de invierno para la gente de la aldea, a veces se sentía tentada de deshacer de noche lo que había terminado durante el día, al igual que otra mujer que había esperado con paciencia y lealtad: Penélope. A veces trataba de calmar sus nervios tomando algunos de sus antiguos libros y leyéndole en voz alta a su esposo.

Lo que mantuvo la chispa vital en estos dos ancianos durante todos esos años monótonos fué una esperanza, una esperanza que nunca perdieron, a pesar de que les quedaba poco para alimentarla. Hasta Martinvast no llegaban las noticias del creciente poderío de los Aliados. El único barómetro de los acontecimientos mundiales lo constituía el estado de ánimo de sus huéspedes, los sirvientes, que a veces cambiaban una o dos palabras con los soldados alemanes en el parque, informaban fielmente a los ancianos acerca de lo que habían oído. Después de la batalla de El Alamein, hubo un notable cambio en el ambiente que reinaba en el interior del castillo. Fué entonces que comenzó a debilitarse por primera vez la confianza de los alemanes y algunos de los soldados no pudieron disimular su tristeza y su nostalgia, a menudo se quedaban sentados solos, contemplando los nenúfares del estanque, sumidos en sus pensamientos. A veces solían llorar silenciosamente. Durante un atardecer, la condesa encontró a uno de ellos en el parque, el soldado la saludó con cortesía y decaimiento. Entonces la condesa decidió romper el silencio y se dirigió al hombre.

—Os compadezco —le dijo. —Es bastante duro tener que esperar tantos años por la victoria. Pero debe ser aún más duro tener que esperar tantos años para la derrota.

—Así es, madame la comtesse —repuso el alemán.

Por extraño que parezca, la esperanza que mantuvo vivos a los Pourtalès fué una cosa tangible y concreta. No tenía nada de vago, a veces solía cristalizar en formas que no eran simplemente invenciones de una imaginación torturada, sino cosas reales. Hasta que finalmente su esperanza tomó la forma de muchos buques.

Una noche el conde me dijo:

—Pensábamos en el puerto de Cherburgo tal como lo habíamos conocido, lleno de grandes buques. Muchos buques de carga, trasatlánticos y buques de guerra grises. Los alemanes no tenían buques, salvo algunos botes chicos, tipo E. Así que sabíamos que el día en que volviéramos a ver grandes buques, entrarían al puerto bajo la bandera de la liberación. Sabíamos que vendrían Hablábamos continuamente de ellos y los veíamos en nuestros sueños, con sus altos mástiles y sus cañones en acción, cientos y cientos de buques.

Una tarde, hacia fines de 1943, llegaron tres aviones y volaron a baja altura, trazando círculos sobre el castillo. Eran las primeras golondrinas de la primavera y la cocinera —la bonita muchacha que le había dado una bofetada al soldado— ejecutó un pequeño baile loco sobre el césped, delante del castillo, agitando las manos y saludando a gritos a los aviones. Cuando se detuvo para calmar su respiración, sus ojos se encontraron con los del coronel alemán y se dió cuenta de inmediato de que el coronel estaba asustado, así que decidió reanudar su breve danza.

—Siguieron viniendo durante una quincena o más —dijo la condesa,— y dejaron caer algunas bombas cerca de la aldea, pero ninguna sobre el castillo. Quizás debiéramos haber entendido la advertencia y salido del castillo. Pero siempre nos decíamos: —Oh, son americanos e ingleses y nos conocen. Saben que aún vivimos en la casa grande y no nos harán daño.

—La condesa reconoce ahora que tal confianza fué una tontería.

Pues no fué únicamente el Château, con su intrincada red de líneas telefónicas, lo que había llamado la atención de los aliados. Fué la "construcción" que los alemanes habían iniciado detrás de la colina, cerca del viejo molino de viento, lo que aumentó enormemente la importancia de Martinvast como objetivo militar. Los Pourtalès unos habían visto la construcción, a pesar de que la estaban levantando en sus propias pasturas. Pero algunos de los obreros franceses que los alemanes habían traído de otras partes, habían quedado impresionados y habían hablado en el café acerca de la construcción y el conde y la condesa tenían una idea más o menos concreta acerca de su aspecto. Sabían que tenía una rampa de hormigón y una plata y refugios y túneles subterráneos.

—Los Tommies estarán aquí antes de que los boches puedan usarlo —habían murmurado proféticamente los obreros franceses.

En enero 14, 1944, los Pourtalès acababan de terminar su cena frugal, constituída por legumbres de su propio huerto. Eran las nueve y una de las noches más frías registradas en Normandía durante el invierno pasado.. Se sentía el zumbido de costumbre de los aviones, pero el zumbido se volvía cada vez más fuerte hasta transformarse en un rugido. Los cañones antiaéreos de los alemanes, instalados bajo los grandes árboles, disparaban continuamente. Entonces se sintió una horrible explosión: la primera bomba americana había caído sobre el techo del castillo. Las paredes antiguas y gruesas se estremecieron, las ventanas se quebraron, la araña de luces se desplomó sobre el piso y el efecto de la explosión hizo saltar a los dos ancianos de sus sillas. No había tiempo para correr hasta el refugio, así que se ocultaron entre dos puertas de roble y se asieron de los picaportes con todas sus fuerzas. Siguieron cayendo más bombas sobre el techo y las pesadas puertas se sacudían y temblaban como si quisieran saltar de sus goznes. Cuando el bombardeo cesó, después de unos veinte minutos, los Pourtalès se abrieron camino por entre los vidrios y los muebles rotos, y descendieron por la escalera, que había quedado intacta. Una vez afuera notaron que la parte antigua del castillo estaba en llanas.

—Fué un espectáculo extraño y hermoso dijo la condesa. —Los oficiales alemanes habían guardado granadas de mano debajo de sus camas y salieron volando como cohetes. Sí, fué un espectáculo extraordinario.

Gritaron pidiendo socorro, pues pensaron que aún era posible salvar una parte de la colección artística que se encontraba principalmente en la parte antigua del castillo. Pero los oficiales alemanes estaban asistiendo a una cena ofrecida en Cherburgo y sus soldados, confiados a sí mismos, corrían de un lado a otro como pollos decapitados. Así que la condesa entró en la habitación en llamas y logró sacar a rastras tres cuadros florentinos y una estatua de San Francisco. Cuando volvió a salir los oficiales ya habían llegado, se oyeron agudas voces de mando y los soldados marcharon escaleras arriba para salvar una parte de los muebles. El capitán que había escrito una obra sobre Goethe vigiló personalmente a los soldados encargados de arrancar de las paredes y de depositar sobre el césped los tapices que había querido comprar. Sólo una bandera pequeña y desteñida, del siglo trece, en la que se veía a San Jorge y el dragón y que constituía uno de los objetos preferidos por la condesa, quedó destruído durante la conflagración. Entonces, con un gesto de suprema caballerosidad, el capitán llevó un pesado sillón hasta el lugar en que los Pourtalès se habían parado para observar el fuego.

—Madame la comtesse —dijo, —sentaos y disfrutad del espectáculo. Vuestros amigos, los americanos, han dejado aquí su tarjeta de visita.

—Fué necesaria y os aseguro que no nos molesta en lo más mínimo —dijo la condesa con toda la frialdad que pudó, luego se sentó, porque era anciana y sus rodillas se habían debilitado un poco.

A la mañana siguiente los alemanes cargaron todas las camas y la mayor parte de los muebles del castillo en camiones y levantaron su campamento A mediodía no quedaba un sólo alemán en todo el castillo. Los habitantes de la aldea se dirigieron al castillo con sus pequeños carros tirados por caballos y ayudaron a los Pourtalès a trasladar los pocos objetos que les quedaban al pabellón de la portería, situado én la entrada posterior del parque.

—Los aviones no volverán —dijeron los habitantes, —pues los boches se han ido.

Quizás la información del comando de bombarderos no fué perfecta, quizás debido a la rampa de bombas voladoras que los alemanes habían seguido construyendo junto al viejo molino de viento les dió la impresión de que el château seguía siendo un centro nervioso vital para los alemanes.

—Realmente, nos están mimando —dijo la condesa al ver la amplia formación de bombardeos americanos que volaron sobre el castillo durante la tarde del ocho de mayo,— están volando encima nuestro con todos esos grandes aviones y nos permiten disfrutar del espectáculo sin que tengamos que tener miedo.

El bombardeo duró cuatro horas. Cuando terminó el parque estaba destrozado por profundos cráteres. Una parte del castillo se había hundido y el comedor se había desplomado en la cocina. El cobertizo en donde se habían almacenado algunos tapices y obras de arte después del primer bombardeo,

Cierta tarde del verano de 1940 se produjo una gran animación en el castillo. Poco después, con un brillante séquito, llegó un general de aspecto frío y voluntarioso. Estuvo unos días, lo observó todo y luego partió: era Erwin Rommel.

Pero llegó por fin la invasión de Europa. Los barcos tantas veces presentidos en sueños estaban ya junto a las playas francesas. El suelo natal se cubriría de sangre. Mas algo nacería de esto hacia el futuro dignificado.

quedó destruido por un impacto directo. Y lo peor de todo fué que el pabellón de la portería, en donde los dos ancianos se habían acabado de instalar, quedaron transformados en un montón de ruinas por un impacto próximo. Esa noche los Pourtalès aceptaron una invitación de Madame Cousin y se trasladaron a su pequeña casa de ladrillos situada del otro lado del camino.

—Ya no debe faltar mucho —dijo la condesa.

—Ya no debe faltar mucho —decían todos los habitantes de Martinvast.

Llegó el día D y en toda Normandía se difundió la noticia del desembarco aliado. Los buques vistos en sueños habían entrado al puerto.

—Seguramente —dijo la buena gente de Martinvast —todo habrá pasado en poco tiempo.

—Pero los alemanes siguieron luchando desesperadamente por el gran puerto de Cherburgo, que estaba muy bien protegido contra un ataque por mar y que los Aliados se veían obligados a tomar por la retaguardia, es decir: desde Martinvast. Así que los alemanes trasladaron sus grandes cañones a Martinvast e instalaron una batería en los fondos de la casa de Madame Cousin.

—Hay demasiado ruído —dijeron el conde y la condesa, y presentando sus excusas se mudaron nuevamente del otro lado del camino, a una pequeña casa campesina, situada en el parque del castillo, que había quedado aún intacta. Las tropas alemanas inundaron literalmente la aldea. En todas partes se instalaron cañones antiaéreos. Los alemanes combatían ahora con la desesperación del que está entre la espada y la pared. Faltaba poco para la liberación.

Pero la historia exigió un pago final para completar el doloroso precio de la liberación. En la noche del veintidós de junio, los americanos sometieron a Martinvast al más terrible de todos los bombardeos. La aldea fué un foco de resistencia alemana que tenía que ser destruído antes del avance final. Los bombarderos volaron sobre la aldea, formando una ola tras otra, y dejaron caer a tierra sus cargas mortíferas. Los dos ancianos asustados se ocultaron en el gran hogar de hierro de la casa en que se habían instalado. Cuando osaron salir de su escondite vieron que su mayoral, Monsieur Simonetto, quien había estado a su servicio desde hacía más de veinte años, había sido muerto por una bomba no lejos del viejo establo. Vieron también que el château ya medio en ruínas, había sido tocado nuevamente. Por todas partes se habían abierto cientos de cráteres nuevos y sorprendentemente grandes. Y los grandes árboles yacían tirados sobre los caminos, a semejanza de gigantes. Los Pourtalès contemplaron la nueva desvastación con ojos secos, seguramente ésta sería la última vez.

Lo fué. A la mañana siguiente la condesa se encontró con un soldado americano erguido sobre el destrozado césped frente al castillo. El americano le dijo:

—Soy el capitán Stanley Gaskyn, del cuerpo de ingenieros del ejército americano.

Todo lo que pudo decir la anciana dama fué:

—Bienvenido, —pero la forma en que lo dijo y en que lo miró hizo sentir al capitán Gaskyn, que era un soldado profesional de pelo encanecido y se jactaba de no ser un sentimental, un cierto nudo en la garganta. Condujo a la con-

desa hasta la carpa instalada bajo los árboles, en la que Harry Hulen, el coronel del regimiento y un gran caballero del sur, pidió disculpas por las molestias que causaría al hacer acampar su regimiento en el parque.

—Tenemos poco que ofrecer —dijo la condesa, —pero sed bienvenidos a todo lo que tenemos. Considere ésta como su casa. Os hemos estado aguardando. —Apretó con sus manos delicadas y pequeñas, las del coronel.

—No nos quedaremos para siempre —dijo el coronel. —Sólo lo suficiente para arreglar el ferrocarril. Luego tendremos que seguir avanzando.

—¡Qué extraño! —reflexionó la condesa, comparando el mes durante el cual se quedaron los americanos con los cuatro años de la ocupación alemana. —Es muy extraño el contraste. Los alemanes siempre tomaron todo, tomaron nuestra libertad y nuestras casas y cuando partieron se llevaron hasta nuestros muebles. Estos americanos siempre dan. Estoy segura de que nadie les ha dicho que regalen cosas, y sin embargo nos han dado sus linternas de bolsillo y sus cuchillos y sus cigarrillos y sus mantas y hasta sus pantalones y sus botas. Arreglaron nuestro pequeño pabellón para que pudiéramos vivir otra vez en él. Si hubieran tenido más tiempo hubieran reparado el château.

En lo que se refiere al pabellón, la condesa ha dicho la verdad. Los muchachos lo reconstruyeron en sus momentos de ocio. Se apoderaron de algunos equipos alemanes abandonados, una caldera, estufas, bombitas eléctricas y pinturas, salvaron algunas puertas y una bañadera del castillo, remendaron el techo y quitaron las ruínas, colocaron ventanas nuevas y hasta instalaron en la cocina una pileta con agua corriente caliente y fría. Así que por lo menos los Pourtalès tienen ahora un lugar en donde vivir.

Pero a estos dos ancianos no les hubiera molestado tener que seguir acampando al aire libre o seguir viviendo en la casa de Madame Cousin del otro lado del camino. Están libertados. A veces se quedan parados a la vera del camino y observan a los tanques que pasan y saludan con la mano a los muchachos sonrientes que pasan en los tanques.

—Uds. los americanos —me dijo el otro día el conde,— hacen la guerra de la misma manera que sus películas. Todo se hace en forma colosal, y ningún esfuerzo les parece demasiado grande si con él consiguien el efecto que desean. — Los Pourtalès no se lamentan de su suerte y les desagradaría mucho que alguien se compadeciera de ellos. Les gusta citar a Ronsard, un poeta francés que vivió en el siglo dieciséis: "Los franceses son como los sauces, cuanto más se les corta, tanto más crecen". Y ellos se apresuran a agregar:

—Y olvidamos fácilmente lo que nos ha dolido.

La noche antes de levantar el campamento, los ingenieros realizaron una retirada formal y un desfile frente al Château Martinvast. El Coronel Hulen se colocó entre el conde y la condesa, frente a sus compañías mientras éstas formaban fila sobre el césped perforado por los cráteres. Entonces el regimiento pasó marchando delante del pequeño grupo formado por los oficiales americanos y los civiles franceses, y los dos huéspedes inclinaron sus cabezas cuando la bandera de los Estados Unidos pasó frente a ellos, iluminada por los rayos del sol poniente de la Normandía. La banda del regimiento entonó la Marsellesa, y ninguno de nosotros se preocupó por el futuro de Francia y por la formación de un nuevo siglo europeo mientras contemplamos a estos dos ancianos y vimos las copiosas lágrimas que resbalaron por sus mejillas llenas de arrugas.

Ruinas sobre Francia. Pero esta vez benditas ruinas, porque eran causadas por la violenta presión para expulsar al enemigo y restaurar la libertad y el derecho. Ruinas, sí, pero de cuyos escombros surge fiero el espíritu galo dispuesto a ocupar de nuevo entre los pueblos el sitial de privilegio en que lo situara para siempre su genio inmortal.

E impávidas ante la física desolación circundante, de entre las ruinas en ocasiones hasta de sus propios hogares, las mujeres francesas, alentadoras de los maquis heroicos, testimonian la alegría de sus corazones a los soldados aliados que combaten empujando hacia su guarida a la fiera ya herida de muerte; a los hermanos que traen la libertad.

Las carretillas corrían cada vez más ligero, mientras el guardia aumentaba el ritmo de trabajo. Los prisioneros que caían eran ferozmente castigados

Oswiecim: Campo de Muerte

Nadie ha regresado jamás de esta prisión nazi

¡TODOS a los camiones! — vociferó el oficial nazi. Jan Jaworski y yo estábamos parados conversando en la calle Solec cuando se acercaron dos camiones alemanes y detuvieron su marcha. Nos dimos cuenta que iba a suceder algo, aunque en principio no hubo ningún motivo especial de alarma. El conductor de uno d elos camiones descendió del coche y conmenzó a revisar a el motor. Nosotros lo observábamos. De pronto nos dimos cuenta que unos hombres uniformados de la Gestapo estaban reuniendo a todos los hombres que se hallaban en la calle. Comenzamos a correr. Pero los camiones bloqueaban la calle. Corrimos en la otra dirección. Pero también allí había hombres de la Gestapo y camiones. En la esquina ya habían aprontado una ametralladora. Los cazadores nos habían atrapdo. Esto fué lo que sucedió aquella mañana de Agosto de 1940. Había sucedido lo que habíamos estado temiendo desde que los alemanes habían ocupado Varsovia.

—Este es el fin, — murmuré para mí.

El pánico comenzó a apoderarse de nosotros. ¿Y nuestras familias?... ¿Se habrían apoderado también de ellas?...

—Vamos, cerdo! — vociferó el hombre de la Gestapo.

Fuimos empujados dentro de los camiones y transportados en dirección a Praga. Pronto comenzaron a circular rumores de todo calibre entre los que nos hallábamos en el camión.

—Es una revisación rutinaria — opinó Jan, siempre optimista.

—Nos llevan a trabajar por una temporada en los cuarteles de los suburbios, — aventuró otro.

—No, es para construir fortificaciones, — aventuró un tercero.

Ninguno de nosotros sabía por qué había sido atrapado en la calle, a dónde nos dirigíamos y, si lo hacíamos, cuándo volveríamos.

El camión se detuvo frente a un gran depósito en la calle Skaryszewska, en Powisle. Una vez adentro nos alineamos para ser examinados. El oficial de servicio revisó nuestros documentos de identidad. A Jan y a mí nos dijo:

—Quédense! — y nos señaló la fila situada a su derecha, donde más tarde se nos reunieron la mayoría de nuestros desgraciados compañeros. A algunos pocos les dijo:

—Quedan libres.

Estuvimos parados y esperando durante todo el día, mientras llegaban nuevas remesas de carga humana, hombres de toda Varsovia, de Wola, Mokotov, Zoliborz — miles de ellos, arreados como animales.

Durante toda la noche siguieron revisando documentos de identidad, mientras que nosotros, inquietos, movíamos nerviosamente nuestros pies sobre el piso del depósito.

VAGONES PARA GANADO

Finalmente ,después de otras horas de ansioso esperar y de hambre, fuimos cargados nuevamente en los camiones y transportados a un andén ferroviario, donde fuimos arreados dentro de unos vagones para ganados, que eran cerrados inmediatamente.

Alguien murmuró: —Oswiecin— y todos gimieron.

—El campo de la muerte, — dijo Wladyslaw Zajec, el aprendiz de impresor, — el campo de concentración de dónde nadie regresa.

—Yo conocí una mujer, — continuó otro hombre, — que recibió una postal de su marido desde Oswiecin y al otro día llegaron las cenizas del mismo dentro de una caja de hojalata.

—Pero no matan a todos en Oswiecin, verdad? — preguntó un muchacho de dieciocho años, con temblorosa voz.

Nadie contestó, nadie sabía nada.

El vagón de ganado se sacudió y comenzó a ponerse en movimiento. Cada metro que avanzaba repercutía en nuestros corazones. La mayoría de nosotros estábamos desesperados por avisar a nuestras familias. Un conocido mio, llamado Josef Karpowicz, notó que había un hombre que poseía una caja de herramientas.

—Oiga, carpintero, — dijo en voz baja — tiene algo con qué hacer una abertura?

El carpintero asintió.

—Bien — replicó Karpowicz — haremos una abertura en el costado del vagón y dejaremos caer una mensaje al costado de las vías. Rápido, dentro de pocos minutos nos acercaremos a las playas de maniobras. Deben haber algunos hombres trabajando en las vías.

Todos estuvimos de acuerdo con la idea y comenzamos a escribir notas. Mientras tanto, Karpowicz y el carpintero quitaron el mango de madera a un martillo, lo abrieron, y efectuaron un hueco, en el que apretaron las notas. Después ataron el mango y lo colocaron nuevamente en el martillo.

—Aún cuando el martillo sea encontrado por un polaco, se requiere mucho patriotismo para entregar los mensajes en toda la ciudad y en los suburbios de Praga y Powisle y otros.

—Le daremos una recompensa —sugirió Karpowicz.

De modo que reunimos treinta "zlotys" y atamos los billetes al martillo, conjuntamente con una nota, "al que lo encuentre", que redacté yo. El carpintero abrió entonces un agujero en la pared del vagón y dejó caer el martillo al exterior.

Después de este breve momento de excitación ya no sucedió más nada en toda la lenta jornada. La poca velocidad desarrollada por el vagón indicaba que había muchos otros vagones más, quizás unos cincuenta.

INTENTO DE FUGA

Llegó la noche, pero nosotros no sentíamos el frío a causa del enrarecido aire del vagón y de ha-

Los agentes de la Gestapo arrearon a los civiles polacos en camiones del ejército, los condujeron a un andén ferroviario y los trasladaron a unos vagones de ganado, que se cerraron inmediatamente

Cuando los prisioneros llegaron al campo, cambiaron de ropa, por trajes de prisión, y se vieron obligados a hacer torturantes ejercicios ideados para debilitar los cuerpos y destruir toda la moral

larnos apiñados, pegados unos con otros los sudorosos cuerpos.

A la mañana estábamos completamente agotados. En cada vagón se hallaban unos cien hombres, sentados o parados, respirando el pesado y hediondo aire.

Muchos de los hombres que se hallaban en nuestro vagón se desmayaron, entre ellos Franciszek Suski, que pertenecía al mismo sindicato que yo Jan y yo tratamos de revivirlo, pero nos fué imposible a causa del inmundo aire.

De pronto el tren detuvo su marcha. A través de una abertura vimos un campo rodeado de una hilera de arbustos. Entonces oímos cierto tumulto que provenía de la parte posterior del vagón y después tiros de pistola.

—¡Nos van a fusilar! —gritó uno. Yo también pensé lo mismo. Pero el tiroteo cesó y después de una hora o más el tren reanudó su marcha. Más tarde nos enteramos de lo que había sucedido. Algunos prisioneros habían forzado una puerta para poder tener aire. Al detenerse el tren, tres de los hombres saltaron del vagón y trataron de huír. Los guardias los vieron casi enseguida y los acribillaron a balazos. La demora en reanudar el viaje se debió a que los nazis trajeron a tres aldeanos del pueblo cercano para llenar la cuota de víctimas asignada al tren de ganado.

Cuando llegamos al campo de concentración, el Oficial de Recibimiento de Oswiecim ordenó:

—Ejecución gimnástica para los recién llegados.

Nos cambiamos de ropas en el campo de ejercicios y nos pusimos los trajes de prisioneros, se nos ordenó formar grandes grupos, formando un círculo cada uno de ellos y nos ordenaron correr vivamente y guardar la formación.

La primera vuelta fué bastante bien. Hizo entrar en calor mis desnudos pies —nos habían hecho quitar los zapatos. Pero en la segunda vuelta, la gruesa grava comenzó a hacer arder las plantas de mis pies. A la tercera vuelta parecía que estábamos corriendo sobre verde y blanda gramilla. Pero fué un adormecimiento que más tarde se convirtió en agudo dolor. Yo me preguntaba si nos permitirían correr fuera del sendero de grava, donde el terreno era más blando. Otros debían haber pensado lo mismo. Michal Dombek se desvió del círculo e inmediatamente un soldado le hizo una zancadilla y le lanzó un puntapié, haciéndolo caer a sus pies. Varios de los hombres, inclusive Jan, se desmayaron, pero no por mucho tiempo. Jan fué arrastrado hasta una bomba, donde le echaron agua hasta que volvió en sí y se dirigió a reanudar los ejercicios. Cuando una docena o más de nosotros perdieron el conocimiento, los guardias dieron fin a su pequeña "iniciación" a Oswiecim con un:

—¡Atención! ¡Marchen a las barracas!

Yo reuní el resto de mis fuerzas y, tambaleando, me dirigí agradecido a las barracas. Una vez adentro tratamos de hacer algo por nuestros pies. Pero no hallamos nada que sirviera como venda. Encontramos algunos trozos de papel, pero la sangre pasaba enseguida a través de ellos.

—Pierden el tiempo, —dijo un veterano del campamento, que hacía seis meses se hallaba allí, —en Oswiecim, las heridas no sanan nunca!

"EL TRABAJO LIBERA"

El lema oficial de Oswiecim, que aparecía con grandes letras sobre la entrada del campo, era: "Arbeit macht Frei" —El Trabajo Libera—. El símbolo de nuestra colonia era una gran chimenea pintada de color rojo vivo, la chimenea del crematorio, que llamaban "la fábrica".

El producto principal de Oswiecim era el humo que salía de la chimenea, ya que el campo existía al sólo propósito de eliminar vidas polacas. Cincuenta por día era un buen promedio de "producción". El carro de mano efectuaba varios viajes al día.

Oswiecim tenía un programa económico basado en el máximo "rendimiento" de trabajo. Para contribuir al mantenimiento del Ejército Alemán, nosotros debíamos trabajar en las granjas, en las minas de carbón, construir edificios, cargar y descargar vagones, etc.

El día comenzaba a las 4 de la mañana, antes que la campana que se hallaba junto a la puerta diera la señal de revista.

Teníamos que levantarnos bien temprano para evitar castigos por llegar tarde.

Mi primer día en Oswiecim fué típico. Mi grupo debía transportar tierra desde algunas distancia y elevar el nivel de un terreno bajo. Con carretillas formamos una línea continua de "producción", que se movía cada vez más rápidamente, a medida que el encargado aumentaba el ritmo de trabajo. En la bajada todo iba bien, pero, en la subida, el empujar la carretilla cargada exigía el máximo de esfuerzo de los hombres. Después de los primeros viajes, aumentando cada vez más el ritmo de marcha, la subida parecía la ladera de una montaña, y la carretilla un camión de cinco toneladas.

—¡Más rápido!... ¡más rápido! —gritaba el encargado, recorriendo la línea y empleando a menudo su rebenque.

—Coraje, —murmuró Jan detrás mío, mientras él mismo rezaba por más fuerzas.

Después de ser obligados a correr descalzos, los prisioneros tuvieron que agacharse y mantenerse inmóviles durante un tiempo interminable. El perder el equilibrio era castigado con fuertes golpes.

Las fugas eran anunciadas por la sirena. Los hombres abandonaban todo lo que tenían entre manos para acudir a la revista. Si el prófugo no era capturado en breve plazo, se fusilaba a diez rehenes.

El peso muerto de la carretilla se balanceaba de un lado para otro. Mis dedos adormecidos no lo podían controlar. Se hubiera volcado, y yo con ella, si no hubiera visto lo que les sucedía a los que caían extenuados. Los golpes que recibían ellos me estimulaban para reunir hasta la última onza de mis fuerzas. Hora tras hora, cada vez más rápido. Mi corazón golpeaba en todo mi cuerpo.

Muchas carretillas se volcaron. Muchos de mis compañeros cayeron rendidos. Aunque esto disminuía la mano de obra, que me hallaba en Oswiecim.

Hacía pocos días que me hallaba en Oswiecim cuando presencié el paso de una terrible comitiva. Al contrario del resto de nosotros, que marchábamos a nuestra ocupaciones con precisión militar, estos prisioneros, unos 150 hombres, mantenían solamente una vaga formación. Caminaban tambaleándose como borrachos, moviendo las cabezas de uno a otro lado, con los ojos semicerrados.

—¿Quiénes son estos hombres? —pregunté al que se hallaba a mi lado, un ex maestro de escuela llamado Stefan Wilczynski, —¿están dopados, o que? El maestro les dió un vistazo y se volvió.

—El Batallón Fantasma, —contestó.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté.

LA CLASE EGRESADA

Pero Wilczynski sacudió la cabeza y no dijo nada. Más tarde me enteré de la historia de aquellos desgraciados. Formaban la llamad a"clase egresada" de Oswiecim. Habían pasado por todos los trabajos pesados y habían sobrevivido a las diferentes torturas. Ahora disfrutaban del honor de que se les asignaran "trabajos livianos", por ejemplo, cosechar papas. Naturalmente, el trabajo liviano requería menos alimentación, de modo que se les había puesto a media ración. Con esta dieta, rebajaban de a dos y tres kilos cada pocos días.

En su patría, estos hombres habrían estado internados en un hospital; pero Oswiecim les consumía hasta la última gota de su sangre. Todos los días, algunos de ellos hacían el recorrido hasta el edificio de la gran chimenea. Todos los días habían otros que los reemplazaban en el "Desfile de los Muertos Vivos".

¡Qué falta me hacía dormir esas primeras noches en Oswiecim! Pero era imposible dormir. Mi jergón de paja había sido aplastado mil veces por los fatigados cuerpos de sus ocupantes anteriores. Las frazadas que cubrían nuestros cuerpos ateridos eran delgadas como hojas de papel. Pero sobre las barracas se tendía un manto de oscuridad en el que se confundían y perdían su identidad el dolor y la ansiedad, la nostalgia y el miedo. El sueño nos hubiera dado unas pocas horas de descanso. Pero sólo los murmullos nos hacían descansar de nuestro trabajo y castigos.

Uno de los que hablaron susurrando, la primera noche de mi estadía en Oswiecim, fué Kasimierz Zembruzushi, un ex exilado de la Siberia, bajo el régimen zarista, quién efectuó un relato sobre una rebelión en la prisión, el proceso que siguió a ello, la defensa legal, el veredicto, etc. Pero el relato de Zembruzushi no tuvo éxito. De vez en cuando, alguno de los prisioneros reía o lo interrumpía con un

—¡Cállate!

Después de todo, el exilio en Siberia no se podía comparar con Oswiecim. Su relato era para niños.

Todos nos alegramos cuando el "Stubenfuehrer", el prisionero a cargo del dormitorio, le gritó:

—Silencio!

El silencio que siguió fué interrumpido por los lamentos que provenían de un camastro que se hallaba junto a una ventana, en el que estaba acostado un muchacho. Piotr, que así se llamaba el muchacho, había recibido veinticinco azotes. Los golpes habían cortado su piel en varios sitios(desgarrado sus músculos, en incrustado trozos de tela en las heridas. Afiebrado e inquieto se revolvía y pataleaba.

—Duerme, muchacho, duerme, —le dijo Jan.

—Ya durmió bastante hoy, durante la revista, —comentó alguien cruelmente.

Jan, que había presenciado la azotaina, me susurró la historia del muchacho. Había estado descargando bolsas de cemento de 80 kilos. Cuando terminó le pareció que iba a morir allí mismo. Se arrastró como pudo hasta llegar al campamento, pero cometió el error de dejarse caer junto a un cobertizo y quedarse dormido. En la revista de la noche se notó la ausencia de Piotr y fué azotado.

El pobre muchacho se quejó durante toda la noche, pero al otro día estaba en la fila.

Yo sentía cierto ruído peculiar.

—Ese es el hombre que llamamos el "Ingeniero, —me murmuró un vecino.

—Mueve sus brazos de arriba a abajo para poder desentumecer sus hombros. Fué castigado con dos horas en el poste por haber incurrido en el delito de fumar.

Más tarde me enteré en que consistía esta Inquisición tipo siglo XX. Jan me señaló las altas ventanas de las barracas de castigo. Apenas pude distinguir las líneas de los pilares que sostenían el techo. De estos pilares era que se suspendían a los hombres.

El instinto de conservación hacía que los compañeros consideraran al prisionero que se fugaba como una amenaza colectiva. Cuando escapaba alguno ellos mismos lo

LA "CAMARA DEL PURGATORIO"

—Te levantan los brazos sobre la cabeza, —decía Jan— y te encadenan las muñecas a unos ganchos

Los prisioneros de guerra rusos eran asfixiados en la "Cámara del Purgatorio" y trasportados luego al crematorio. En uno de tales viajes volcó el carro que llevaba los cadáveres y se ofreció un cuadro horripilante, digno de la imaginación dantesca, y fruto de la barbarie alemana.

CUSTODIAS

Un solo robo puede causarle la pérdida de sus ahorros de muchos años.

Nuestra
SECCION CUSTODIAS
le brindará una tranquilidad absoluta cuidando de sus títulos de renta y otros valores.

THE ROYAL BANK
OF CANADA

Cerrito esq. Solís - Montevideo

CASA MATRIZ, MONTREAL, CANADA

buscaban desesperadamente y si lo encontraban, lo golpeaban hasta que moría. La lucha por la vida daba lugar a tan trágicos hechos en que el hombre se volvía fiera.

empotrados en los postes. Tus pies no llegan al suelo, de manera que tus brazos se tienden y estiran bajo el peso de tu cuerpo hasta que parecen que van a ser arrancados de su sitio.

Los "crímenes" que tenían por consecuencia el castigo en los postes podían ser cualquier falta pequeña como fumar durante el trabajo, sustraerse al trabajo durante una tormenta, robar pan, hablar fuera de turno al pasar revista, etc.

El secreto más celosamente guardado en Oswiecim era el de la "Cámara del Purgatorio". Se hablaba mucho sobre lo que sucedía dentro de la Cámara del Purgatorio, ya que significaba para todos nuestra "última parada" en Oswiecim.

Un día de Octubre, todo el grupo que se hallaba en el "Purgatorio", unos 300 hombres, fué trasladado en masa al hospital. No pudimos comprender el motivo.

Durante la noche oímos ruido sobre el piso de grava y pasos que se perdían en los sótanos. Pusimos atención. De pronto se oyeron unos gritos horribles. Eran gritos de terror. Se elevaron y desvanecieron varias veces. Después siguió un terrible silencio.

Durante tres días no hubo ninguna otra actividad en torno a la "Cámara del Purgatorio". Más tarde oímos nuevamente el ruido producido por la grava aplastada. Traían unos carros para acarrear las ropas de los prisioneros que habían sido trasladados al hospital. Llevaron esa ropa los depósitos del campamento, para ser reparada y reacondicionada. Finalmente trasladaron los cadáveres al crematorio.

LA CAZA DEL HOMBRE

Un trágico incidente demuestra hasta que punto degenaraba nuestra mentalidad y carácter el "proceso Oswiecim". Una cuadrilla de veinte hombres estaba trabajando en la demolición de un edificio, cerca de la calle principal. El guardia estaba encantado con los hombres, porque eran bastante novicios aún y no habían adquirido las mañas para engañarlo. Sólo uno de ellos se comportaba como un veterano. Aparecía en diferentes lugares, llevando siempre el mismo trozo de escombro. El receloso guardia lo vigilaba atentamente, pero no hacía ningún movimiento. El prisionero cobró aún más atrevimiento, depositó su carga en el suelo y desapareció de vista. Pero el guardia lo vió esconderse bajo un montón de desperdicios. Dándole tiempo para que desapareciera por completo de la vista, lanzó la voz de alarma:

—¡Wojcik ha fugado! ¡Búsquenlo, rápido!

La cuadrilla comenzó a buscar frenéticamente entre los escombros. El nazi, haciendo las veces de rastreador de la caza, los llevaba por aquí, por allá, manteniéndolos en suspenso el mayor tiempo posible.

Finalmente, uno de los hombres de la cuadrilla descubrió al hombre escondido y le golpeó con una barra de hierro.

—¡No me peguen! —clamaba el cautivo —no volveré a escapar!

Pero su pedido de misericordia no fué escuchado. Uno tras otros, los demás prisioneros hacían llover un sinnúmero de golpes sobre él, tratando cada cual de vengarse personalmente. El guardia se regocijaba con el espectáculo, hasta que se dió cuenta de cómo iba a terminar aquello.

—¡Alto! —gritó, pero ya era demasiado tarde. Un fin a sus padecimientos. ¡Había sido "liberado" por sus propios hermanos de sufrimientos!

Después de todo el horror y la miseria padecidos, la imaginación quebrantó a mi buen amigo, al optimista Jan Jaworski. Fué a causa de una corta frase que aparecía en una carta que había recibido de su esposa: "Estoy tan agradecida de que tienes tus propios medios de fuga".

Jan estaba seguro que iba a ser llamado ante la Gestapo, para "explicar ese pasaje de la carta de su esposa y revelar su plan secreto para escapar de Oswiecim. Presentía que sería imposible probar la inocencia de aquella frase ante los cínicos nazis.

—Pero Jan, —argumenté yo— todavía no te han interrogado. ¿Por qué pensar en dificultades antes de que se presenten realmente?

Yo sabía que Jan estaba desalentado, pero nunca pensé que estuviera tan desesperado, hasta el día en que estábamos en el campo, en la parte sur del mismo.

Habíamos trabajado hasta llegar junto a alambre del que pendía un letrero con la palabra "¡Alto!". Más allá de ese alambre estaba la tierra de nadie, una franja de 80 metros de ancho, que se extendía hasta llegar al alambrado electrificado.

Sin decir una palabra, Jan comenzó a caminar hacia el alambrado. Yo lo llamé, pero no se volvió. Los guardias que se hallaban con nosotros gritaron: —¡Alto!—¡Alto!— y abrieron el fuego. Jan atravesó el primer alambre y comenzó a correr en dirección a la torre del vigía.

Las ametralladoras comenzaron a disparar, pero él siguió corriendo, chorreando sangre. Cuando alcanzó la alambrada se lanzó a ella de cabeza. Después se encogió.

Cuando separaron su cuerpo del alambrado, había en su rostro una sonrisa de profundo alivio.

El "poste" era una expresión refinada de la crueldad nazi. Las infracciones pequeñas eran castigadas suspendiendo al culpable por las manos a los pilares del techo, dejándolo así durante dos horas.

Incapaz de continuar sufriendo el horror y las privaciones de Oswiecim, uno de los prisioneros penetró en la "tierra de nadie" y fué acribillado a balazos por los guardias al llegar al alambrado.

COMO EVITAREMOS UNA 3a. GUERRA UNIVERSAL

UNA OPINION SERIA ENTRE 4 SONRISAS

Mientras todas las conferencias sobre la reorganización del mundo futuro están ajustando sus vastos programas para el debate del cual ha de surgir la paz duradera, un sector sonriente de la humanidad, que parece alejado de las graves preocupaciones políticas y económicas, opina en forma inteligente y resuelta, sobre la necesidad y la manera de prevenirnos contra una tercera guerra mundial, que Goebbels anuncia como una terrible y reconfortante esperanza para Alemania derrotada.

JACKIE COPELAND

Jackie Copeland, de 22 años, modelo de Conover, dice así: Temo, a pesar de todo que ésta no sea la última guerra. Acaso íntimamente todos pensamos del mismo modo. Cuando estallaría? No dentro de veinte años, pero, sí dentro de cincuenta años, el doble del tiempo en que tardó en aparecer ésta. Por qué sobrevendrá la nueva conflagración? Tendrá por causa los inventos modernos y las grandes inversiones relacionadas con industrias de guerra. Les advierto que mucho de ésto lo declaro inspirada en mis propios sentimientos y en lo que pude escuchar a mis compañeros.

La gente afirma que las mujeres inician las guerras, pero yo creo que esta deducción pertence exclusivamente a la fantasía. La ambición de dinero y el poder del hombre es el origen más claro de las conflagraciones históricas. Puede ser que esos pecados del hombre se relacionen con la mujer, pero la culpa no es nuestra. Yo creo que mis hijos verán la próxima tragedia, pero trataré de tenerlos cuanto antes para que puedan vivir en paz, una gran parte de su existencia. Dicen que hay grandes cerebros ocupados en hallar un medio de terminar con ésto. Yo confío... No habrá tocado la encantadora Jackie el fondo de toda la oscura filosofía del mundo? Demos paso a la otra....

ANNE KELLEHER

Anne Kelleher, de 19 años, modelo de Grace Downes en Hollywood, se expresa en esta forma: Yo creo que podremos evitar una tercera guerra mundial, que sería más trágica que la actual, si logramos ordenar una paz justa. Todas las naciones deberán estar representadas en el seno de la asamblea organizadora del mundo nuevo. Alemania y Japón también. A este respecto no debemos tener hoy los prejuicios que nos limitaron en la última guerra y el acuerdo de Versalles. En consecuencia deberemos restaurar todos los países, aún los más pequeños. Los ricos deben ayudar a los débiles.

No creemos que los poderosos han de comenzar por devorarse a los pobres y tan pronto como algunas naciones empezaran a prevalerse de su fuerza han de ser castigadas ejemplarmente, no por una Liga de las Naciones sino por el resto del mundo entero. No debemos atraernos el odio de los alemanes y de los japoneses. . Sólo hemos de debilitarnos lo suficiente como para que no reincidan en sus agresiones bélicas. Ellos deben alcanzar la convicción de que no les iría y muy bien si nos atacaran de nuevo. Me guío por mi propio corazón. Hace ya más de una semana que no leo un diario.

Indiscutiblemente, la fórmula de Anne es más peligrosamente humana que la su colega Jackie. Es realmente femenina: amor y perdón!

Dorothy Rice, de 19 años, modelo de Conover, tiene esta opinión: Debemos evitar una tercera guerra, porque sino ya no será posible vivir en este mundo. Debemos tener una Liga de las Naciones pero con cierto criterio militarista, para el caso de que algunas naciones se desvíen del cauce de la paz. Lo más difícil será tratar con la nueva generación de japoneses y alemanes. Antes de la guerra conocí a dos germanos en la Universidad y cuando discutíamos se creían superiores a nosotros. Estos alemanes no son atrayentes. En realidad, no son hombres. Se parecen, pero no son . . .

Las mujeres sabemos qué es lo que debe ser un hombre. Y los alemanes tienen del hombre lo que puede tener una estatua. Creo que las conferencias mantenidas por las naciones aliadas son eficaces. Después de todo, no se puede tener una paz mundial por medio de la telepatía. Sin embargo no sé si debiéramos ocupar Alemania. Claro es que yo ansío el regreso de todos nuestros muchachos, pero esta no es una razón para no ocupar el Reich. Y todo lo que acabo de confesar es sólo por mi espíritu de solidaridad con el mundo, porque mi vida íntima no se mezcla con la política.

Dorothy parece, sin embargo, más política que sus dos amigas anteriores, puesto que opina sobre una Liga militarista y el destino alemán.

Darby Moore, de 20 años, corista de la "Escuela de Novias", pone toda su gracia nupcial en este trance de la historia humana, diciendo: Dicen que la guerra es siempre inevitable. pero ya es tiempo de que no sea así y evitemos la próxima. O por lo menos, busquemos prolongar la paz venidera. Un agrupamiento internacional de naciones acaso tuviera éxito y un ejército que apoyara nuestras teorías sobre los derechos del pueblo colaboraría eficazmente con aquella institución. Si podemos inculcar esta convicción en las masas humanas, lograremos nuestro fin.

Franklin Roosevelt se ha desempeñado honorablemente y si hay un hombre que puede dirigir nuestro futuro es él, indudablemente. Hemos de pensar, claro está, un poco menos en el dólar todopoderoso y un poco más en las Cuatro Libertades. Y esta teoría sería una solución admirable! En lo que concierne a Alemania y a Japón sus pueblos no pueden ser exterminados y por lo tanto deben figurar en la nueva organización del mundo. Vigilados, por supuesto. . . Se podría creer que se nos interroga para que digamos algo gracioso y sin embargo, contestamos en serio.

Darby ya pone la salvación del mundo en una idea evangélica: el desinterés por el oro y el amor a las libertades humanas.

La propaganda religiosa era aprovechada por los misioneros y diplomáticos teutones para evitar que los polacos ayudaran a sus hermanos no convertidos

Hace diez siglos sobre el Oder

La lealtad de Boleslao, príncipe de la dinastía polaca de Plast, inclinó a favor de los eslavos una batalla que los teutones estaban ganando

Cuando, sobre las márgenes del Oder se desenvuelven batallas que han de ser decisivas para la derrota final de los alemanes, y los rusos encuentran en sus aliados polacos de 1945 la reciedumbre y el heroismo tradicionales de ese pueblo, para cumplir mejor la epopeya, esta evocación de un hecho remoto tiene una profunda sugestión.

ESTO ocurrió entre los años 940 y 950, hace exactamente diez siglos. Sobre la margen occidental del río Oder extendíase el dominio del Duque Miecislao, el bisnieto de Piast, fundador de la dinastía polaca.

En la margen opuesta de dicho río hasta Berlín, Hamburgo y Dresden vivían numerosas tribus eslavas de la misma estirpe y lengua: los Vilsos, Lúticos, Obotrides, Polabianos, etc. Su jefe, Niemira, conducía la guerra sin cuartel contra los teutones que invadían las tierras desde el Oeste y se habían apoderado ya de Brandemburgia.

La discordia reinante entre los jefes de las tribus eslavas, acicateada por los agentes teutones, facilitaba las conquistas y el progreso de los invasores hacia el Este, desde las épocas más remotas.

En vísperas de un asalto final contra los últimos reductos eslavos, en la margen occidental del río Oder, los emisarios del Imperio teuto-romano firmaron un pacto de no-agresión con el duque polaco Miecislao, que poco antes se había convertido al cristianismo. La insidiosa maniobra de los alemanes logró éxito. Para probar que era un "buen cristiano" el neófito Miecislao abandonó a sus hermanos del otro lado del Oder, con el motivo de que eran todavía paganos.

Acercábase el desenlace trágico de la suerte de los eslavos en la batalla decisiva que se desarrollaba en la margen occidental del Oder.

Reuniendo sus tropas mal equipadas y sin preparación bélica Niemira trató de oponer resistencia al golpe de los teutones. Al mismo tiempo, del otro lado del río, el duque Miecislao, al mando de sus tropas, aguardaba el desenlace.

A su lado se hallaban los curas alemanes y los checos, que desempeñaban en la corte de Miecislao el papel de misioneros y diplomáticos. Su objetivo principal era cuidar que se cumpliera el acuerdo con los alemanes, e impedir que los polacos prestaran ayuda a sus hermanos del otro lado. Las huestes de Miecislao permanecían pues impasibles ante la inminente derrota de los Vilcos, Polabianos y Obotrides.

En el séquito del duque polaco estaba su hijo, Boles'ao, heredero del trono, un muchacho de 16 años que ya llamaban "el niño guerrero". Sus vivos ojos brillaban de impaciencia. En el corazón de este joven guerrero eslavo ardía el sentimiento de venganza contra los opresores seculares de su pueblo y de su raza.

Sentía vergüenza por no poder tomar parte en la lucha y no comprendía las razones políticas que habían empujado a su padre a un tratado tan ominoso. Montaba nerviosamente su corcel, pues ese día su padre le había encargado el mando de una parte de tropas escogidas compuestas por los jóvenes guerreros, hijos de voelvodas e hidalgos, la flor y nata de los ejércitos polacos de aquel tiempo.

Fué en esos momentos que apareció en el campo de Miecislao el desdichado jefe de los eslavos, Niemira. Su rostro chorreaba sangre y en sus ojos estaba ardiendo el fulgor de la batalla. Niemira se echó de rodillas ante el duque polaco.

—Kneyu (príncipe) —gritó desesperadamente— salva a nuestra patria común! En tus manos está la suerte de nuestra raza. Ordena atacar el flanco de los teutones, o estaremos perdidos. Pero piensa que si hoy perecemos nosotros, mañana será vuestro turno!

El duque Miecislao le miraba indeciso. Entonces acudieron apresuradamente los consejeros alemanes, y los curas. Y le dicen:

—Príncipe, cuida mucho lo que haces!... No puedes traicionar tus compromisos, pues serás declarado traidor y apóstata. El Santo Padre te negará su bendición y la corona prometida!

Niemira insiste:

—Por todos los dioses de tus antepasados te suplico que salves a tus hermanos, Miecislao!

Miecislao, contestó gravemente:

—Soy cristiano...

Sin decir palabra Niemira regresó al galope hacia el campo de lucha. No imaginaba, ante la negativa de Miecislao, que el joven Boleslao estaba por tomar la decisión más grave de su vida. Tenía los ojos llenos de lágrimas, mientras miraba como la batalla parecía tocar a su fin.

Los teutones aniquilaban a los esla-

El rey Boleslao, rompiendo consignas paternas, lanzó sus fuerzas al combate sobre el río Oder.

"Szcerbiek". La espada de las coronaciones de los reyes polacos, y que usó el rey Boleslao.

vos. Todo era un clamor de angustia. Boleslao, entonces, empinó su caballo y dió orden a sus guerreros de atacar a los alemanes.

Todos obedecieron con entusiasmo. En alud estrepitoso se lanzaron contra el flanco de los teutones, casi victoriosos. El niño guerrero por primera vez, y enardecido, conducía sus huestes contra los enemigos de su raza, y corría al frente, espada en mano.

Atacados furiosamente, y de sorpresa, los alemanes se dieron a la fuga. Así triunfaron, en la hora culminante, las armas vengadoras.

Entre tanto, en el cuartel de Miecislao los más alarmantes rumores se propalaban. Boleslao había desobedecido a su padre, y según la ley, no podría escapar a la pena máxima. El duque se mostraba furioso.

Y los consejeros alemanes y los curas le exigían la pena de muerte para el hijo rebelde.

El tratado de no-agresión había sido roto y las consecuencias debían ser terribles para el porvenir de Miecislao. Pero, en contra de los alemanes implacables, los ancianos del consejo y los voivodas trataban de persuadir al duque en favor de su hijo predilecto.

Poco después regresaban los eslavos victoriosos con Boleslao y Niemira al frente. El hijo, cubierto de polvo y sangre, se arrodilla ante el padre y le dice, con voz firme, pero en la que se nota el agotamiento:

—Padre, no pude resistir... Perdóname o castígame de acuerdo con tu real voluntad. Soy eslavo y no pude mirar indiferente la desgracia de nuestros hermanos!...

Hubo un momento de angustiosa expectativa. Pero, al fin, Miecislao se inclinó hacia el hijo arrodillado a sus pies, lo levantó y lo estrechó contra su pecho.

—Sangre mía!—dijo mientras las lágrimas le llenaban los ojos.

Luego abrazó a Niemira.

—Hermano mío!—exclamó.

El joven Boleslao fué con el tiempo rey de Polonia, Boleslao el Grande, que durante un largo y feliz reinado consiguió reunir bajo su mando todos los pueblos eslavos, desde el Báltico hasta el Mar Negro. En el año 1000 fué coronado por el Emperador Otto III, quien lo visitó personalmente en la primera capital polaca: Gniezno.

Y la historia parece repetirse sobre las orillas del Oder, donde nuevamente los eslavos y los polacos reafirman una fraternidad que se asienta en la historia de los viejos tiempos, para derrotar a los bárbaros sucesores de los teutones de aquella época.

LADISLAO WOJCIK.

En el Castillo de Brieg, en Silesia, se ven, como reliquias arquitectónicas y escultóricas muy valiosas, estas figuras de los primeros reyes de Polonia, que realizaron una larga epopeya nacional.

En este mausoleo que se encuentra en Varsovia —suponiendo que lo hayan destruido los nazis— se ven las estatuas de los dos primeros reyes polacos, Miecislao (año 992) y Boleslao, el Valiente (año 1025)

REFRIGERACION SALVA-VIDA

para clínicas y hospitales

HOY DÍA, clínicas en las regiones más apartadas, como hospitales modernos en la ciudad, tienen la mejor e infalible refrigeración Servel. Puesto que los refrigeradores Servel también funcionan a *Gas Comprimido* o a *Kerosene*. Ellos dan el frío constante que protege los sueros preventores de enfermedad y plasmas salva-vida, que combaten los estragos de los microbios.

Los Refrigeradores Servel a *Gas Comprimido* o a *Kerosene* son iguales a los famosos Refrigeradores Servel que hoy funcionan en 2,000,000 hogares y hospitales en las Americas. Dan la misma refrigeración infalible, porque no tienen maquinaria ni ninguna pieza móvil en su sistema frigorífico. De modo que no hay desgaste, composturas ni ruido.

Después de la guerra, las mejoras en la distribución de combustibles llevará los refrigeradores Servel a *Gas Comprimido* o a *Kerosene* a más hospitales y hogares que nunca.

Servel, Inc.

FABRICANTES DEL REFRIGERADOR SERVEL · QUE DURA MÁS · PERMANECE ECONÓMICO

Unicos distribuidores

MANUEL GUELFI Y Cía.

Av. AGRACIADA 1777 - MONTEVIDEO

La Falange desplegó una intensa acción en Panamá, aprovechando el descontento originado por el status casi colonial que parece esa republica

La sombra del yugo y de las flechas sobre América

Organización del fascismo español para el exterior

EN este punto, como en tantos otros, la máquina de acción falangista está copiada de de la organización similar alemana. No en vano dos agentes de Hitler han sido los favor de Franco fué más aparatosa, el influjo verdaderamente positivo y estimado por los totalitarios españoles ha sido siempre el nazi. La Falange es el sistema más cercano al alemán por su estructura, por la práctica de las ejecuciones en masa, desconocidas del fascismo italiano, y en general —pese al rótulo cristiano— por su espíritu más íntimo.

No en vano dos agentes de Hitler han sido los principales gestores de la rebelión franquista: el general Wilhelm von Faupel, bien conocido en Sur América y von Stohrer, luego embajador de Hitler cerca del caudillo. Este von Stohrer era un especialista en misiones confidenciales y había trabajado a las órdenes del príncipe de Ratibor, pontífice máximo del espionaje alemán en España durante la 1.ª guerra mundial. Ratibor emparentó con la aristocracia española al casar a su hija, la princesita de Tur y Tarsis, con un hijo del conde de Moral de Calatrava, von Stohrer fué padrino en esta boda hispano-germánica, como lo sería luego en las "bodas de sangre" de 1936.

El plan para el exterior de la Falange se contiene en el punto 3 de su programa que dice:

"Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos la plenitud histórica de España en el Imperio.

"Respecto de los países de Hispano-América tendemos a la unificación de la cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales". (El subrayado es nuestro.

POR ALVARO FERNANDEZ SUAREZ
(Juan de Lara)

Lectores de MUNDIAL a quienes impresionó nuestra exposición panorámica inserta en el número pasado de las relaciones entre el Reino Unido y la España totalitaria, nos ruegan que tratemos algún aspecto americano del mismo tema.

Podemos hacerlo, en rigor, sin vulnerar el principio que manda al periodista cuidar, sobre todo, de la actualidad, pues la Conferencia de cancilleres reunida en Chapultepec acaba de pronunciarse sobre la cuestión española: lamentablemente lo hizo en el sentido de "no ha lugar a discutir".

Esta resolución prueba que los estadistas americanos no han comprendido el peligro falangista. Así, un presidente sudamericano —demócrata intachable, por otra parte—, declaró en una entrevista privada que "la cuestión española es europea y no americana". Nos proponemos demostrar lo inexacto de este juicio.

Está más en lo cierto el Gobierno de Guatemala cuando dice en la exposición de Motivos del Decreto de 23 de Enero de 1945, a virtud del cual rompe las relaciones diplomáticas con el fascismo hispano:

"Que la Falange Española constituye un foco revolucionario, cuyas maniobras representan un riesgo para la seguridad continental y perturban la tranquilidad y la paz de la República".

¡En qué forma es esto verdad! Por muy avisados que sean quienes escribieron esas certeras palabras, nunca podrán exagerar el peligro. Y eso que Guatemala tiene vieja experiencia falangista, pues ha sido uno de los focos óptimos del movimiento en América, y el hasta ayer ministro de Franco, coronel Sanz de Agüero, es un conspicuo agente del Servicio de Información Militar.

Aquí expondremos sólo algunas de las actividades del régimen fascista español en América: el espacio no permite ni aun desflorar una centésima parte de la información disponible.

Empero, el mal no está en los hechos pasados, justamente por ser pasados. Lo que en verdad nos parece temible para la libertad y la paz de este Hemisferio es un futuro en que perdurará la España fascista. Con meticulosa ponderación de cada palabra afirmamos lo siguiente: si el fascismo español sobreviviera en la post-guerra, América sería arrastrada a regímenes totalitarios y padecería el necesario colofón de la guerra.

¿Cómo se proponía —y se propone— la Falange realizar su idea de "unificación de poder" en el Imperio hispánico? Los procedimientos los veremos más adelante. En cuanto a los órganos de acción son los siguientes: la Falange Exterior, las representaciones diplomáticas, el Servicio de Información dependiente del Ministerio de Guerra, el Consejo de la Hispanidad y la Dirección General de América.

La Falange Exterior auna y dirige a los Partidos falangistas de los diferentes países. El primer jefe de la Delegación de la Falange Exterior fué José del Castaño, luego cónsul en Manila y organizador de la quintacolumna en el Archipiélago que tan eficazmente trabajó en favor de los japoneses.

El Consejo de la Hispanidad es un órgano de gran aparato, dedicado a la penetración cultural, con representantes de las Repúblicas de este Hemisferio. Por Decreto del 14 de Noviembre de 1944 fué creada la Dirección de América, organismo administrativo y ejecutivo.

Un general alemán a la cabeza del negocio

La dirección alemana ha sido omnímoda en los órganos de la Falange Exterior, según aseguran algunos. Como es nuestro propósito atenernos a datos seguros decimos solamente que esa influencia directora fué decisiva. El hombre alemán de la Falange Exterior es el general von Faupel. Aun en mayo de 1943, después del desembarco anglo-americano en Africa del Norte, cuando Franco empezaba a disimular su fervor nazi, von Faupel fué objeto de un solemne homenaje por parte del Estado falangista.

En efecto, el general Moscardó, capitán general de Cataluña, reputado como el héroe máximo del régimen por su defensa del Alcázar y uno de los

más crueles jefes franquistas —seis ejecuciones diarias de antifascistas en el Campo de la Bota de Barcelona— impuso al general von Faupel la Cruz del Yugo y de las Flechas, alta condecoración falangista. Es de notar que el general Moscardó ostenta la presidencia de la Sociedad Hispano-Germana.

No es extraño que la Falange marchase bajo la dirección alemana en sus trabajos exteriores. Todo el plan de reconquista del Imperio hispano estaba deliberadamente basado en el poderío militar tudesco. Alemania prestaría en la empresa la fuerza material, como reconocen abiertamente teóricos del falangismo tan calificados como Pemartín.

La actividad del Estado falangista, a través de sus órganos para el exterior se desarrolló en los siguientes campos: propaganda y organización en una primera etapa (durante la guerra española), simultáneamente creación de milicias y grupos de pistoleros, luego, en pleno conflicto mundial, inicia el espionaje a favor del Eje, el contrabando, la acción terrorista y, finalmente, la subversión en algunos Estados hispano-americanos.

Los distinguidos huéspedes del Hotel Lincoln

Todo lo que va a seguir está sacado de documentos oficiales. Disponemos de una copiosa información de otros orígenes. La desechamos. Preferimos atenernos sólo a una parte de los hechos públicos, comprobados por autoridades y de tal naturaleza que nadie puede negarlos. Insistimos sobre este punto. Nada hay en este artículo que sea dudoso, hipotético ni mucho menos fantástico.

Si el lector ha seguido atentamente los acontecimientos americanos de estos años recordará que Cuba estuvo a punto de romper las relaciones con el gobierno de Franco en varias ocasiones. Veamos alguno de los motivos de la ruptura.

El 8 de noviembre de 1942 en la Fortaleza del Morro en la Habana se desarrollaba una siniestra escena: un hombre joven, de buen aspecto, con el pecho hundido y la cabeza descubierta, se esforzaba por recobrar su arrogancia delante de un pelotón de ejecución. Era un espía causante de muchas catástrofes marítimas. Se llamaba Heinz Augusto Luning. ¿Qué tenía que ver este espía con la Falange? Tal la historia.

Poco más de un año antes de este suceso, el 30 de setiembre de 1941, atracaba al muelle de La Habana el "Ciudad de Madrid" buque español de la Compañía Transmediterránea (no de la Transatlántica como dijeron algunos informes). Desembarcaron dos pasajeros: el Dr. Hoguet Hornung, procedente de Suiza y el Sr. Enrique Luni, con pasaporte de la República de Honduras que declaró haberse embarcado en Barcelona.

Los pasajeros fueron llevados al Lincoln por un amigo español, llamado Ricardo Dotres que vivía en el hotel desde marzo de 1941. A Luni le dieron la habitación 408 y a Hornung la 410. Dotres era químico de cierto laboratorio suizo y había combatido al lado de Franco con el grado de capitán. Hombre alegre, gran conquistador de mujeres, conocido en todos los cabarets de La Habana. Dotres era un hombre simpático con muchas relaciones. Constantemente enviaba cables a Barcelona y a Lisboa para felicitar cumpleaños y otras solemnidades domésticas de sus numerosos conocimientos. En la Isla también había anudado excelentes amistades. Hacía excursiones, incluso acompañado por oficiales del Ejército Cubano, y solía sacar fotografías a sus compañeros de diversión sobre fondos de muelles, aeródromos, cuarteles, instalaciones petroleras y otros paisajes semejantes.

Cuando arribaba a puerto algún buque español, como en el caso del Ciudad de Madrid, Dotres acudía a recibir a determinados viajeros y los guiaba por la ciudad.

Dotres desapareció de La Habana en abril de 1942. Poco tiempo después se presentaron el Hotel Lincoln agentes de policía reclamándolo. Sólo pudieron hacerse cargo de un baúl del huésped que contenía libros de química.

Es notable que estos libros interesaran mucho a investigadores del Servicio norteamericano de contraespionaje.

En cuanto al Dr. Hornung también se esfumó. En cambio, Luni, su compañero de viaje, pagó por todos. Se le encontró un trasmisor de radio merced al cual se comunicaba con los submarinos nazis que merodeaban en el Caribe. En realidad se llamaba Heinz August Luning y era alemán, nacido en Hamburgo. Se reconstruyó su historia: había terminado su adiestramiento como espía en Madrid, a los efectos de conocer bien el castellano de las Antillas, detalles geográficos y otros, necesarios para una mejor adaptación al ambiente donde había de trabajar.

La prensa pro-falangista de la La Habana y personas influyentes hicieron lo posible para salvar a Luning. No consiguieron su objeto y este episodio terminó, como queda dicho, en el patio de la Fortaleza habanera.

Espionaje en el continente Sur

No está remoto otro episodio, epilogado también judicialmente, pero ahora en Buenos Aires.

El 11 de mayo de 1943 fué detenido, al descender del buque español "Cabo de Hornos" —de la Compañía Ibarra— un joven de 23 años, practicante de

El Presidente López de Colombia fué secuestrado por obra de un movimiento falangista

medicina y de nombre Rosendo Almezara Lombera.

Al ser revisado se le encontraron encima 30 tarjetitas de escrituras fotográficas sobre asuntos militares y claves. También llevaba varios rollos de película y dos sobres con dinero: uno conteniendo $ 16.200, y otro $ 5.600. El joven falangista, al ser requerido por un policía, ofreció dinero a su aprehensor para que lo soltara.

El detenido confesó que recibiera los efectos secuestrados en Vigo de un tal Severino Torsa quien le dió instrucciones para entrevistarse con un individuo en el Bar Chacabuco. Esta persona estaría fumando, tiraría al suelo el resto del cigarrillo y lo pisaría murmurando: "Madrid"; Lombera respondería: "Cibeles". De este modo se darían a conocer.

El juez federal Horacio Fox condenó a Lombera, el 10 de diciembre de 1943, a sufrir dos años de prisión por espionaje contra los Estados Unidos.

Citamos estos dos casos a título de ejemplo porque están bien probados y sobre ellos recayó condena de tribunales americanos. Pero informes privados insisten sobre otras formas de espionaje a cargo de tripulantes de buques franquistas. Se sabe que en este menester han sido empleados, sobre todo, los telegrafistas de los barcos. El más conocido es un tal Miguel Barceló Martínez, llamado corrientemente el "camarada Martínez" que estuvo en Nueva York en noviembre de 1941 a bordo del "Marqués de Comillas" de la Compañía Transatlántica.

Otra actividad franquista ha sido el contrabando. En la Argentina se descubrieron las instalaciones secretas —espejos que cubrían huecos y otros artificios— a bordo de un buque de la Compañía Sota y Aznar. Al ser interrogado sobre este tema el portavoz del Ministerio de Guerra Económica en los Comunes, Mr. Dingle Foot, declaró que se habían descubierto tentativas de llevar contrabando en buques españoles desde América del Sur con destino al Eje. Este material consistía especialmente en mercaderías de pequeño tamaño tales como diamantes industriales y platino para construir aparatos de precisión. También extracto de hígada que se usa en la fabricación de tónicos para las tropas de choque y los aviadores.

Organización de movimientos subversivos

Uno de los aspectos de la acción falangista en la política interna de los Estados, complicada con espionaje y quizá sabotage, se descubrió al ser detenido en La Habana un joven falangista (carnet número 244.921 de la Falange). Se trataba de José del Río Cumbreras. La policía lo detuvo porque se hallaba a la espera de un pistolero que se sabía, por una confidencia de republicanos españoles, haber embarcado con destino a Cuba. El joven falangista se negó a revelar nada a la policía. Salió de la cárcel gracias a la intervención del cónsul de Panamá que presentó un contrato de trabajo formalizado entre del Río y el cónsul, éste en nombre del gobierno de su país. Fué puesto en libertad y embarcado para Panamá. Pero ésto dió que hablar por cuanto se conocían las conexiones entre el presidente panameño Arnulfo Arias y el ministro falangista Conde de Bailén. En Panamá la Falange tenía por misión hacer propaganda en favor de Arias y, llegado el caso, actuar con sus pistolas. De ahí el "trabajo" encomendado al joven del Río y a otros "camaradas". Cuando cambió la situación política en Panamá por la caída de Arias, el conde de Bailén fué expulsado del país.

Uno de los actos falangistas de este orden más notorios por lo escandolosos, ocurrió en el Ecuador. No llevaba mucho tiempo en el poder Velasco Ibarra, el actual presidente, cuando el 28 de agosto de 1944 pasó Quito por momentos de angustia. Se había descubierto un grave complot revolucionario contra el gobierno. Cabeza del motín era un falangista español y millonario, Don Ramón González

¿Escena en Berlín? De ningún modo: la escena es en Sevilla y son tropas de Franco que desfilan ante Himmler. Los planes falangistas para América descansan sobre el concurso del nazismo

Artigas, dueño de importantes fábricas de tejidos. El Sr. Artigas y su hermano Oscar fueron detenidos.

El Ministro del Interior declaró en la Cámara que los hermanos Artigas, los banqueros Almeida Borja y algunos militares retirados habían tramado una conspiración para derribar al gobierno. Todos ellos eran falangistas.

Los conspiradores se proponían, incluso, asesinar al presidente.

La asamblea aprobó una ley privando a los hermanos Artigas de la ciudadanía ecuatoriana y confiscando los bienes de Ramón que ascendían a 180 millones de sucres. Luego fué puesto en libertad y expulsado del país.

La sublevación de Colombia

Colombia fué uno de los focos predilectos del falangismo, al igual que Panamá, Cuba y Puerto Rico. Circunstancias de ambiente favorecieron el desarrollo de la organización: en Cuba un legítimo sentimiento antiimperialista, en Puerto Rico reales deficiencias de la administración americana y el mismo status colonial de la Isla, en Colombia, la existencia de un fuerte partido conservador y el excesivo poder del clericalismo. Por otra parte, se da el caso de que todos estos países están en contacto o bordean el Canal de Panamá.

Un simpatizante falangista de la primera hora fué Laureano Gómez, jefe del Partido Conservador y propietario del diario "El Siglo" de Bogotá. En 1940 era jefe de la Falange en Colombia Luis Roldán quien fué trasladado a Panamá, por orden de Madrid, en agosto de 1941. Embarcó en el buque chileno "El Imperial" para La Habana donde estuvo unos días esperando un vapor español que lo llevara a su destino. La policía cubana detuvo a Roldán el 2 de enero de 1942 y, registrado su equipaje, se le encontraron importantes documentos. Entre ellos copia de un informe enviado a la Delegación de Falange Exterior cuyo párrafo más significativo es el siguiente:

"La atmósfera política está muy cargada ahora (habla de Colombia), **pues entre los propios conservadores ha habido discrepancias debido a que algunos, entre ellos Laureano Gómez, quieren actitudes violentas o revolucionarias... estos señores se han dirigido a nuestro victorioso caudillo pidiendo ayuda para realizar en este país una revolución similar a la nuestra y el caudillo les ha contestado que tendrán todo lo que deseen tan pronto como termine nuestra guerra..."**

Ahora bien: el elemento político que animó el movimiento subversivo de Colombia en Agosto de 1944, fué justamente el grupo pro-falangista de Laureano Gómez. El episodio más sonado de esta rebelión, el secuestro del presidente López, conmovió en su día a toda la opinión continental.

El falangismo de mañana

El punto óptimo de la Falange fué el año 1940. Luego se mantiene a nivel hasta Diciembre de 1941, fecha de la agresión japonesa contra Pearl Harbour. La casi totalidad de los países americanos rompe con el Eje. Las embajadas y legaciones falangistas se encargan de representar los intereses de Alemania, Italia y el Japón en las Repúblicas americanas, incluso los Estados Unidos, donde el melífluo Sr. Cárdenas es, por el momento, el representante de Hiroito sin dejar de serlo de Franco.

El estado de guerra, sin embargo, dañó a la Falange. Fué declarada ilegal en varios países y muchos de sus socios, los más ricos e influyentes, cambiaron aparentemente de campo. Acaudalados comerciantes e industriales, con intereses importantes, no les convenía exhibir sus sentimientos. Falangistas como José Ignacio Rivero, posteriormente fallecido, director del "Diario de la Marina" y condecorado por Hitler, se hacen aliadófilos... sin dejar de ser falangistas. Un caso semejante es el de Carlos Miró Quesada de "El Comercio" de Lima: por cierto, ambos recompensados en los Estados Unidos con el Premio de periodismo María M. Cabot. Digamos de paso que el Perú es un vigoroso foco falangista... En Puerto Rico, donde las autoridades americanas protegieron a los partidarios de Franco, los más conspícuos y mejor situados — es muy considerable la influencia de los ricos falangistas de Puerto Rico en el mundo oficial y de los negocios de la Isla — se hacen cuidadanos yanquis. Los agentes de la Transatlántica Española — y de la Falange — en Nueva York, señores Marcelino García y Manuel Díaz, un día complicados en el contrabando de guerra del vapor Isla de Tenerife (15 de diciembre de 1941), adoptan también el pabellón americano. (Por cierto que el Sr. García murió al caer un clipper en el estuario de Lisboa).

¿Deserciones definitivas? En modo alguno: efecto de la presión de la guerra sobre estos hombres de negocios. Sus sentimientos, no obstante, perduran. Cuando venga la paz, estos poderosos falangistas, repartidos por toda América, no tendrán ya nada que temer pues habrán desaparecido las circunstancias coactivas derivadas del conflicto. Podrán dar rienda suelta a su ideología fascista y ponerse a la tarea de "salvar a este Hemisferio del bolcheviquismo".

Insistimos sobre una idea reiteradamente expuesta por nosotros: América pasará por momentos azarosos en su política. Momentos en que todas las fuerzas de la reacción se confabularán para imponer gobiernos fascistas en los países de este continente.

Será el día de la cosecha grande para la Falange si para entonces no ha sido raída de su vivero nativo, de España.

Hispano-América en la Conferencia de la Paz

No sólo la reunión en curso de Chapultepec sino otra ocasión mejor tienen los países hispano-americanos para prevenir este peligro. Nos referimos a la futura Conferencia de la Paz donde obtendrán asiento por haber declarado la guerra al Eje.

La supervivencia del falangismo afecta, ante todo, a las Repúblicas hispánicas. Es un asunto que toca directamente a su seguridad política y nacional. Tienen, pues, perfecto derecho a plantear este asunto, si no valieran consideraciones de afinidad cultural y vínculos de ascendencia.

Quizá con cierta malicia no faltan quienes describen a los Estados americanos marchando en fila india, por el campo internacional, detrás de un gran pastor que toca la flauta. Evidentemente esto sería cierto si en los negocios internacionales que se plantearán en los meses venideros las Repúblicas hispano-americanas no hicieran valer sus puntos de vista privativos dentro de los compromisos especiales del Hemisferio, desde luego. Uno de esos puntos de vista privativos que no toleran la mudez es el caso del fascismo español con el cual no debieran existir a estas alturas relaciones diplomáticas.

Mr. Stettinius, aludió en su primer discurso de Chapultepec, a la propuesta uruguaya de seguridad contra los "conspiradores nazi-fascistas". ¿Bastarían esas medidas formales persistiendo el poderoso foco fascista de Madrid? Es contener una epidemia con un exorcismo. También habló Stettinius de los principios de Yalta en relación con la paz y el futuro sistema mundial.

Justamente, la España popular, real y efectivamente co-beligerante en favor de las Naciones Unidas — cuya contribución a la victoria puede medirse en decenas de miles de soldados, hoy en armas, además de los tres años de resistencia al fascismo — no estará representada en la futura Conferencia de la Paz. Sus abogados naturales son las naciones que hablan su lengua y se enorgullecen de haber heredado su nobleza y su valor.

CONOZCA PRIMERO EL URUGUAY

Recorra las páginas del álbum panorámico animado de este pedazo de suelo americano. ★

VIAJE EN LOS TRENES DE EXCURSION FONO ELECTRICA QUE PERIODICAMENTE ORGANIZA EL JEFE DE RELACIONES DEL

FERROCARRIL CENTRAL

★

SINTONICE A LAS 19 15 HS. LAS AUDICIONES QUE DIARIAMENTE SE OFRECEN POR CX-10 RADIO ARIEL, PARA CONOCER LAS PRÓXIMAS PROGRAMACIONES ●

EL SIGNO DE CRIMEA

En este apretón de manos de Churchill y Stalin y en la sonrisa de Roosevelt que lo contempla, está afirmada la solidaridad de las Naciones Unidas y está resuelto el destino de los enemigos de la humanidad